



Universidad del Azuay

**Facultad de Filosofía, Letras
y Ciencias de la Educación**

Especialización en Docencia Universitaria

SOÑANDO CON EDUCAR

Autor:

Jorge Javier Rivera Martínez

Director:

Eulalia Tapia Vélez

Cuenca, Ecuador 2021

DEDICATORIA

Este texto, se lo dedico a mi hija, Anita Paula, quien es la razón de mi ser y mi crecer, por quien los esfuerzos y largas jornadas valen la pena, porque ella es la chispa que ilumina mi camino, y la energía que impulsa mis pasos; a mi esposa Paula por estar junto a mí durante esta aventura, alentando y creyendo en mí; a mi padre por apoyarme en cada proyecto, y ser la estrella polar de mi caminar; y a mi madre por estar siempre junto a mí, alentándome a seguir navegando en las turbulentas aguas de la vida, viviendo mis alegrías y sinsabores.

AGRADECIMIENTO

Agradezco sobre todo a Dios por darme salud y permitirme culminar esta especialidad; a mi esposa Paula y mi hija Ana Paula, que me han apoyado y alentado, soportando ausencias y malas noches; a mi tutora Eulalia, que con el ejemplo me enseñó como mediar y acompañar el aprendizaje; a mi padre Mauro, mi madre Teresa, Mi hermano Johny, y mis hermanas Gabriela y Karina.

RESUMEN

El presente texto fue realizado durante mi experiencia constructiva en el marco formativo de la especialidad en docencia universitaria; abordando la mediación pedagógica como esencia misma, iniciando desde una retrospectiva vivencial como estudiante, con alegrías y tristezas, para con estas vivencias como plataforma construir un texto que exprese nuestros sinsabores e ímpetus de cambio. Entre las temáticas más relevantes decidí abordar el aprendizaje, su promoción, acompañamiento y mediación, sus tipos e instancias, haciendo hincapié en la institución como la instancia reguladora, sus virtudes, defectos y sobre todo sus responsabilidades; la evaluación soñada en perspectiva de alumno, con planteamientos mediadores; hasta llegar a una propuesta de un hipertexto mediador producido por la institución y dedicado a la realidad sociocultural de sus educandos. Para la producción de este texto he tratado de erigir una trocha entre los distintos autores para exteriorizar mi punto de vista de la institución, la educación y aprendizaje

Palabras Clave: Mediación pedagógica, aprendizaje, texto mediador, interculturalidad

ABSTRACT

The current text was made during my constructive experience in the formative framework of the special field in University teaching; approaching pedagogical mediation as its very essence, starting from an experiential retrospective as a student, with joys and sorrows, to use these experiences as a platform to build a text that expresses our troubles and impetus for change. Among the most relevant issues I decided to address the learning, its advancement, support, and mediation, its types, and instances, emphasizing the institution as the regulatory body, its virtues, defects and above all its responsibilities; the dreamed evaluation from the student's perspective, with mediating approaches; until arriving at a proposal of a mediator hypertext produced by the institution and dedicated to the socio-cultural reality of its students. For the production of this text, I have tried to build a path between the different authors to express my point of view of the institution, education, and learning.

Key Words: Pedagogical mediation, learning, mediator text, interculturality



INDICE DE CONTENIDO

PARTE I.....	7
HABLEMOS DE MEDIACIÓN	7
CAPÍTULO I	8
LA “U” Y LA COMUNIDAD.....	8
CAPÍTULO II.....	14
YACHAQAY.....	14
La institución	18
El Educador.....	21
Materiales, Medios y Tecnologías	22
El Grupo.....	23
El Contexto	25
Consigno mismo	27
CAPÍTULO III.....	29
COLABORANDO APRENDEMOS.....	29
CAPÍTULO IV.....	32
CAMINANDO JUNTOS.....	32
CAPÍTULO V.....	39
PARA QUÉ EDUCAMOS	39
CAPÍTULO VI.....	43
LA EVALUACIÓN SOÑADA	43
Evaluación Sumativa.	49
Evaluación Formativa.....	49
Evaluación para el aprendizaje (assessment for learning)	49
¿Qué evaluar?.....	50

Siendo evaluados	51
¿Con quién validar?	52
¿Qué validar?	53
¿Cómo validar?	53
PARTE II	55
UNA METAMORFOSIS NECESARIA	55
CAPÍTULO I	56
LA UNIVERSIDAD: ¿INSTITUCIÓN VIOLENTA?.....	56
CAPÍTULO II	67
DIALOGANDO CON LOS EDUCANDOS	67
¿Qué es la juventud?	67
¿Qué es la cultura?	68
Los jóvenes y la cultura	68
La educación y la juventud	69
Los adultos y la juventud	71
¿Cómo se los percibe en tanto generación?	73
¿Como en sus relaciones con los medios de comunicación?.....	73
¿Cómo en sus relaciones entre ellos?.....	74
¿Cómo con respecto a determinados valores?	74
¿Cómo con respecto a su aporte al futuro?	75
¿Cómo en sus riesgos?	75
¿Cómo en sus defectos?	75
¿Cómo en sus virtudes?	76
¿Cómo en tanto estudiantes?.....	76
¿Cómo en sus diversiones?	76

La sociedad y la juventud	77
Los jóvenes y su autopercepción	80
CAPÍTULO III.....	85
CAMBIEMOS EL PARADIGMA EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR.....	85
El Show de la docencia.....	85
Una mediación con significado.....	96
Una mediación decisiva	99
El Seminario.....	100
El Análisis de Casos.....	101
El aprendizaje colaborativo.....	101
CAPÍTULO IV.....	103
EL HIPERTEXTO: UNA MEDIACIÓN NO UTÓPICA	103
CONCLUSIONES	110
BIBLIOGRAFIA	111

INDICE DE FIGURAS, TABLAS Y ANEXOS

Figura 1	15
<i>Proceso de incorporación de la información</i>	15
Figura 2	15
<i>Momentos del procesamiento de la información</i>	15
Figura 3	17
<i>Jerarquización de las instancias de aprendizaje</i>	17
Figura 4	35
<i>Etapas y estilos de aprendizaje según Kolb</i>	35
Figura 5	44
<i>Las dimensiones de la evaluación</i>	44
Figura 6	48
<i>Requisitos de la evaluación</i>	48
Figura 7	57
<i>Modelo Ecológico de Violencia</i>	57
Figura 8	59
<i>Relación entre la institución y la sociedad</i>	59
Figura 9	65
<i>Círculo de violencia</i>	65
Figura 10	66
<i>Características del Bullying</i>	66
Figura 11	107
<i>El proceso educativo y las Tecnologías de la Información y Comunicación</i>	107

INTRODUCCIÓN

“La educación es un acto de amor, por tanto, un acto de valor”

Paulo Freire

La tarea de educar, o dedicarse a la profesión de educador es una expresión de amor al prójimo, de amor a la sociedad, y de amor al proceso en sí, pues contribuye a la construcción del ser y su entorno, despojándose del egoísmo y de la avaricia de atesorar saberes para beneficio propio.

La tarea del educador, que también es educando, resulta placentera y a la vez exigente; exige seriedad, preparación científica, física, emocional y afectiva, en la que no solo se quiere bien al otro, sino al propio proceso en sí. En la educación debemos hablar de amor, sin temor a ser llamados blandengues, melosos, o incluso acientíficos; enseñando con el corazón, con los sentimientos, las emociones, los deseos, los miedos y dudas, con la pasión y la razón crítica (Freire, 2002).

Los educadores comúnmente son llamados formadores, pero un formador es aquel sujeto que da forma a otro sujeto u objeto que no tiene forma, es decir, que no tiene cultura, que no tiene saber, que está cual bloque de piedra por ser esculpido por el educador. Considero una terminología mal utilizada, pues los educadores no formamos nada, el educando tiene su forma, su concepto, su cultura; los educadores somos mediadores entre ese bagaje cultural del alumnado y los saberes por aprender; somos quienes acompañamos y navegamos juntos en el mar del saber, buscando el norte, aprendiendo cómo navegar solos, es decir, aprendiendo a aprender.

¡Cómo enseñamos, si no aprendemos! – Como educador hay la responsabilidad, y compromiso moral y ético de permanentemente construirnos partiendo del análisis crítico de nuestra práctica, de la práctica de los demás, pero sobre todo, de la crítica de nuestros educandos, escuchar lo que nos tienen que decir, para poder hacer de la tarea de educar un espectáculo, un show, un acto divertido y entretenido para el alumnado, sin descuidar por

supuesto el aspecto científico y tecnológico, es más, el educador tiene que ser el mediador entre estas para modernizar y adaptar el proceso a las nuevas generaciones y corrientes.

Al hablar de educación debemos ver más allá de las aulas de clase y la mera transmisión de información, nuestra tarea debe ser la de profundizar en el ser al que educamos, en sus problemas y virtudes, en su generación, en su realidad, para poder mejorar el acompañamiento y personalizar el acto espectacular de enseñar-aprender.

Tanto el educando como el educador somos seres inacabados, que, a pesar de cumplir distintas funciones, nos hallamos en el mismo peldaño sociocultural, seguimos siendo edificaciones en construcción. Planteándonos en esta igualdad social impera abolir la violencia dentro del aula de clase, caracterizada hasta hace no mucho tiempo por insultos, burlas y amenazas por parte de un profesor que cree estar un escalón superior. Aporreando el respeto mutuo, la empatía, la equidad, el diálogo y la comunicación, y en su lugar vanagloriando la hipocresía, el engaño y sobre todo el totalitarismo (Freire, 2002).

La educación es la expresión de la sociedad, de sus problemas y virtudes, además de su cultura, transmitida a través de la enseñanza, pues sin la educación no podemos nada y paradójicamente la educación no lo puede todo; es así que la educación es el pilar fundamental para la memoria social y la proyección del desarrollo de una sociedad, sin embargo, no es la panacea para sus problemas (Martínez, 2020).

Según Pablo Carlevaro (1986) “La universidad es una institución ineludiblemente social, sea de manera consciente o inconsciente, ya que son partícipes en sostener la sociedad de la cual son producto”. Por tanto, impera responder a estas necesidades sociales y colaborar con el mejoramiento, crecimiento y perfeccionamiento de la comunidad. Sin embargo, vemos en nuestra educación que no hay institución más alejada de la sociedad que aquella que se dedica a la educación, enajenándose de la problemática real, tratando de replicar modelos extranjeros, que han sido adaptados para sociedades completamente distintas a la nuestra. Por eso impera que la institución medie con la sociedad para interculturalizar la educación, permitiéndonos entender mejor a nuestra sociedad y que nuestra sociedad nos entienda mejor como profesionales.

PARTE I
HABLEMOS DE MEDIACIÓN

CAPÍTULO I

LA “U” Y LA COMUNIDAD

En los años de formación universitaria, de mi paso por las aulas de educación superior he recopilado varias experiencias y recuerdos con mi grupo, con mis profesores y con la institución, unos momentos inolvidablemente buenos, así como otros muy amargos. Ciertas virtudes y falencias principalmente institucionales han colaborado para la importancia de los mismos.

Aquellas anécdotas entre compañeros que en el momento suscitadas eran amargas y tediosas, pero ahora resulta en risas y agradables recuerdos de momentos que con gusto repetiríamos, como las malas noches de estudio en grupo, que fue donde empecé a sentir el amor por la docencia, al enseñar entre risas y ejemplos cotidianos, que sin darnos cuenta estábamos mediando con toda cultura el aprendizaje.

Los conocimientos y destrezas impartidas de manera interesante y en veces jocosa, pero sobre todo inolvidables; como cuando debimos colocarnos una sonda nasogástrica unos a otros, causando náusea, lagrimeo en quien hacía de paciente, el temblor y nerviosismo de quien la colocaba, y risas de quienes observaban, para luego invertir los papeles; aprendimos destrezas, pero sobre todo aprendimos empatía, lo desagradable que resulta que ser colocado una sonda, lo que nuestros pacientes van a sentir, y como acompañarlos, aliviarlos y hacerlos sentir más seguros y tranquilos. Esas experiencias hablan un poco de lo que es la vinculación social, aunque de manera indirecta, ya que no aplicamos en la sociedad, pero si experimentamos lo que nuestros pacientes van a sentir, permitiendo el aprendizaje entre pares y consigo mismo.

La universidad es una institución ineludiblemente social, siendo producto de esta, y debiéndose por ende al sostén de la misma. La universidad es el resultado de las necesidades de la sociedad, pues es esta quien propicia la práctica educativa, con el objetivo de servirse de los frutos que esta institución forja y así actuar sobre su problemática y mejorar su situación; pero la sociedad también es el resultado de la universidad, pues las prácticas éticas o antiéticas de esta institución se van a ver reflejadas en la sociedad a través de sus profesionales al poner en práctica sus principios universitarios en la esta.

Entonces carece de lógica el hecho que las universidades traten de replicar modelos extranjeros que ciertamente son exitosos, pero al emularlos estaríamos respondiendo a las

necesidades de otra realidad, formando profesionales que no se adaptan a su entorno social y cultural, que desconocen la comunidad.

Podemos observar profesionales de la medicina formados increíblemente bien desde el aspecto científico, pero carentes de empatía, como si fueran robots, adueñados de la verdad cuya única misión es prescribir, sin empatizar, ni ser conscientes que provocan rechazo de la sociedad a la práctica médica occidental.

Durante mi práctica profesional pude observar y sentir ese rechazo de la comunidad hacia las prácticas médicas científicas, preferían la práctica médica empírica, ancestral, aquella que carece de método, pero desborda de empatía, pues sus promotores son miembros de la comunidad, en quien confían, quien acompaña, respeta y valida su cultura.

Recuerdo durante mi internado en el área de ginecología observé varios casos de sufrimiento fetal y complicaciones durante el parto debido a que inicialmente las gestantes intentaban dar a luz en su hogar con la asistencia de una partera, miembro de su comunidad, que en unos casos lo hacían sin dificultades, pero en otros tenían que acudir al hospital por ciertas complicaciones, sin embargo quienes acudían en la mayoría de los casos era demasiado tarde, pues el tiempo es oro en la práctica médica.

El causal de esto es inicialmente el sistema de salud precario y deficiente, pero no podemos dejar de lado la falta de confianza de la comunidad a este sistema, la antipatía que los médicos en muchos casos brindamos a nuestros pacientes, sin reconocer, respetar o acompañar de sus creencias y elecciones. El médico a través del pasar de los años y su práctica continua adquiere un saber empírico cómo mediador entre la cultura y la ciencia.

Mi padre es médico en ejercicio de su profesión hasta el día que escribo este texto; uno de mis recuerdos de infancia es el de haber escuchado incontables ocasiones la frase “Doctor, con solo verle me curo”; sin entender esto, desvirtuaba ese hecho carente de ciencia y lógica, y apelaba este hecho a la medicación que prescribía, sin embargo, al ejercer de médico me doy cuenta que ciertamente lo que al paciente le reconforta y alivia es la empatía que mi padre tenía con ellos, el reconocimiento de sus creencias al validar el uso de ciertas infusiones de valeriana como calmante o carne humana como cicatrizante, completando el tratamiento con la prescripción farmacológica, y mejorando la adherencia al tratamiento, es decir mediando espectacularmente con la cultura y la comunidad.

Citando a Carl Jung “Los niños son educados por lo que hace el adulto y no por lo que dice” me aventuro a decir que implícitamente tenía esa semilla de mediación pedagógica dentro mío, que fue asfixiada por la educación universitaria, sin embargo, la práctica profesional me ha permitido regarla y ahora empezar a cultivarla.

La universidad debe garantizar la mediación entre la sociedad y el profesional, formando mediadores; pero más bien resulta lo contrario, pues en las aulas de clase no solo se evita hablar de interculturalidad, sino que se la reprime y desvirtúa. Tal vez por la falta de método científico en la práctica ancestral, o quizás por la verticalidad de la enseñanza que encierra en unas cuantas hojas de un libro el enfoque del educando, o por la falta de aplicación del texto en el contexto, debido a instituciones que abandonan el aprendizaje, siendo burocracias puras con fines de lucro.

Por otra parte, el sistema de salud debería abrir las puertas e invitar a los practicantes de la ancestralidad a ser parte de la institución, con la finalidad de crear confianza, brindándoles un espacio para que en conjunto la medicina ancestral y la medicina occidental interactúen con la finalidad de disminuir la morbimortalidad materno fetal, ortopédica, quirúrgica, traumatológica, entre otras.

En el Ecuador hay un acuerdo ministerial sobre la interculturalidad y su práctica en las instituciones de salud, sin embargo, en la realidad no se da este proceso, pues carecemos de formación académica en medicina ancestral, formados como profesionales desestimadores de lo científico.

La universidad como institución social, es responsable de la creación de cultura por medio de la investigación científica fundamentada en la realidad de la sociedad, y de esta manera mejorar la comunidad, su entorno. Qué mejor manera de dar a conocer dicha problemática a los profesionales en formación que a través de llevar el texto al contexto por medio de extensiones universitarias, sembrando empatía y presentando la comunidad a los profesionales y los profesionales a la comunidad (Carlevaro, 1986).

Recabando en mis recuerdos universitarios, la extensión se concebía dentro del pensamiento estudiantil como un ambiente de relajación lejos de casa donde se acudía a vacacionar y pasear. Y acorde a estos conceptos los estudiantes actuaban en dichos espacios, reflejando la falta de cultura, el pobre conocimiento, provocando pérdida de tiempo y recursos

a la institución y a la sociedad. Pero cómo íbamos a saber que es una extensión y su gran importancia, si lo único que entendíamos de esta eran meros rumores de aquellos que ya habían ido; la universidad jamás nos habló sobre ella, y debido a la mala práctica suscitada en las extensiones fueron suspendidas, y no tuve la oportunidad de participar en una.

Es imperioso conceptualizar la extensión universitaria ligándola al aprendizaje, como una exclaustación del aprendizaje, operando en un grupo humano multidisciplinario en el que el estudiante es un actor activo y no solo un instrumento de recolección; enfocado en su entorno, tomando de este la problemática real como base del aprendizaje, insertando la investigación para su consecuente producción de conocimiento como refiere Carlevaro (1986). La aplicación de las extensiones universitarias contribuyen enormemente a la formación profesional, permitiendo al educando poner en práctica los conocimientos adquiridos en clase, aplicar un análisis y pensamiento crítico de la realidad de la comunidad e identificación del problema que la aqueja; es decir, realizar un trabajo de campo, investigativo, y sobre todo con la finalidad de proponer una solución; transformándose de simple repetidor a un productor de ciencia y cultura, brindando profesionales solucionadores de problemas, y no solo observadores. Pero debería decir que lo más importante es que permite ver más allá de la realidad de esos estudiantes, la cruda verdad de la vida en algunos casos, humanizando al profesional y tornando empático al humano.

Las extensiones universitarias enlazan la institución con la sociedad, además de incidir profundamente en la personalidad y el proceso educacional de los estudiantes, eludiendo ser una fábrica de profesionales técnicos que se benefician de la capacitación para obtener posiciones sociales o económicas, en lugar de eso, la universidad sea una institución formadora de profesionales concientizados de su inserción como servidor en la sociedad, y no como lucrador de esta.

La universidad tiene la responsabilidad de crear cultura, es decir de producir investigación científica enfocada a solucionar la problemática social, y no solo ser una institución repetidora del saber; formando por ende profesionales identificadores y solucionadores de problemas, profesionales que aporten con su entorno social. Así pues, la universidad no sólo debe defender y difundir la cultura, sino también producirla y acrecentarla, impulsando la investigación y actividades artísticas (Carlevaro, 1986).

Los educadores son partícipes de la formación y construcción del estudiante, mas no sus formadores o constructores, ya que un estudiante es un ser individual que toma lo vertido por sus educadores y lo amalgama con su experiencia previa, su contexto, su voluntad, su inteligencia, su capacidad de aprender y sus emociones; entonces no diríamos a los educadores formadores, porque es el estudiante quien complementa su formación (Prieto. 2017).

Es decir, un profesional es el resultado de la interacción de varias instancias en su formación, como la institución, el educador, el contexto, su grupo, la tecnología y consigo mismo, por lo tanto, está mal en creer que todos los estudiandos deben ser encajados en un mismo modelo y educados con la misma metodología, pues descuidamos la potenciación de sus virtudes, y aceleramos su desinterés.

Lo que sucede en muchas universidades es que, por llevar un proceso en constante crecimiento institucional, descuidan su razón de ser, los estudiantes, precarizando su educación con modelos conductistas, ya obsoletos, sin importar la calidad, sino más bien priorizando la cantidad de egresados. Así las instituciones terminan pervirtiendo el aprendizaje y la construcción personal, enmarcando a todos los estudiantes en un solo modelo, tal vez por lo costoso de una educación personalizada y los pobres recursos que disponen, o simplemente por una anticuada visión de la educación.

Muchos de los profesores característicos del modelo educativo arcaico creen que mejor educador es quien más estudiantes hace desertar, conciben a los estudiantes en un estrato inferior al de ellos, o al menos es lo que expresan. En algunos momentos de mi formación cruce camino con algunos de estos personajes de la educación, caracterizados por menospreciar el criterio y pensar estudiantil, pues nos creían ignorantes o tontos como algunos tildaban a quien no entendía su clase.

En el modelo educativo del cual fui parte era imposible retroalimentar, pues nos encajaban a todos en un solo molde, que curiosamente era el concebido en la mente del educador, basándose en su narcisismo. Recuerdo un profesor en específico que “valientemente” gritaba, maltrataba y castigaba a estudiantes, aprovechando la relación de poder que tenía, se mofaba del error de los demás, y aplastaba el diálogo.

Un diálogo auténtico se da en el reconocimiento del otro, y reconocimiento de sí en el otro, pues sería imposible un diálogo si no primero aprendemos a escuchar lo que nuestro

interlocutor nos tiene que expresar, lo interpretamos, lo asimilamos, y emitimos una contraposición o una concordancia con su enfoque, en el margen del respeto y reconocimiento de las fortalezas y debilidades de cada uno.

Enseñar impera espacio para el diálogo, reduciendo la distancia que nos separa de nuestro interlocutor, sin descuidar la capacidad de amar, amar lo que enseña, amar a quien enseña, y amar la sociedad para la cual van sus educandos (Calderón, 2013).

La actitud déspota de ciertos profesores entorpece el aprendizaje y aniquila el diálogo, repercutiendo a la capacidad constructiva, crítica y productiva de los educandos, enclaustrándolos en la sumisión y la repetitividad del conocimiento.

Hay también muchos recuerdos y aprendizajes positivos, que alentaron mis ganas de estudiar desde los primeros años, y que hasta la actualidad los aplico y los evoco lucidamente, como aquel profesor que nos enseñó a estudiar anatomía por medio de la aplicación de ordenadores gráficos y razonar el texto. Metodología para la investigación aprendí inventando epidemias en una población y analizándolas. Luego en farmacología aquel profesor que nos enseñó que la bibliografía es cambiante y que mucho de lo que los libros guía hablaban era ya desaprobadado, y en sus exámenes podíamos fundamentar la respuesta en base a cualquier bibliografía que nosotros revisemos, contribuyendo enormemente a mi construcción profesional, y crítica del saber y su constante actualización. De la cardiología ni que hablar, me cautivó, con su lógica desde la cátedra impartida, el diálogo cimentado en clase, aportando una mejor construcción y formación profesional de cada estudiante (Calderón, 2013).

Analizando en retrospectiva la enseñanza impartida en las aulas universitarias durante mi formación se alejan por mucho de la calidad, y más aún de la calidez; no gozamos de la aplicación de metodología de enseñanza; pasamos en ocasiones por maltratos; y la institución cual cómplice o coautor hacía oídos sordos a nuestras peticiones y quejas.

CAPÍTULO II

YACHAQAY

Antropológicamente el hombre es un procesador de información, caracterizado por percibir datos, analizarlos y dar una respuesta según su análisis. Ante esto podemos inferir que el individuo no actúa directamente en respuesta al estímulo, sino más bien actúa basado en su análisis de dicho estímulo, es decir cada persona tiene una respuesta distinta a un mismo desencadenante, pues el análisis es distinto en cada uno, ya que tiene que ver con las experiencias, ideologías y valores, adquiridos a lo largo de la vida de cada individuo. De esta manera podemos decir que cada ser tiene su proceso de aprendizaje personal, y justamente eso significa el título de este capítulo: Aprendizaje.

Entonces diríamos que el aprendizaje es un proceso intrínseco de cada individuo, por lo tanto, debemos personalizar la enseñanza de acuerdo a cada aprendiz, además de brindar las instancias necesarias para que cada educando pueda acogerse y aprovecharlas según crea más favorable para su propia construcción.

La incorporación de la información es un proceso que inicialmente se hace con un Registro Sensitivo de la información, sea esta externa como un problema matemático, o interna como una sensación dolorosa, luego se procede con la **memoria de corto plazo** donde la información es almacenada brevemente para ser utilizada en dicho momento, y finalmente tenemos la **memoria de largo plazo** que organiza y almacena la información más relevante para evocarla en un futuro (Gagné, 1970).

Figura 1

Proceso de incorporación de la información



Para procesar y analizar la información disponemos de cuatro momentos: **Atención:** Donde percibe los estímulos, los selecciona y asimila. **Codificación:** Da significancia a los estímulos según las estructuras mentales de cada individuo, basándose en su conocimiento previo, experiencias y entorno sociocultural y económico, es decir lo personaliza. **Almacenamiento:** La información procesada es retenida de manera codificada, apropiándose del saber. **Recuperación:** Es la posterior evocación de la información previamente almacenada para su uso acorde a la circunstancia y al juicio de cada ser (Gagné, 1970).

Figura 2

Momentos del procesamiento de la información



Al ser el aprendizaje un proceso en que el sujeto y el medio interactúan, debemos también hablar de las condiciones necesarias para que este proceso sea aprovechado al máximo, y debemos nombrar y tener en cuenta las instancias en las que se desarrolla el aprendizaje, pues

son aquellas circunstancias, espacios, seres y objetos, que acompañan al individuo, potenciando el aprendizaje y permitiendo al educando disponer de una “caja de herramientas para construir su cognición.

Al aprender obtenemos la capacidad de prever las posibles consecuencias de un accionar, patología o situación, basándonos en el conocimiento previamente cimentado por el educador, el contexto, y de sí mismo.

Al hablar de educación, es de vital importancia tener en cuenta las instancias en las que el aprendiz se desenvuelve, pues sin la interacción entre el sujeto y estos seres, espacios, objetos resulta difícil, si no imposible su desarrollo y la construcción profesional y personal.

Según Sócrates “el sujeto va a descubrir, buscando en común conmigo. Yo no haré otra cosa que preguntarle, sin enseñarle nada”, lo cual descuida ampliamente el acompañamiento del aprendizaje, pues resulta un proceso sin enseñanza, abandonando la mediación pedagógica, fungiendo únicamente como un cartel lleno de preguntas, sin aportar nada para el crecimiento y construcción de ser.

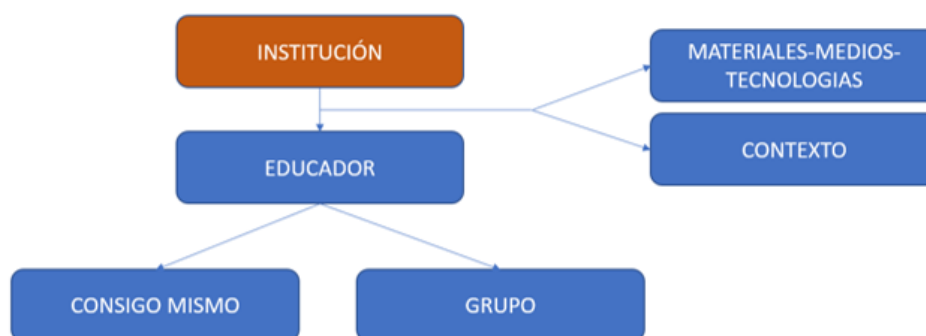
La enseñanza debe ser concebida como una práctica social con matiz político, dirigida por un profesor reflexivo en su actuar para poder transformar primeramente el contexto donde se enseña, y por consiguiente actuar sobre el contexto social donde van a desenvolverse dichos educandos (Rodríguez, 2004).

La institución con sus virtudes y defecto, con sus héroes y villanos es la instancia de aprendizaje que más resalta en lo que conocemos como educación, pues es la responsable de la integración de la formación ética, es la primer, y si no, la única instancia evaluada desde los ojos de los futuros estudiantes y sus padres, quienes la miran superficialmente al elegir la formación de quien aspira una profesión; por lo que diríamos que la institución resulta ser el ente regulador de las demás instancias, y requiere cambios constantes en la cultura docente de sus educadores, promoviendo actitudes y acuerdos en el profesorado, dirigidos mejorar la calidad de enseñanza, incorporando la dedicación a la formación ética del estudiante. Sin embargo, la institución en la gran mayoría de los casos atiende a necesidades urgentes, dejando de lado las importantes (Martínez et al, 2002).

Las instancias de aprendizaje son la institución, el educador, el grupo, el contexto, los medios, materiales y tecnología, y finalmente el aprendizaje con uno mismo. La interacción de estas instancias garantiza que el aprendizaje entusiasme al sujeto, por lo tanto, impera evitar descuidar o eludir completamente unas de ellas, ya que terminaríamos desbaratando el ánimo de aprender.

Figura 3

Jerarquización de las instancias de aprendizaje



Como podemos observar en la *figura 3*, jerarquización de las instancias de aprendizaje; aunque todas tienen igual importancia, hemos recurrido en esta ocasión a la jerarquización tomando en cuenta la responsabilidad de una sobre la otra, y podemos ver que la reguladora, al menos en nuestro medio es la institución, pues esta rige, y es responsable directa sobre las prácticas vertidas del educador, y su capacitación. El educador interactúa directamente con la instancia grupal y del educando consigo mismo, sin embargo, la institución tiene responsabilidad indirecta sobre estas instancias también, ya que, si el educador no está bien capacitado por la institución, repercute sobre la mediación de las instancias previamente descritas. Al hablar del contexto, materiales, medios y tecnologías la responsabilidad recae directamente sobre la institución y el educador, pues la universidad es la responsable de acuerdos interinstitucionales para garantizar un contexto seguro, adecuado y óptimo para el educando, y el educador al mismo tiempo es quien guía y media el aprendizaje en éste, así también, la universidad debe proveer los materiales, medios y tecnologías para el aprendizaje, y la capacitación para el correcto y eficiente uso de estos por parte del educador.

La institución

La sociedad actual exige una perspectiva institucional integral, apelando más a la pedagogía y ética que a la institución formal e interesada. La comunidad necesita profesionales éticos, mediadores, confiables y afines a la cultura social a la cual se deben, sin avaricia de poder, reconocimiento o dinero.

La institución como instancia de aprendizaje es la responsable directa de la formación profesional y la excelencia académica, siendo esta quien promulga políticas educativas a las cuales lamentablemente el profesorado se ve obligado a seguirlas sin desviarse; y digo lamentablemente porque resulta triste que la institución sea estrictamente conductista con su personal educador, obligando a seguir lineamientos y prácticas con las que esté o no de acuerdo el profesor (Prieto, 2019).

Recordemos que el educando es la razón de ser de la institución, pero al parecer se concibe a la educación como una oportunidad y privilegio para el aprendiz, más no como un derecho, engrandeciendo aún más a la labor de la universidad y menospreciando al aprendiz, restándole valor, tornándolo sumiso y agradecido, tal como lo hacía aquel gobierno de la “década ganada” con sus servidores públicos. En tanto que la institución se percibe a sí misma como irrefutable, castigando a cuál profesor, estudiante o miembro social que la cuestione (Rodríguez, 2004).

La institución a través de sus políticas rige la misión del profesorado, distribuyendo la carga horaria y la planificación docente de manera unidireccional, limitando en ciertos casos la instancia del educador. Entre las necesidades que la institución debe garantizar están la integración de la información y de las tecnologías; la globalización, es decir, más de la institución en el mundo a través de la investigación, y más mundo en la institución a través de la mediación social con su respectivo análisis crítico de la información; la personalización acorde a la diversidad de los estudiantes y su objetivo de lograr la alcanzar la excelencia académica; la optimización de los recursos y su rendición de cuentas (Martínez et al, 2002).

La institución desempeña un importante papel, si no es que el más importante, pues es la reguladora de las demás instancias del aprendizaje. Es la responsable directa de la concepción del aprendizaje en sus aulas, debiendo cambiar ese paradigma enraizado en el pasado, basado en la mera transmisión de información y repetición cual grabadora del

conocimiento, y en su lugar debe promover el constructivismo del sujeto, la comunicación estudiante – educador – institución, y debe mediar con la sociedad y su cultura.

Así también es la institución quien debe velar por la continua capacitación y actualización de los educadores, brindando un ambiente digno, con salud, que se define según la OMS como un estado de bienestar físico, mental y social, a lo que se añade también económico, por lo que se debe garantizar una remuneración justa a la labor desempeñada por sus educadores.

Dentro de la práctica de la enseñanza hemos de reconocer que, el profesorado está sujeto a ciertas políticas que incluyen un escaso tiempo para la planificación docente e identificación de los objetivos de aprendizaje del alumno universitario. Esta falta de cultura y políticas en el ámbito de la planificación docente contrasta totalmente con el afán en políticas referentes al campo de la estructura y de la reforma de los planes de estudio, sin embargo, este segundo ámbito no es acompañado y validado del profesorado, resultando en una repartición de carga docente por parte de la institución, incidiendo negativamente en la calidad de educación (Rodríguez, 2004).

Es también en la institución sobre quien recae la responsabilidad de brindar espacios adecuados de infraestructura, que deben ser inclusivos, y contemplar las medidas de comodidad, seguridad y prevención de posibles patologías, suscitadas tanto por accidentes, como por prácticas repetitivas que terminen afectando la salud del aprendiz.

El equipamiento y herramientas necesarias para mejorar el aprendizaje del sujeto, como por ejemplo un laboratorio con microscopios de acuerdo al número de estudiantes, y no únicamente 2 elementos para 50 estudiantes, y por supuesto el equipamiento no es útil sin los insumos; pues no sirve de nada un espacio de infraestructura para un bioterio, con el adecuado equipamiento, si no hay la presencia de los animales.

Entonces lo ideal sería reformar, cambiar, mejorar la visión institucional, es decir transformarla, pero la burocracia institucional es quien entorpece esta idea; pues la transformación es vista como un riesgo para aquellos personajes adictos al poder que quieren perpetuarse, para luego heredar ese poder a quienes tienen su mismo ideal retrógrado, resultando en un eterno y obsoleto sistema.

Las políticas educativas se conciben aún como conductistas, y en aquellas instituciones que apelan al constructivismo, únicamente lo hacen en el discurso, en la práctica continúan condicionando a sus educandos, y esto es debido a la falta de un proceso comunicacional que permita retroalimentar las prácticas educativas, la falta de formación o actualización del profesorado.

Al hablar de un proceso comunicacional regresamos nuevamente a la responsabilidad institucional, siendo esta quien debe garantizar un proceso justo de escucha y crítica de sus políticas por parte del educando, a través de la formulación de memorias del proceso, que permitan actuar inmediatamente sobre el entropismo comunicacional presente en el aula y la institución.

El entropismo comunicacional se representa en la institución como la pérdida de espacios de diálogo, y de fervor en lo que a relaciones se refiere. Una institución pierde el espacio comunicacional debido a la burocratización, el exceso de actividades, el deterioro de los lugares de trabajo; y esta entropía comunicacional lo hace cual el cáncer, de poco a poco hasta terminar invadiéndolo todo, de manera lenta pero continua, sin que el huésped tome conciencia de esta.

El acercamiento entre los diferentes actores sociales e institucionales, la creación de redes y flujos de información permite a la institución tener una mejor percepción de sus educadores, de sus estudiantes, de su estructura, y de su entorno social, registrando y construyendo una memoria del proceso a través de la elaboración de textos paralelos, producción de cultura, producción de materiales físicos y digitales (Prieto, 2019).

Según Prieto (2019) a través de la aplicación de políticas de comunicación podemos mantener y mejorar la comunicación institucional, y estas políticas deben ser individualizadas para cada caso en particular, pero podemos hacerlo abriendo debate a través de las siguientes preguntas:

¿Quiénes somos desde el punto de vista comunicacional?

¿Cómo nos relacionamos internamente?

¿Cómo nos relacionamos con las otras instituciones?

¿Cómo nos relacionamos con nuestros interlocutores?

El Educador

El educador es una figura responsable de ocuparse del ser y de hacer ajenos, que trata de construirse a sí mismo, mientras colabora en la construcción de sus educandos (Prieto, 2019). Es el responsable de crear un espacio empático de interacción entre la teoría y la práctica, entre la enseñanza y la subjetividad del aprendiz, sin olvidar por supuesto el método científico, con la investigación como pilar fundamental, convirtiendo al educando no solo en oyente, sino en interlocutor, y productor de conocimiento, reflexivo y crítico del saber (Rodríguez, 2004).

Hemos hablado un poco sobre el educador, ahora nos adentraremos en la dimensión pedagógica de la práctica, en la que debe haber apasionamiento, un ambiente apropiado, los educadores como seres umbrales, que transmitan certidumbre con madurez y experiencia (Prieto, 2019).

Desde mi experiencia personal he interactuado con algunos educadores, que en lugar de educadores eran maltratadores; caracterizados por la apatía, autoproclamándose dueños del saber, delegando su trabajo y desilusionando estudiantes; educadores que también eran conocidos como “profesores escoba”, encargados de diezmar los aspirantes y postulantes a futuros médicos; Transformando al estudiante en oyente pasivo, con temor a expresar, menos aún emitir una crítica. Y reflexionando todo lo antes descrito, me pregunto, ¿esa perversidad y antipatía por los demás les deja dormir a gusto?, o acaso el sueño se les va, como se fueron los sueños de muchos compañeros.

El acto educativo pedagógico es comunicar, desde el discurso hablado hasta la gesticulación al expresar, en interacción con la infinidad de recursos de la virtualidad, dentro de un ambiente propicio de interaprendizaje y comunicación entre el educador y su aprendiz. Cuando hablamos de ambiente no nos referimos a un espacio físico, sino a la relación educador – educando, empático, sereno, sensible, sin acecho y lleno de respeto.

Los educadores somos seres umbrales, y como tales trabajamos con el otro adentrándonos en su vida, acompañando, aportando experiencias e información, pero sin imponer lo que el otro puede o no hacer; pero sin alejarnos tanto del umbral como para no aportar nada.

La tarea pedagógica se basa en comunicar certidumbres y no certezas, revalorizando las capacidades ajenas, transmitiendo confianza y ofreciendo instrumentos para enfrentar la cotidiana incertidumbre, es decir, inmiscuir la práctica pedagógica en la vida diaria, mediante la aplicación del saber para resolver problemas cotidianos.

La pedagogía no se riñe con la ciencia y el contenido, más bien es el arte de facilitar el acceso a la ciencia y los contenidos, haciendo del aprendiz un ser constructivo, que pueda formarse por sí solo. Es decir, el educador debe ser un mediador entre el aprendiz y el aprendizaje, facilitando el mismo a través de la empatía, pues solo al ponernos en el lugar de los demás se generan relaciones cercanas, donde prima la escucha, demostrando tolerancia, respeto y reconocimiento de los demás, respetando el ritmo de enseñanza equilibrando los intereses del aprendizaje con las capacidades y cualidades de los aprendices. Y si hablamos de mediación vale hablar sobre la mediación con toda cultura que la profundizaremos más adelante, pues es facilitar el aprendizaje construyendo desde lo que sabemos hacia lo que desconocemos (Prieto, 2019).

Materiales, Medios y Tecnologías

Retomando unas experiencias universitarias, recuerdo que los materiales, medios y tecnologías eran representados por un retro proyector, y un computador, que resultan herramientas muy útiles en las manos adecuadas, pero había casos de profesores poco capacitados en tecnologías, que sabatizaban estos medios, limitándose a únicamente transcribir en una diapositiva lo que el libro decía, con una presentación saturada de letras que a duras penas alcanzábamos a leer.

Los medios audiovisuales aparecieron en la década de los 60 para dejar atrás el verbalismo y los anticuados métodos, pero la falta de capacitación del educador resultó en una parodia de apropiación de la tecnología para la educación, causando un despilfarro de recursos y tiempo. Pero no solo quedó ahí, pues se pensó insistentemente en que la tecnología era la solución de los problemas educativos, observando más bien que fue lo contrario, y alejó más la relación educador – educando.

Las tecnologías son como señala McLuhan, extensiones del hombre, permitiéndonos llegar más allá, mejorando la capacidad de interlocución con nuestro destinatario, transportando información de manera más eficiente, divertida y fácil de apropiar (Prieto, 2019).

Dentro del desempeño e interacción entre el profesor y los medios materiales y tecnologías, debo decir que el tiempo limitado, y las exigencias por cumplir el curriculum previsto por alguien más, limita profundamente el uso de tecnologías y materiales, pues para el educador impera cumplir con las exigencias institucionales, teniendo que abandonar las exigencias pedagógicas y propias del educando.

La escasa implementación de tecnologías, sea por su antigüedad o por su pequeño número, sumado al exceso estudiantil por aula limita su uso, pues el tiempo utilizado para enseñar a 10 alumnos no es el mismo que se necesita para enseñar a 50.

El Grupo

La estrategia pedagógica grupal se idealiza según Prieto en la reunión de seres dispuestos a compartir sus conocimientos y experiencias con el objetivo de aprender; esta sencilla estrategia en teoría, se torna complicada al aplicarla en la práctica, debido a que el educador la concibe comúnmente como una liberación de responsabilidades, y un “tiempo de descanso” mientras los educandos trabajan en grupo; y debo decir que no hay concepción más errada y alejada de la realidad que esta, pues en el interaprendizaje de grupo se necesita mediar ese conocimiento, recordar continuamente el sentido del grupo, y alentar constantemente para mantener el entusiasmo por interaprender.

El sentido u objetivo del grupo es aprender a buscar información en forma ordenada y conjunta, interactuar y validar los conocimientos con los demás a través de la crítica y corrección de errores, fundamentando un respeto profesional reconociendo las fortalezas y debilidades de cada integrante, para seleccionar alternativas por consenso (Prieto, 2019).

El grupo como instancia de aprendizaje en el ámbito educativo se debe al educador, pues la tarea de mediar un interaprendizaje no es muy sencilla y necesita de acompañamiento y seguimiento del tutor. La aplicación de un “interaprendizaje” a través de únicamente designar temática y bibliografía es abandonar a quienes acudieron para aprender, es fallar al proceso y a la sociedad.

Al hablar de aprendizaje en grupo disponemos de dos tipos de estrategia: aquella en la que cada integrante colabora con una tarea específica, que la denominamos cooperativa, un ejemplo de esta es una reunión médica con el objetivo de tratar a un paciente con múltiples patologías, donde se encuentran profesionales de la medicina de distintas especialidades, y cada

uno se encarga de un sistema específico, el cardiólogo se preocupa por el corazón y perfusión de dicho paciente, en tanto que el nefrólogo del riñón, el hepatólogo de su hígado, y así consecutivamente; y la otra estrategia, que es denominada colaborativa y se caracteriza por la interacción mediante intercambio de ideas, comunicación, además de interacción social; con el consecuente crecimiento cognitivo y empático del aprendiz, aplicando la ejemplificación en el ámbito de la medicina, en este caso se trataría de un paciente con una enfermedad reumatológica como el síndrome de Sjögren, pero a diferencia del anterior aquí tendríamos un grupo de especialistas en reumatología, donde se discutiría un tratamiento eficiente para este paciente, enfocados todos al ámbito reumatológico y aportando en igualdad de saberes. En ambos casos destaca la interacción y evaluación informal entre pares, pues validamos el saber del otro aportando educación, y nuestro conocimiento también es validado por el otro (Galindo y Arango, 2009).

Una estrategia pedagógica grupal debe estar guiada por el educador, con un objetivo claro de grupo, en un entorno controlado de aprendizaje y con constante aliento y planteamiento de la finalidad de su aplicación. El grupo ofrece un espacio donde se interactúa para buscar información conjuntamente con el otro, y así poder elegir entre varias alternativas, imaginar y forjar nuevos caminos, y por consiguiente abrir un espacio de crítica para corregir errores y mejorar en conjunto (Prieto, 2019).

La posibilidad de aprender fundamentándonos en el grupo, sea de tipo cooperativo o colaborativo, donde el primero es en base a una estructura de trabajo en la que cada integrante colabora con una tarea específica, en tanto que la segunda hace referencia al crecimiento cognitivo del individuo en un contexto de interacción con otros; permite al grupo de estudiantes un ambiente de intercambio de ideas, y mejorar su expresión comunicativa e interacción social, viéndose también como una actividad social.

En el aprendizaje grupal destaca la interacción y la evaluación informal entre pares, resultando en una construcción tanto en conocimiento como en interacción social desarrollándose en un medio adecuado de cooperativismo y respeto, permitiendo el crecimiento mutuo (Galindo y Arango, 2009).

Al trabajar en pares, el estudiante mejora su seguridad, fortaleciendo el sentido de capacidad, decisión y ejecución; le permite también apropiarse del conocimiento para apoyar

a su grupo, aportando para resolver dicha problemática planteada y contribuir en el crecimiento de sus pares.

En el aprendizaje colaborativo se aplica también la tutoría entre pares, donde el tutor se construye y se reconstruye constantemente con cada estudiante, tanto pedagógica, científica y socialmente, pues como el tutor aporta en el saber de cada estudiante, cada estudiante enriquece también el saber del tutor (Cardozo, 2011).

La aplicación de grupos de aprendizaje también se encuentra limitado por el número de estudiantes, pues acompañar a 2 grupos de 4 personas resulta personalizado y hasta cierto punto fácil, en tanto que mediar con 10 grupos de 5 personas resulta agotador, dificultoso e imposible de acompañar su aprendizaje en el limitado tiempo que la institución ha regulado para su clase, y por qué no destacar también la remuneración deficiente del educador, que lo lleva a mantener más de un trabajo.

El Contexto

Dentro de nuestra educación prima la palabra del educador y uno que otro texto, dejando de lado la vida diaria del educando, con sus relaciones, espacios, cultura, historia y otros tantos, es decir el contexto como refiere Prieto (2019), menospreciando una capacidad innata del ser humano para aprender, pues al ser seres sociales nuestra capacidad de aprendizaje viene del contexto en el cual nos desarrollamos, como por ejemplo el uso de cubiertos al alimentarnos se aprende por el contexto social en el cual nos desarrollamos, por el contrario si nuestro contexto fuera selvático seguramente comeríamos con la mano y no tendríamos idea de cómo utilizar cubiertos, y esta ejemplificación concuerda con Daniel Prieto Castillo: “el primer texto de un ser humano es su contexto; todo texto es leído desde un contexto individual, grupal y social en general”

El contexto educa, y nos permite interactuar, poner en práctica y crear nuestro propio concepto a conveniencia, pero muchas ocasiones no es tomado así por el sistema educativo; lanzando a los educandos al espacio social sin una preparación de que observar, como hacerlo, con quien y como interactuar en la comunidad.

El texto no educa sin el contexto, pues el aprendizaje humano antropológicamente es a través de su entorno; en la actualidad el texto nos ayuda como una guía para entrar al contexto profesional, pues este necesita de saberes previos adquiridos en el aula, sin embargo, el

conocimiento se fragua y pule a través de su aplicación en el entorno, es decir a través del contexto, con la interacción, reflexión, producción y aplicación del saber.

El contexto contempla otros seres, otros textos, espacios, objetos, historia, cultura entre otros; y aprender en el contexto no solo implica recibir el conocimiento de él y replicarlo, sino es una interacción entre lo aprendido por el texto y la ética aplicada en el contexto, para incorporar los conocimientos positivos, replicar aquellos saberes que necesiten comprobación, y eliminar del contexto aquellas prácticas negativas. Por ejemplo, en un contexto hospitalario un aprendiz de medicina aprende y desaprende si no tiene una mediación por un tutor, pues desaprende en el caso de observar y replicar cierto maltrato de los superiores, aprende mucho sobre ciencia e interacción, y comprueba los efectos de la aplicación de ciertas técnicas y medicamentos, además en el contexto se da el aprendizaje informal, aquellos “trucos” que se aplican simplificando una tarea, que claro, no están contemplados en el texto (Prieto, 2019).

Tengo un ejemplo de esto: En el año 2017 mientras realizaba mi medicatura rural al atender mi primer paciente no supe cómo abordarlo, cómo interactuar con él, cómo entablar una relación médico paciente, pues nunca lo había hecho; sabía como tratar una enfermedad, pero no como tratar a un paciente; y aunque en mi formación profesional la institución trató de darnos un contexto de aprendizaje, no fue mediado, y en muchos de los casos terminamos siendo ordenadores de fichas clínicas o medicamentos en ciertos hospitales o dispensarios del sistemas de salud.

La aplicación del externado de medicina se concibe como una exquisita experiencia de formación para el estudiante, sin embargo, cuando no es supervisada, mediada y guiada por un educador, resulta en un desaliento para el aprendiz, que en lugar de aprender y poner en práctica sus conocimientos, termina siendo el mandadero de alguien más, el “bicho raro” del hospital, y en ocasiones retirado de la sala por no tener derecho a encontrarse en dicho ambiente.

El entorno debe ser el medio de comprobación y crítica del aprendizaje, y debe la institución de garantizarlo, pues el contexto de aprendizaje de anatomía por ejemplo es a través de la disección, sea en el cuerpo de un ser humano, o a través de tabletas tecnológicas hiperrealistas que permiten realizarlo, interactuando entre compañeros, y reflexionando lo previamente aprendido, con un tutor guía. Es decir, aquí confluyen varias instancias, pero si no hay garantía de las otras instancias, el aprendizaje en el contexto se derrumba; si llevamos a un aprendiz a un hospital, pero en este no hay pacientes, no hay un contexto, o, por el contrario,

si llevamos al educando al hospital, pero no hay una tutoría, resulta en un abandono del aprendizaje, donde tampoco habrá una buena aplicación del grupo, ni de sí mismo, con un florido cuadro de patologías, pero sin un mediador.

Nuevamente recalco, es la institución quien debe garantizar la aplicación del contexto, a través de la aplicación de las demás instancias que lo conforman.

Consigo mismo

Hablamos consigo mismo al tomar el pasado como punto de inicio para aprender, es decir, las experiencias, los logros, las frustraciones, los sueños, los conceptos, entre otros. Sin embargo, esta instancia puede ser desbaratada si no hay las demás, como por ejemplo la descalificación de la imagen del individuo por su educador, concibiéndolo como alguien que nada puede aportar, nada trae consigo, y viene vacío para ser llenado por la institución. El educando jamás viene vacío, tiene conocimientos, destrezas, tiene historia con experiencias hermosas y dolorosas, tiene sueños y metas, tiene certezas e incertidumbres.

La mediación del aprendizaje consigo mismo es tomar como punto de referencia a uno mismo, cuestionando el pasado, las propias experiencias, como percibir y como juzgar, el modo de ver y verse en el futuro, para cimentar la información que están adquiriendo. Retomando nuevamente la mediación con toda cultura, el aprendizaje consigo mismo es tomar esas experiencias y conocimientos como estructura, para ir insertando y consolidando el conocimiento nuevo.

A continuación, citaremos un estudio de corte transversal, descriptivo, en el Hospital Italiano de Buenos Aires realizado a los médicos residentes, en el cual se evidenció que la instancia de aprendizaje considerada más importante, y de mayor crecimiento fue la discusión de los pacientes durante la recorrida, correspondiendo al 18% según Ferreiro et al. (2015). Durante la recorrida se expresan varias instancias directamente, el contexto, que se desarrolla en el hospital con su amplia variabilidad casuística e infraestructura, el educador, quien guía un debate sobre la patología, el grupo que aporta un trabajo colaborativo para resolver el problema que aqueja al paciente, con el uso de exámenes complementario como medio para un diagnóstico, y consigo mismo, pues cada individuo expondrá su criterio clínico basado en su conocimiento y experiencia previa.

Basándonos en lo antes descrito, la institución resulta ser la instancia más importante, ya que las reformas educativas se realizan desde un organismo superior, velando por instancias como los educadores, su capacitación y bienestar; los medios materiales y tecnologías adecuadas al número de estudiantes y sus necesidades; supervisando la contextualización del aprendizaje adecuadamente; y asegurando el crecimiento del estudiando consigo mismo.

CAPÍTULO III

COLABORANDO APRENDEMOS

Hace tres años aproximadamente, tuve el agrado colaborar como tutor en la unidad de salud donde me desempeñé como médico rural, lo hice de manera voluntaria, desinteresada, sin retribución económica; pero debo decir que, a través de esa experiencia, de esos pequeños momentos vividos y compartidos me enamoré de la pedagogía. Preparaba clases, diapositivas y buscaba la mejor mediación pedagógica para hablarles del modelo de atención integral de salud (MAIS) a mis interlocutores; entre el texto y el contexto, decidí tomar como base lo tedioso y aburrido que fue mi aprendizaje, y mi sentir cuando fui educando, para de ese punto partir y dar un giro de 180 grados, tratando de manera empírica mejorar la experiencia de aprendizaje de mis educandos, intentando tornarlo divertido, entendible, aunque debo aclarar que mantuve un matiz conductista en mis clases, pues no conocía otra manera de practicar mi cátedra.

El ser humano aprende del otro y con el otro, pues al ser seres sociales dependemos de la interacción para aprender, ya sea de manera cooperativa o colaborativa, con mutuo apoyo, adueñándonos del saber de nuestro interlocutor, y permitiendo al otro adueñarse de nuestro conocimiento, es decir entreayudándonos en la sociedad, pero sin perder de vista esa delgada línea que separa el entreayudarnos del entredestruirnos mediante la crítica; citando a Humberto Maturana “¿Qué sentido tiene aprender si no es para apoyarnos unos a otros, para sostenernos en el océano de la existencia?”

Tanto el interaprendizaje como las comunidades de aprendizaje crean el ambiente oportuno para la educomunicación, pues la condición humana en sí, y la posibilidad de lograr la humanización de cada una y cada uno de nosotros está guiada por el aprendizaje; además cabe recalcar que en el aprendizaje hay siempre un “otro” (Prieto, 2006).

La estrategia pedagógica colaborativa se idealiza según Prieto en la reunión de seres dispuestos a compartir sus conocimientos y experiencias con el objetivo de aprender, buscar información en forma ordenada y conjunta, interactuar y validar los conocimientos con los demás a través de la crítica y corrección de errores, fundamentando un respeto profesional reconociendo las fortalezas y debilidades de cada uno, para interiorizar el conocimiento y construirnos unos a otros (Prieto, 2019).

Al hablar de la relación de interaprendizaje, hablamos de un contexto social, y por lo tanto no puede ser rígido; en lugar de eso, debe ser un proceso laxo, cambiante, y adaptativo, con esto hablo de abrir un espacio entre la relación educador-educando, para incluir a las Nuevas Tecnologías Incorporadas a la Comunicación (NTIC), resultando así en una relación triangular y cíclica educador-NTIC-educando (Villarreal, 2012).

La sociedad en la que nos desempeñamos actualmente está infestada de tecnología, subutilizada en unos casos, y en otros utilizada para pervertir la sociedad, sin embargo, en nuestras manos está la responsabilidad como educadores de optimizar estos recursos en pro de la construcción científico-social del aprendiz.

En el transcurso de las últimas décadas las NTIC han protagonizado la utopía de ser el factor de desarrollo y la comunicación, como pilares de una sociedad en ascenso, sin embargo debemos aclarar que no es lo mismo decir fácil acceso a la información y conectividad, que decir comunicación, resultando en muchos casos en un entropismo comunicacional por el mal uso de las NTIC en la sociedad, además que la aplicación de estas en un entorno de subdesarrollo escolar, donde no se ha establecido un modelo adecuado de educación, torna aún más dificultoso la aplicación de las NTIC para mejorar el proceso o mejorar la comunicación, es decir terminamos subutilizando la tecnología.

Si volvemos nuestra mirada a nuestro entorno social y familiar podemos ver que las NTIC nos han acercado, pero nos han distanciado al mismo tiempo, pues podemos hablarnos de inmediato, con simplemente marcar el número o escribir un texto desde nuestro celular, pero ¿gozamos de comunicación?, o simplemente nos contactamos. Y qué decir de aquellas reuniones familiares donde los jóvenes se “zombifican” frente a su teléfono móvil, enajenándose del ambiente creado para compartir, alejando la comunicación milímetro a milímetro, pero incansablemente.

Al respecto, las palabras de Humberto Maturana resultan esclarecedoras: “Cualquier cosa que sea la tecnología, cualquier[a] que sea el ámbito que creemos, todo pasa por un cuello de embudo que es el ser humano y ese ser humano tiene ciertas características biológicas” (Maturana, 2000: 107). Es decir, de poco o nada resulta útil las NTIC si no trabajamos previamente en la capacidad comunicativa de los educadores, pues la comunicación abre un espacio privilegiado para el aprendizaje mutuo, permitiendo conocer a nuestro educando, y

trabajar con él y sus saberes para permitirle construirse a sí mismo y construirnos nosotros también a través de una retroalimentación (Vásquez, 2011).

CAPÍTULO IV

CAMINANDO JUNTOS

La pedagogía precisa transmitir el corazón y el pensamiento al aprendiz; se conceptualiza como el proceso de sentir como elemento central al otro, es decir al estudiante, a quien viene a aprender de las instancias que brinda el sistema educativo; dando sentido al acto educativo a fin de promover y acompañar la construcción del aprendizaje y del aprendiz. Entonces decimos que la ciencia se preocupa por la verdad y el conocimiento, en tanto que la pedagogía se ocupa del aprendiz y el aprendizaje (Prieto, 2019).

¿Somos educadores científicos o educadores pedagogos?

La respuesta a esta interrogante la tenemos cada uno de nosotros, y nos la reservamos por el temor a ser juzgado como un mal educador. Recuerdo más educadores científicos que pedagogos durante mis años universitarios, preocupados en el texto más que en el contexto; y muy pocos, si no es ninguno, se preocupaba por el estudiante universitario, que era visto como un ser lleno de responsabilidades, pero sin derechos. Resultando en un entorpecimiento del aprendizaje.

No hay transmisión de cultura posible sin mediaciones, en todo proceso del ser humano hay mediación, en el habla, en la escritura, en la tecnología, en las creencias, entre muchos otros aspectos cotidianos del ser. Pero en nuestro caso hablaremos de una mediación pedagógica, es decir que sea capaz de promocionar y acompañar el aprendizaje. (Prieto, 2019)

La mediación pedagógica resulta en un acto humanizado que desecha la violencia en todas sus expresiones; es más bien la preocupación por el otro en un acto educativo que se traduce en un vínculo a la promoción y acompañamiento del aprendizaje. La práctica de la mediación no es sencilla, mucho más fácil es desentenderse de ella y dedicarse a mal difundir ideas para pedir cuentas de ellas en algún examen (Prieto, 2019).

“El hombre es mediado por las cosas en la medida misma que las cosas son mediadas por el hombre” (Sartre, 1960).

Esta cita, tomada de la Crítica de la razón dialéctica, de Jean Paul Sartre nos dice que el ser humano es un inevitable mediador, pues aprendemos mediando de conocimientos adquiridos previamente, creando y recreando nuestra propia cultura, a tal punto que consciente

o inconscientemente en nuestro diario vivir mediamos. Ejemplificando en su aplicación universitaria, la fisiopatología debe ser mediada inicialmente con conocimientos de fisiología para fundamentar el conocimiento y poder aprovecharlo, pues como vamos a saber del mal funcionamiento del organismo (fisiopatología) si no sabemos cómo naturalmente este funciona (Fisiología).

Los educadores al mediar pedagógicamente, es decir al promocionar y acompañar el aprendizaje debemos mantenernos en el umbral pedagógico; no debemos mirar tan hacia un lado que consideremos al aprendiz como un ser que no aporta nada, no posee experiencias, cultura ni historia, y todo el conocimiento lo vierte el educador cual vaso vacío; ni desviamos tampoco hacia el otro lado, donde se considera que el aprendiz no necesita el apoyo de nadie para aprender, resultando en un abandono pedagógico (Prieto, 2019).

Para hablar de umbral pedagógico debemos primeramente recordar que umbral se define por la Real Academia de la Lengua Española como la parte inferior del hueco de la puerta. Entonces mantenernos en el umbral pedagógico quiere decir que no vayamos ni al uno, ni al otro de los extremos antes descritos, respetando y considerando la cultura y experiencias con las que llega el aprendiz, pero sin dejar de mediar la enseñanza que acompañamos, es decir sin invadir ni abandonar. O como un adagio popular lo señala “Del fuego no hay que mantenerse tan cerca como para quemarse, ni tan lejos como para enfriarse”

Ciertas vivencias contadas por mi padre durante su estudiantado, donde había profesores que solo se los veía al inicio del periodo, y en las evaluaciones. El primer día de clase indicaban el texto guía y solo regresaba para evaluar lo que cada estudiante aprendió por sí solo, abandonando y alejándose completamente del umbral pedagógico. Así mismo el ejemplo de aquel profesor en experiencia propia, que menospreciaba nuestra cultura y conocimientos, asumiendo que nada tenemos que aportar, yendo del umbral hacia dentro para destruirlo todo y según el transformar nuestro saber y ser.

La mediación pedagógica, como ya dijimos resulta en un acto de promoción y acompañamiento del aprendizaje según Prieto (2019), y que mejor si lo hacemos desde la perspectiva del aprendiz, desde su conocimiento previamente adquirido, desde sus experiencias vivenciales, o desde su entorno cultural, validando su conocimiento, y manteniéndonos en el umbral pedagógico.

La mediación cultural debe ser vista multidisciplinariamente, desde distintos enfoques, perspectivas, y disciplinas. Mediar culturalmente es sintonizar un mismo canal de comunicación para transmitir un conocimiento entre dos o más interlocutores, y que, por varias razones no pueden entenderse tal y como lo harían interlocutores que pertenezcan al mismo entorno cultural (Trovato, 2013).

Si lo que buscamos es cambiar los paradigmas y establecer una enseñanza de calidad, debemos actuar sobre los estilos de aprendizaje que tiene cada alumno, adaptando la metodología docente a los mismos, resultando en elevar sus niveles de rendimiento educativo (Gutiérrez, 2018).

David Kolb describe un modelo de aprendizaje basado en la experiencia, en el que identifica dos dimensiones principales del aprendizaje: la percepción y el procesamiento; de acuerdo con esto describe cuatro tipos dominantes de estilos de aprendizaje: Convergente, divergente, acomodador y asimilador (Kolb, 1970).

Según Coffield et al (2004), una acertada aplicación de los instrumentos que miden los estilos de aprendizaje tiene como ventaja que tanto estudiantes como profesores puedan conocer sus debilidades y fortalezas como aprendices y de este modo contribuir a aumentar el autoconocimiento (Gutiérrez, 2018).

Según Kolb, para que haya un aprendizaje efectivo y eficaz, deberíamos pasar por un proceso de cuatro etapas: Primero una experiencia en la cual hacemos, sentimos, vivimos algo llamada “Experiencia Concreta”, Segundo aquella etapa en la que observamos, reflexionamos sobre lo que hicimos en la primera etapa, y los resultados que hemos obtenido, llamada “Observación Reflexiva”. Tercero tenemos la “Conceptualización abstracta”, que consiste en pensar y obtener conclusiones a través de nuestras reflexiones. Y finalmente ponemos en práctica el concepto adquirido, sirviéndonos de guía para acciones futuras, a esta etapa Kolb la llama “Experimentación Activa” (García, 2014).

Hay que tener en cuenta que, con la aplicación de estas etapas, el aprendizaje será mucho más potente y significativo, y podremos llegar a toda la diversidad de estilos de aprendizaje del aula, permitiéndonos mejorar la experiencia enseñanza-aprendizaje, tanto para los educandos como para nosotros como educadores, pues mediante esto tenemos la oportunidad de retroalimentar nuestra práctica y no sentirnos como meros hablantes, sino

sentirnos escuchados. Es importante reconocer las etapas de aprendizaje para metodizar la enseñanza, y no hacerlo a ciegas.

A las etapas de aprendizaje previamente descritas Kolb, las esquematiza por medio de un modelo en forma de rueda llamado “Ciclo del Aprendizaje”, o “Ciclo de Kolb”. Y describe cuatro estilos dominantes de aprendizaje:

Figura 4

Etapas y estilos de aprendizaje según Kolb



Convergente. Hay un predominio de la conceptualización abstracta y la experimentación activa, caracterizándose por el razonamiento hipotético-deductivo. Según la investigación de Liam Hudson (1966) demuestra que los convergentes son relativamente insensibles, y prefieren tratar con cosas antes que con personas; inclinándose por carreras técnicas y ciencias físicas como las ingenierías.

Divergente. Tiene un predominio de la experiencia concreta y la observación reflexiva, caracterizado por su capacidad imaginativa y consideración de muchas perspectivas de las situaciones concretas. Son productores de ideas. Según Hudson (1996) demuestra que los

divergentes se interesan en las personas; inclinándose por carreras artísticas o directivos de personal.

Asimilador. Predomina la conceptualización abstracta y observación reflexiva, se caracterizan por su capacidad de crear modelos teóricos, son inductivos, y al igual que los convergentes, se interesan más por las cosas que por las personas. Este estilo de aprendizaje es más característico de las ciencias básicas que de las aplicadas, encontrándolos con más frecuencia en los departamentos de investigación y planificación

Acomodador. Presenta un predominio de la experiencia concreta y la experimentación activa, son arriesgados, se involucran en experiencias nuevas, se adaptan con mayor facilidad. Se sienten cómodos con las personas, inclinándose a terrenos técnico prácticos como la mercadotecnia o ventas. Resultando de gran importancia identificar cada uno de estos estilos de aprendizaje, para poder personalizar la enseñanza, además de permitirnos establecer una comunicación adecuada de acuerdo a cada aprendiz (Kolb, 1974).

Recuerdo hace algunos años mientras iniciaba mi carrera como profesor vivía en una casa colonial de principios del siglo XIX, heredada de mi familia, la misma que se encontraba muy descuidada, y de manera muy particular su sistema de tuberías, que eran metálicas aún. En la misma época una noche, mientras compartíamos entre amigos, uno de ellos con profesión Hidrosanitaria me recomendó actualizar el sistema de tuberías, ya que había notado que el agua a ciertos grifos de la casa no llegaba con la presión adecuada, y que se debía a que dichos tubos estaban obstruidos. O por lo menos realizar una limpieza de tuberías y colocar una válvula que regule la presión de agua que ingresa desde el sistema municipal de agua potable.

No le presté mucha importancia, pues me decía es poco el tiempo que voy a vivir aquí. Sin embargo, a los 3 días de dicha conversación las tuberías de agua reventaron en 2 partes de la casa, inundando y provocando daños en las paredes, cielo raso, y además de objetos personales.

¿Qué fue lo que pasó en la casa? Si reflexionamos la causa de dicho incidente fue el descuido con el sistema de tuberías, que resultó en un percance mayor en costo y tiempo que el que podía haberlo prevenido.

De esta manera podemos relacionar el sistema de tuberías que lleva agua a cada rincón del hogar que lo necesite, con un sistema del cuerpo humano algo más complejo que está

comprendido por arterias, venas y el corazón, que es quien impulsa esa sangre a través de las arterias. Tal como sucedió en mi hogar, que había algunas griferías que no tenían la presión adecuada de agua; porque se encontraban obstruidas, podría suceder en las arterias, que al encontrarse obstruidas no pueden llevar la cantidad adecuada de sangre a los órganos, e incluso en ocasiones taponándose completamente, sin dar paso a la sangre, a lo que llamamos “Isquemia”.

O también podría darse el caso que esas arterias, como las tuberías de mi hogar se terminen rompiendo, y viertan su contenido a sus tejidos circundantes, a lo que llamamos “Hemorragia”

¿Pero qué es lo que podría causar una isquemia o una hemorragia?

Pues bien, las isquemias se producen porque dentro de las arterias se va acumulando grasa, que obtenemos de la comida chatarra y falta de ejercicio, disminuyendo poco a poco el paso de la sangre a través de esa tubería. Y la hemorragia se produce cuando esas arterias se rompen, porque la presión arterial aumenta considerablemente; normalmente la presión arterial del cuerpo humano es de 120/80 milímetros de mercurio (mmHg), pero si aumentara a 200/110 mmHg, podríamos tener una ruptura en algunos lugares de la anatomía.

En caso de ya presentar obstrucción de las arterias, o la presión elevada hay medicación que actúa controlando estos. Por ejemplo, las estatinas actúan “limpiando” las paredes internas de las arterias, permitiendo que la sangre fluya mejor y no se taponen. Y los medicamentos antihipertensivos, actúan manteniendo la presión arterial estable, entre 120/80mmHg, evitando que al elevarse terminen rompiendo arterias en cerebro, abdomen, riñón, ojo; suponiendo un riesgo distinto de acuerdo al órgano que termine afectando.

Si hablamos del punto más importante en la salud comunitaria, es la prevención, entonces para evitar esto deberíamos mantener una dieta sana, ejercicio constante, evitar los hábitos tóxicos como el tabaco o el alcohol, mantener un control adecuado de la presión, acudir a controles rutinarios médicos, y en caso de ya ser diagnosticado de una de estas patologías, tomar medicación de manera constante.

La mediación a través de la cultura nos es una herramienta muy útil para capturar la atención de nuestro interlocutor, ya que nos identificamos con conocimientos, experiencias o

vivencias ya dominadas o conocidas; además que el conocimiento nuevo que hemos transmitido será mejor asimilado.

Con la finalidad de provocar una apropiación del conocimiento por parte del aprendiz, de acuerdo con la información recabada en esta práctica sugeriría la aplicación de las etapas del aprendizaje para mejorar para la estructuración de nuestra clase.

El proceso de 4 etapas de aprendizaje descrito por Kolb, debería ser aplicado de acuerdo al conocimiento previo de nuestros interlocutores, es decir deberíamos personalizarlo con terminología y acercamiento de acuerdo a los conocimientos, vivencias, experiencias o cultura de nuestro interlocutor

CAPÍTULO V

PARA QUÉ EDUCAMOS

Cuando hablamos de para qué educar, deberíamos no solo tener en cuenta hacia dónde queremos llevar a nuestros educandos, sino como llevarlos, partiendo desde la naturaleza humana del aprendizaje, es decir de la mediación pedagógica cultural, hasta las distintas instancias del aprendizaje, para causar un constructivismo enfático en la empatía y el humanismo, para cambiar el canibalismo social que vivimos actualmente.

En la enseñanza, al hacer mención al humanismo brindamos al estudiando un campo visual más amplio de la sociedad en la que se desempeñará, tornándolo pragmático y ético, en lugar de un mero científico, y de esta manera favorecemos la incorporación del profesional en la sociedad y su ambiente laboral; con el consecuente aumento de credibilidad de la visión institucional de la educación (Nebrija, 2016)

Fortalecemos nuestra enseñanza enfilando los objetivos, los métodos y las tareas de evaluación, con el fin de brindar a los alumnos una mayor libertad de construir y manifestar su aprendizaje continuamente como refiere Biggs (2006). Desde el umbral pedagógico debemos acompañar ese aprendizaje, potenciando las fortalezas y mejorando las debilidades de cada estudiando.

Hemos hablado un poco de la enseñanza, pero ¿Qué debemos enseñar? La respuesta es corta, pero muy profunda y complicada, los educadores debemos “enseñar a aprender”, y la mejor manera de hacerlo es acompañando y guiando el propio aprendizaje del educando, pues no queremos ser esclavos de la institución y del educador, lo que buscamos es un ser libre de ataduras, que pueda construirse cada día y ayudar también en la construcción de los demás, desarrollando su potencial intelectual y humano; Lo que intentamos entonces los educadores es brindarle las herramientas necesarias para su construcción continua a lo largo de toda su vida (Nebrija, 2016).

La empatía, es la cualidad de ponerse en los zapatos del otro; si queremos la formación de profesionales empáticos, debemos iniciar empatizando la institución con la sociedad, con el objetivo de diagnosticar y actuar sobre su problemática, siendo parte activa del desarrollo comunitario, y no mantenerse al margen como una institución productora de científicos apáticos con modelos y prácticas extranjeras inadaptadas en nuestro medio. La universidad

como producto de las necesidades sociales, no puede enajenarse de la realidad de la sociedad a quien se debe, su obligación es brindar una solución a dicha problemática, a través de la producción de cultura mediante investigación científica, y por supuesto a través de la formación de profesionales para esa sociedad.

Y se preguntarán el título del capítulo es educando para, pero no hemos dicho para que, lo que queremos es en verdad educar para la convivencia, sembrando empatía en nuestros futuros profesionales, para mejorar la interacción social, viendo al otro desde su perspectiva, analizando su sentir, sus necesidades y sus cualidades, incentivando el respeto del uno por el otro. Un profesional empático es aquel en el que resalta la calidad humanística antes que la científica, mejorando la aceptación de los conocimientos científicos en la sociedad, y si el humanismo y la empatía lo caracterizan, no habrá malicia ni avaricia que resulten en explotación y corrupción de la sociedad.

Entonces el educar para la convivencia lo deberíamos incluir en todas y cada una de las asignaturas científicas; no hablo de crear una materia con dicha temática, sino más bien de acercar al estudiante a la sociedad a través de proyectos investigativos sobre la problemática comunitaria, diagnosticando y tratándola, cuál médico vela por su paciente para erradicar la enfermedad.

Llamaremos a esta interacción una relación educando – sociedad, la misma que debe ser mediada por un educador, entonces diríamos que lo correcto es llamarla una relación educador – educando – sociedad, donde buscamos sacar el conocimiento de las aulas y aplicarlo en el campo, probarlo, comprobarlo y construir un propio conocimiento mediado por el texto. Pero con un componente más importante y profundo de por medio, el componente social, el desarrollo personal, y humanístico del educando a través de su acercamiento con la comunidad, observando y viviendo su cruda realidad, las carencias y necesidades de sus habitantes, la brecha entre la teoría y la práctica; plantando una semilla de empatía en lo más profundo de su ser, para que florezca en un profesional ético, responsable y justo.

El conocimiento es el producto de la interacción social y de la cultura, que se consolida al aplicarlo en un contexto social, resultando notablemente mejor al utilizar un aprendizaje intuitivo en un ámbito social y cultural, que mantenerlo únicamente en un aprendizaje académico, que en muchas de las ocasiones disminuyen el interés de aprendizaje por parte del educando, resultando en muchos de los casos en el “fracaso escolar”. El educador está

comprometido a conducir al estudiante a un constructivismo propio del día a día, de manera esquemática y propio de la naturaleza humana, ya que para caminar el niño aprende a través de su vivencia y experiencia, de sus errores y sus aciertos, más no recibiendo una clase magistral de cómo caminar (Carretero, 1997).

El educador es el responsable del método docente, pues es quien toma las decisiones sobre los procesos y recursos a utilizar en las distintas fases de un plan de acción, que paralelamente con los objetivos pretendidos nos permite dar una respuesta a la tarea de educar; existe tres tipos de métodos en función del enfoque: 1. Enfoque didáctico para la individualización, 2. Enfoque de la socialización didáctica, 3. Enfoque globalizado.

Del grupo de enfoque didáctico para la individualización, que se centra en el estudiante de manera personalizada, quisiera hacer énfasis en la Investigación, definida como la aplicación por parte del estudiante de metodología para identificar el problema, desarrollar los procesos, interpretar los resultados y obtener las conclusiones en base al trabajo desarrollado. Así también la aplicación de tutorías académicas en las que el profesor personaliza el proceso enseñanza-aprendizaje de cada alumno, dando guía y orientando académicamente al estudiante.

Del grupo de enfoque de la socialización didáctica quisiera mencionar el método del caso, que consiste en la descripción de una situación real o hipotética, para ser analizada, estudiada con el objetivo de encontrar una solución, obteniendo en el transcurso de la investigación varios conocimientos para interpretar cada caso; Así también su variante, que es el método del incidente que consiste en que el profesor toma distintos roles, actuando y brindando información según como el aprendiz vaya indagando, incentivando a la toma de decisiones por parte del aprendiz.

Pero el enfoque globalizado es aquel que nos brinda mayor beneficio en el proceso de enseñanza, pues resulta en una pequeña representación de la sociedad, ya que se aborda interdisciplinariamente la realidad, basándose en proyectos, para luego aplicar la resolución de problemas identificados en dichos proyectos, que pueden ser aplicados dentro de la sociedad, incluyendo de esta manera a los estudiantes en la problemática social, para luego dar una solución a dicho problema definiendo sus parámetros y proponiendo soluciones alternativas a dicha situación, causando no solo un aprendizaje científico, sino también social y humanístico (Nebrija, 2016).

Es decir, el enfoque globalizado constituye una vinculación con la sociedad por medio de proyectos aplicados sobre una región o comunidad específica (Aprendizaje Basado en Proyectos), a través de la aplicación de extensiones universitarias, donde un equipo multidisciplinario de educadores y educandos acuden a una región específica para identificar de manera integral la problemática y proponer una o varias acciones a realizar, con el objetivo de actuar sobre la formación científico-social del aprendiz, y retribuir a la sociedad como institución.

La gran fortaleza e importancia del Aprendizaje Basado en Proyectos (ABP) radica en la motivación y compromiso que provoca en los educandos, pues les da la oportunidad de elegir el tema que más les apasiona, permitiéndoles ser parte activa de un proyecto, y no solo regirse a lo que el educador le impone en muchos de los casos, y en otros casos siendo únicamente recolectores de datos que ni bien saben sobre el tema. El ABP perfecciona las cualidades de cada estudiando, a más de incluirlo en la realidad social para la cual desarrolla el proyecto, y un estudiante apasionado por aprender será un profesional apasionado por servir y enseñar; disminuyendo de esta manera también el porcentaje de abandono escolar (Martí et al, 2010).

Dentro de la enseñanza tenemos varias herramientas disponibles para mejorar el proceso, sin embargo, lo primero que debemos cambiar como educadores es la visión de nuestros estudiantes, como seres únicos, irrepetibles, con cualidades para potenciar, y no como habitualmente se lo ve, como un barro para que el educador lo moldee a gusto y semejanza de sí mismo, debemos ayudar a formar seres autoconstructivistas, morales, éticos y sobre todo empáticos con la sociedad a quien sirven.

CAPÍTULO VI

LA EVALUACIÓN SOÑADA

Citando a Joseph Novak en el año 2007 “Seremos, sin duda, testigos de cambios relativamente dramáticos en las formas que usamos para educar a las personas en el siglo XXI, cambios que yo creo serán por lo menos tan significativos como aquellos que se produjeron con la invención de la imprenta en el año 1460”

Podemos concordar que sin duda la educación, con la revolución tecnológica está atravesando un importante cambio; cambio que se mantendrá durante varios años, hasta que la alternante sociedad exija una nueva adaptación. Hemos sido testigos en las aulas de por lo menos un intento de amalgamación entre la educación y la tecnología, una parodia de constructivismo, sin embargo, la evaluación se ha mantenido precaria, tal vez debido a la remuneración insuficiente del educador, que como dijimos antes, obliga a depender de más de un trabajo para subsistir; tal vez por la falta formativa y desconocimiento del proceso evaluativo formativo continuo. Sobre quienes soñamos dedicarnos a la tarea educativa recae la responsabilidad de propiciar este cambio educativo y evaluativo en pro de la sociedad a la cual nos debemos como educadores.

En la universidad el proceso de evaluación es a menudo incierto para los estudiantes, y los educadores lo conceptualizan como un proceso separado de la enseñanza-aprendizaje, promoviendo métodos tradicionales al evaluar, que recogen información necesaria únicamente para acreditar. Es necesario por lo tanto buscar nuevas estrategias que nos permitan actuar con flexibilidad frente a las situaciones cambiantes del mundo universitario de hoy (Brown, 2003).

La evaluación es una actividad valorativa continua que se produce en el marco de los procesos del aula, en el cual intervienen todos los actores involucrados. La evaluación permite obtener información sobre el impacto del proceso enseñanza-aprendizaje, la misma que es útil para los docentes, los estudiantes, y los diseñadores de currículo como un hito para la mejora de la propuesta didáctica. Permite a los estudiantes realizar un seguimiento de sus avances en la comprensión y en la obtención y desarrollo de habilidades.

El proceso evaluativo abarca tres dimensiones: La cognición, que es un modelo referencial de cómo los educandos representan su saber y competencia en el área evaluada; La

observación, a través de actividades evaluativas que permiten al educador ver el desempeño del estudiante; Y finalmente la interpretación de las evidencias recogidas.

Figura 5

Las dimensiones de la evaluación



La tarea de la evaluación no es simplemente cuantificar el saber que los educandos han adquirido y acreditarlos social e institucionalmente, sino, más bien, la evaluación incide directamente en la propuesta curricular, además de promover el hábito y experticia de autoevaluación en el educando, brindándole una visión crítica de su desempeño, para impulsarlo a crecer profesional y socialmente posterior a sus días universitarios, es decir, la evaluación y el aprendizaje son dos caras de la misma moneda. La evaluación es una herramienta para ayudar a aprender, más no para clasificar y jerarquizar los educandos (Leymonié, 2008).

Para hablar de evaluación soñada, primero recordaremos aquella pesadilla de los años educativos que concebíamos como examen; de esa hoja de papel que provocaba sentimientos muy extremos, es decir, aprobación y júbilo, así como de reprobación y rechazo; la presión previa a estos, y lo tediosos y difíciles que eran, en casos comparados con trampas y demostraciones que el educador sabe más que el educando.

Desde que aprendemos a caminar somos evaluados y calificados mediante aplausos y sonrisas, o regaños, dependiendo lo que nuestros padres y la sociedad crean acertado. En el jardín de infantes recuerdo claramente que la calificación era cualitativa, mediante un sistema

de caras felices o caras tristes, tanto en el accionar disciplinario, como en el académico. Sin embargo, la evaluación se formaliza como tal y empieza a cuantificarse en primer grado de la escuela, donde empezamos ya a tener pruebas de carácter sumativo parcial, donde se empieza a distinguir entre alumnos de notas bajas y de notas altas, separándonos en grupos para que “la manzana podrida no contamine a las demás” como decía nuestro profesor en aquel entonces.

Mientras permanecí en la educación primaria mis calificaciones eran sobre la totalidad de lo evaluado, me encontraba entre el grupo selecto de educandos; y debo atribuir estos logros a que mi madre acompañaba mi aprendizaje mediante tutorías suyas en horas de la tarde, donde tenía la oportunidad de perfeccionar el aprendizaje, sin temor a la aprobación o desaprobación académica. Realmente mi paso por la educación primaria fue increíblemente fácil, no recuerdo haber tenido que sentarme a estudiar para una prueba, pues siempre me encontraba preparado, sin embargo, el cambio más radical surge al ingresar a la educación secundaria, donde ese acompañamiento es interrumpido bruscamente, y siento el abandono, y agobio por la cantidad de información vertida, que se me dificultaba organizarla por mí mismo; es entonces donde la evaluación a pesar de mantenerse sumativa parcial, cambia totalmente y me coloca en el “grupito de atrás”; de los estudiantes bajo del promedio, de aquellos calificados como de pocas luces o de futuros inciertos.

Durante parte del proceso de educación secundaria me convencí que aquel calificativo vertido por mis profesores y la institución en base a mis notas era cierto; nació en mí un quemeimportismo por la evaluación, el aprendizaje, una rebeldía sin causa, presentando inconvenientes de riñas durante varios años, sin una meta a corto, menos aún a largo plazo, me convertía en lo que mi evaluación me decía que era.

No es sino hasta que salgo expulsado, desaprobado, rechazado por la institución que considero me pervirtió, y por medio de amistades de mis padres soy aceptado en una institución Católica, que empiezo a ver una luz al final del túnel, pues al llegar ahí, nadie me conocía, ni me había calificado previamente; digamos que inicié desde cero; El ambiente era más controlado, no había oportunidad de riñas, los educadores eran amistosos y permitían un acercamiento, escuchaban mis problemas y aprobaban el sentimentalismo. Ahí fue donde rompí ese concepto de que era “malo” y conceptualicé en mi ser, que era lo que yo quería ser, tuve esa gran oportunidad que quizás muchos no.

La evaluación me envió a uno de los dos extremos de la sociedad, por un lado en la primaria me clasificó como excelente, con un futuro brillante, y por el otro en la secundaria como un ser imperfecto, penoso, sin miras a futuro. El sistema caduco educativo y evaluativo es obsoleto, y descuida completamente al educando, su forma de ser y de ver el mundo y quiere enfrascarlo en lo que la institución y el educador dice.

Según Isambert-Jamati (1971) citado por Perrenoud en el 2008 “El alumno que fracasa es el que no adquiere, en el término previsto, los nuevos conocimientos y las nuevas habilidades que, de acuerdo con el programa, la institución preveía que adquiriese” (Perrenoud, 2008).

Esta frase tiene bastante sentido común, sin embargo, plantea una interrogante ¿Cómo se sabe si un alumno adquiere o no, en el término previsto, los nuevos conocimientos y habilidades que, de acuerdo con el programa, la institución preveía que adquiriese? Esta frase y esta interrogante abandonan por completo el acompañamiento del aprendizaje como tal, pues no considera al educando como un ser provisto de saber previo, y por lo tanto su interpretación de la enseñanza, más bien espera en lugar de un educando, a una repetidora de lo que la institución cree que es lo correcto y quiere impartir.

Además, esta frase ignora la retroalimentación que brinda el educando, que es aquel que recibe el saber, es quien mira desde otro ángulo la enseñanza impartida por el educador, que debo decir que, aparte de ser la razón de ser de la institución, es para quien la institución y el educador se deben, pues sin un educando, no tendría sentido tener universidades, ni ser educadores. En esta frase algo ya anticuada, se toma a la institución como el ente, no regulador, sino más bien, dueño de la educación y del saber, cuál dictador impone sus reglas, y castiga a quien opina diferente.

La evaluación se constituye históricamente como un instrumento ideal de selección y control con el fin de concretar formas de control individual y social. En el siglo XIX se denomina “examen” y su función era dar una valoración a los conocimientos obtenidos por los alumnos. En el siglo XX aparece el término “test”, describiéndolo como un instrumento válido y objetivo para determinar una infinidad de factores psicológicos de un individuo, como la inteligencia, los intereses, las aptitudes, y el aprendizaje. Y en este mismo siglo aparece el término “evaluación”, que se concibe como una actividad sistemática integrada dentro del proceso educativo, con el fin de optimizar este.

Según la UNESCO (2005) la evaluación se define como "el proceso de recogida y tratamiento de informaciones pertinentes, válidas y fiables para permitir, a los actores interesados, tomar las decisiones que se impongan para mejorar las acciones y los resultados." Es decir, es un proceso activo, continuo, constante, enfocado a no solo recoger, sino tratar la información relevante para los actores involucrados (Educador, educando, institución) con la finalidad de corregir y potenciar el proceso educativo.

La evaluación debe ser sistemática al estar garantizada por un plan de acciones basados en objetivos previamente planteados que iluminen el proceso; Integral para brindar información acerca de los distintos componentes del proceso y sistema educativo como la gestión, curriculum, el educador, el entorno socio cultural, los métodos, materiales, tecnologías; Formativa para potenciar el perfeccionamiento de la tarea educativa y enriquecer al educador, al educando, al proceso, al sistema y a la institución como tal; Continua, porque avanza conjuntamente con el proceso educativo, y no solo se la contempla al final; Flexible, debido a que esta debe adaptarse a los cambios de espacio y tiempos del proceso educativo, es decir, la evaluación debe acompañar a la tarea educativa, y no la tarea educativa ser la que se adapte a los tiempos evaluativos; Recurrente, porque retroalimenta constantemente el proceso, perfeccionándolo paso a paso; y finalmente la evaluación debe ser decisoria, para facilitar la emisión de juicios de valor para la toma de decisiones encaminadas a mejorar el proceso y sus resultados.

Figura 6

Requisitos de la evaluación



La evaluación para el educando es informativa, orientadora y motivadora; para el educador resulta una herramienta para calificar, pronosticar, diagnosticar el nivel y conocer el ritmo de aprendizaje del educando, a más de permitir mantener informadas a las partes interesadas sobre el desarrollo del proceso; y finalmente la evaluación permite al proceso educativo como tal una revisión continua de la validez en la actuación de cada uno de los diferentes elementos que intervienen en la evaluación (Rosales, 2014).

Una educación necesita de un proceso con resultados continuos e inmediatos, pero al mismo tiempo de resultados útiles, con sentido; no solo para comprobar cuanta información acertada devuelven los educandos, o que tan buenos para repetir la ciencia son (Prieto, 2019).

La evaluación según la función específica dominante se diferencia en dos tipos, que se conocen como evaluación sumativa, evaluación formativa, y en la actualidad se ha introducido también la evaluación para el aprendizaje (assessment for learning).

Evaluación Sumativa.

Esta se define como la selección, clasificación, promoción de los educandos para la certificación de sus logros de aprendizaje; tiene generalmente carácter final y se centra en los resultados inmediatos, productos mediatos e impacto de la acción educativa.

Dentro de la evaluación sumativa tenemos a la evaluación sumativa total, misma que se caracteriza por ser una evaluación terminal, centrada en el producto final, con la utilización de instrumentos que brinden la máxima objetividad, con la finalidad de certificar los aprendizajes logrados; Además tenemos la evaluación sumativa parcial, que se establece por periodos, utilizando instrumentos objetivos como exámenes escritos, orales, prueba final y parciales, integrando los logros parciales para certificar el aprendizaje

Evaluación Formativa.

Este tipo de evaluación pretende aumentar la aproximación de la enseñanza con el aprendizaje, es decir, de una aproximación del accionar del educador y de los logros de los educandos. Resultando en un mayor logro académico, más altos estándares y un conocimiento más profundo, a través de un feedback inmediato, directo y permanente, buscando la coherencia entre los objetivos, el proceso y el producto de la enseñanza, para eficientizar y mejorar la calidad de la misma.

A diferencia de la evaluación sumativa que es de carácter generalmente final, la evaluación formativa acompaña en los distintos estadios del proceso de enseñanza-aprendizaje, adoptando formas muy diversas; siendo continua, utilizando diversos instrumentos como la observación directa, el análisis de productos, las rúbricas, escalas, listas de cotejo, pautas evaluativas, preguntas orales y portafolios, para certificar el aprendizaje y perfeccionar el proceso.

Evaluación para el aprendizaje (assessment for learning)

Esta evaluación además de contemplar los aspectos de una evaluación formativa, resalta el papel activo del educando continuamente durante todo el proceso, tanto individualmente como con sus pares.

La evaluación para el aprendizaje integra la enseñanza, el aprendizaje y la evaluación; implicando a los educandos en su propio progreso; se apoya continuamente en las respuestas del educando para ajustar la instrucción mediante un feedback inmediato y permanente. Acompaña el crecimiento y sentimiento de responsabilidad propia del éxito de los educandos mediante autoevaluaciones, coevaluaciones (De la Orden Hoz y Pimienta, 2016).

¿Qué evaluar?

Para intentar responder esta corta pero compleja interrogante debemos partir desde que es lo que pretendemos enseñar, y esta práctica contempla el saber, saber hacer y saber ser.

El saber, es apropiarse del contenido, y para evaluarlo debemos contemplar el modo en que los conceptos e información acompañan procesos de reflexión, crítica, expresión; y no solo evaluar el contenido por el contenido en sí, es decir mediante una repetitividad transcrita. Para evaluar el saber podemos hacerlo a través de la capacidad de síntesis, análisis, proyección, expresión, imaginación, evaluación en sí mismo, entre otras.

El saber hacer, contempla la capacidad de recrear, innovar en base al saber como tal, es decir, poner el texto en el contexto, aplicar la teoría en un contexto, donde se pone a prueba y se comprueba lo que el texto aporta como un saber. Algunas líneas de evaluación son la capacidad de recrear y reorientar contenidos, capacidad de planteamiento de propuestas, de prospección, de innovación, de propuestas alternativas, entre otras.

El saber ser, es la capacidad de relacionarse entre y con los otros, con la finalidad de significar nuestra propia vida, pues de poco o nada sirve el saber y el saber hacer, si no podemos desenvolvemos como seres empáticos en el ambiente laboral. Entre las líneas posibles para su evaluación tenemos la capacidad de relacionar los temas estudiados con personas, la capacidad de vinculación, la capacidad de relación grupal, el trabajo en equipo, el entusiasmo por el proceso, la relación positiva con el contexto, la capacidad de relación teórico práctica (Prieto, 2019).

De los tipos de evaluación previamente descritos, debo recalcar la evaluación para el aprendizaje, que resulta ser el tipo de evaluación que contempla, no una calificación y clasificación del educando, sino más bien considera la evaluación del educador, el proceso, la institución, permitiendo progresar y perfeccionar en la enseñanza aprendizaje en pro de nuestros educandos y nuestro entorno social.

No hay mejor, ni aprendizaje más natural que el que un ser hace a través de los errores cometidos, y eso nos permite la evaluación para el aprendizaje, mirar hacia atrás, analizar y corregir los errores, potenciar las fortalezas y mantener o cambiar la modalidad evaluativa, además que no se centra en el saber nada más, sino también en el saber hacer, y el saber ser, las cualidades, características, fortalezas, puntos de opinión y observación de cada educando.

Citando a Blythe (1999) “Cuando el propósito de la enseñanza es la comprensión, el proceso de evaluación debe ser algo más que una simple estimación: debe contribuir significativamente al aprendizaje”. La valoración diagnóstica continua posee dos componentes básicos que son: Los criterios de evaluación, mismos que deben ser claros y explícitamente anunciados a los estudiantes al comienzo de la unidad didáctica que se va a enseñar; hay la posibilidad de negociar estos criterios con los educandos, volviéndolos objeto de consulta y opinión, tornándolos así más significativos para el aprendiz. La retroalimentación, debe contemplarse en la planificación general del educador, de modo que se la realice frecuentemente, sin dejar de lado claro, la retroalimentación informal, tal como los comentarios espontáneos a las intervenciones de los educandos. Es imperativo que la retroalimentación brinde información a los educandos sobre su desempeño, pero también abra la concientización sobre cómo es posible mejorar los futuros (Leymonié, 2008).

Siendo evaluados

Como estudiantes hemos recopilado lo negativo de nuestra experiencia para no repetirla, para marcar un hito sobre el cual registrar nuestra tarea como docente, sin embargo, caemos y recaemos en la repetitividad, a pesar de lo tedioso, frustrante, aburrido y en unos casos inútil que fue, pues nunca fue adaptado a nuestra realidad, nuestra cultura y menos aún ser atractivo, o divertido.

La evaluación por parte de los estudiantes, a nuestro proceso, nuestro material, nuestra evaluación misma, la denominaremos validación; para hablar de validación debemos abrir un espacio de madurez y diálogo, para aceptar y mejorar en aquellos puntos que nuestros educandos crean favorables. Aunque este proceso aumente el apretado presupuesto, es necesario y nos invita a reflexionar el ¿para qué sirven nuestros materiales? ¿A quién sirven nuestros materiales? Pues no podemos quedarnos como repetidores de la información nada más, debemos ser productores y acompañantes de la enseñanza y uno de los pilares

fundamentales de esta es la validación del material, proceso, metodología; pues quien más calificado para sugerir cambios en estos, que el grupo al cual va dirigido.

Al hablar de validación de una propuesta educativa, las instituciones dedicadas a la promulgación del aprendizaje tienen poco que aportar, pues no hay mucha experiencia en lo referente a la previa aprobación de dicha propuesta por los posibles destinatarios. La validación como tal inicia en el terreno de la publicidad y la propaganda política, donde con el propósito de comprobar lo atractivo, convincente y claro del mensaje se empezó a aplicarla, con grupos pequeños de sus destinatarios.

De esta manera quien proponía la validación tenía la oportunidad de potenciar su campaña publicitaria o política y lograr su cometido. Ahora bien, debemos preguntarnos si es justo que para la política y publicidad nos preocupemos en el alcance de nuestro material, y para la educación y enseñanza dejemos de lado la validación, descuidando el aprendizaje de nuestros educandos.

La validación debe ser un proceso planificado, que demuestre el interés del educador y la institución por el educando, como un acto de amor a la tarea de enseñar; permitiendo al aprendiz validar: la claridad-comprensión a través de aspectos como la cantidad de información, su coherencia, el lenguaje utilizado; el reconocimiento e identificación cultural por medio de la importancia y utilidad del enfoque aplicativo de dicho material en el entorno al cual los educandos van y se están desarrollando, como por ejemplo, al hablar de un material en el cual se enseñe a profundidad el uso de un ECMO (Membrana de oxigenación extracorpórea), cuando a donde van nuestros aprendices a desempeñarse directamente es en el entorno rural y dicho dispositivo ni en las grandes ciudades del Ecuador la encontramos; la capacidad narrativa a través de la belleza y fluidez del mensaje, volviéndolo atractivo o aburrido para el educando; el formato hace referencia a los medios audiovisuales como tamaño de letra, uso y claridad en las imágenes (Prieto, 2019).

Para iniciar con el proceso de validación debemos hacernos tres interrogantes: con quien validar, que vamos a validar y como vamos a proceder con la validación.

¿Con quién validar?

Al hablar de con quién vamos a validar debemos iniciar por una crítica profesional por especialistas en el tema, colegas que aporten de conocimiento, experiencia y vivencia en el aula

para la elaboración del material, elaborando un borrador inicial; para con el documento elaborado y validado técnicamente antes, proceder a la validación por el destinatario, quien resulta ser el mejor y más importante validador, pues es a este a quien va dirigido el material, reconociendo que cada persona posee formas de percibir el mensaje, y que no necesariamente coincide con la intencionalidad de los emisores, y de ahí deriva la importancia, pues esto nos ayudaría a retroalimentar nuestro proceso de elaboración y adaptarlo para nuestro destinatario.

La validación con el destinatario se debe realizar mediante una muestra no probabilística, en cuotas, encaminada a coincidir con el perfil de los grupos a los que se destina el material; y debemos proceder con una evaluación-validación cualitativa del material, tomando las expresiones vertidas por los educandos sobre este y analizándolas.

¿Qué validar?

Como ya mencionamos anteriormente, aquí se tomará en cuenta la claridad, el reconocimiento cultural, la belleza narrativa, el formato, la utilidad del material, y al hablar de esto quisiera hacer un paréntesis para recordar un material jamás validado pero muy utilizado en la educación secundaria, como es el álgebra, y muy específicamente los casos de factorización, pues utilidad hasta el momento de mi desempeño profesional no tiene, claridad menos aún, el tamaño de letra era extremadamente pequeño, y no había reconocimiento cultural, pues no se aplicaba, no se aplica, y no se aplicará en nuestro diario vivir; más bien era un instrumento de tortura, pues justamente coincidía con el periodo de navidad la elaboración de los ciento y pico de ejercicios de la miscelánea de factorización.

Además no debemos descuidar el material ilustrativo usado, pues no debe ser un material de relleno, sino más bien, debe tener posibilidad de identificación, es decir la capacidad que el lector reconozca ambientes y situaciones como propias, es decir que hable por sí mismo; los detalles deben ser precisos, no irreales, ni descuidados; tener rasgos reconocibles e identificables con la realidad, un tamaño claro, legible; y sobre todo una perspectiva adecuada, es decir identificar los planos cercanos y lejanos de acuerdo al enfoque al cual deseemos dar al objeto expuesto.

¿Cómo validar?

Para validar existen unos recursos y procedimientos mínimos a tenerlos en cuenta, como son: el equipo validador, donde debe contemplarse un entrevistador y un anotador, el

mismo que debe ser presentado al grupo, para que no sea visto como un extraño o intruso en el proceso; el tamaño de los grupos implica la creación y mantenimiento de un ambiente de diálogo e intercambio, de manera voluntaria y voluntariosa para con el proceso, además de no exceder los diez a quince participantes, con el fin de no entorpecer su expresión ni aburrir por el tiempo prolongado de sesión que implicaría un mayor número de individuos; la duración de las sesiones, como ya expresamos previamente, es importante, pues a mayor tiempo, menor interés hacia el proceso, por lo que deberíamos enfocarnos en una explicación clara de los pasos a seguir, sin prisa, un ritmo libre de presiones, y no atarnos a un número específico de sesiones; y algunos procedimientos para las sesiones, como entrelazar relaciones de amistad y consideración entre los distintos participantes, a través de un momento de experiencias vivenciales y un espacio de interacción, generar un ambiente adecuado, tranquilo, libre de presiones y prejuicios, lleno de empatía y respeto mutuo.

La sesión puede llevarse a cabo en forma de charla, sin ofuscar con cuestionarios grandes, largos, o exigir justificaciones a sus observaciones de posibles errores en el material o proceso, es decir debemos evitar juzgar su criterio. La clave para un buen proceso de validación es entonces, abrir un camino de la libre expresión, sin presiones, libre de tiempo y amigable para responder interrogantes que surjan.

Hemos hablado de la obtención de la información y ciertas recomendaciones, y ahora debemos tener en cuenta cómo registrar dicha información, pues como habíamos dicho anteriormente nos valdremos de un segundo validador, que en este caso cumplirá con la función de anotador, quien debe ser presentado al grupo para no causar nerviosismo o influir en las respuestas, en caso de carecer de un anotador debe ser el entrevistador quien lleve el registro del proceso, pero no hacerlo mientras entrevista, sino luego de terminar la sesión, esto debido a que si anotamos mientras charlamos, quitamos interés a lo que nuestro interlocutor tiene que expresarnos y restamos valor a su crítica y aportación (Cortés, 1993).

PARTE II
UNA METAMORFOSIS NECESARIA

CAPÍTULO I

LA UNIVERSIDAD: ¿INSTITUCIÓN VIOLENTA?

La violencia es definida como el uso de la fuerza para conseguir un fin; llegando a dominar al violentado para imponer algo (Idea, ideal, propuesta), pudiendo expresarse de manera física, psicológica, sexual o social; la violencia aprovecha la relación de poder generada en uno o más de los ámbitos previamente descritos, ya sea por superioridad física, social, o relación de dependencia, es decir, que el violentado esté sujeto al actuar del violentador, tal como sucede en el ámbito laboral o educativo, en este último el alumno está sujeto al educador para aprobar la materia, y digo sujeto debido a que en ciertos escenarios educativos no muy lejanos a nosotros, es el profesor quien tiene la última palabra, dando preferencia a unos alumnos, y entorpeciendo el proceso de otros.

La violencia en el sector laboral es expresada en el día a día, cuando el “jefe” precariza el ambiente de trabajo, explotando a los empleados con la amenaza de terminar el contrato laboral en caso de no seguir sus órdenes cual corderos. Este curioso animal fue utilizado como un adjetivo calificativo para los seguidores de una izquierda radical instaurada en el Ecuador, alrededor del 2008; más específicamente se los decía “borregos”.

Pero, ¿qué tiene que ver la política ecuatoriana con la violencia, o con la universidad? - Mucho digo yo, porque en esos años de “revolución” observé cómo arrancaban la dignidad del empleado público, condicionando con contratos limitados, donde obligaban a acudir a marchas, a hacer campaña política en horarios de trabajo y fuera de estos; donde los nuevos feudales decían “tienes trabajo gracias a la revolución, y tienes que ser agradecido”. Y ante todo este abuso y violencia de aquellos verde flex, no quedaba más que despojarnos de nuestros ideales e ideas para llevar un plato de comida a casa.

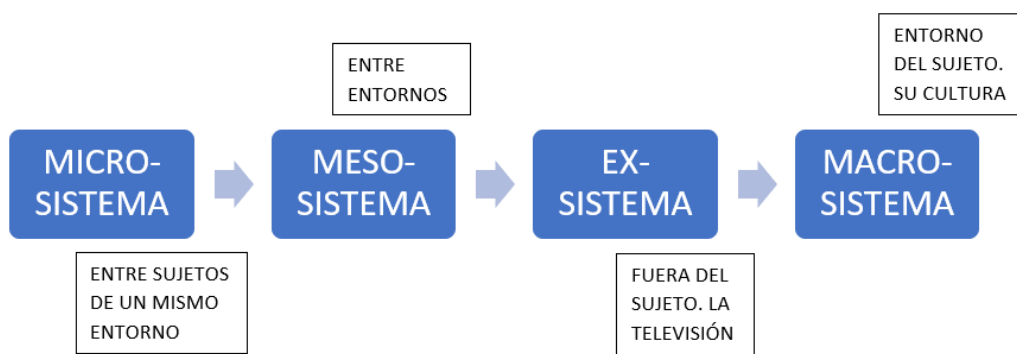
Al igual que en dicha década, nuestro sistema educativo se ha estructurado de tal manera que el alumno tiene desventaja ante el profesor, e históricamente ha sido desvirtuado por su concepción de inmaduro, pueril y falto de criterio, dando una ciega y peligrosa confianza de la sociedad al profesor, al mismo que se lo conceptualiza como un erudito, modelo a seguir y formador de hombres de bien.

Según Díaz-Aguado, 2006; Frías, 2003; Ortega, 1999, citados por Delgado, 2012, en su artículo Violencia en la escuela: actores involucrados; habla de un modelo ecológico de

violencia donde están implicadas las características personales y factores externos o del contexto, y tiene varios niveles, iniciando por el microsistema, que es el más cercano al sujeto, pues es en el que se desarrolla directamente, cara a cara con sus pares o interlocutores (la institución y la familia); un meso-sistema, que es la interrelación activa entre varios entornos (familia-institución); un ex-sistema, que es amplificado, sin incluir al sujeto directamente (la televisión, la radio); y finalmente un macro-sistema, que está constituido por la cultura y subcultura social y del entorno en el cual el sujeto se desenvuelve (Delgado, 2012).

Figura 7

Modelo Ecológico de Violencia



La violencia ha caracterizado a la especie humana desde que la historia lo acompaña, Génesis de la biblia relata que Caín llevado de la envidia atacó y mató a su hermano Abel; la historia relata en los años 1930 y 1940 la segunda guerra mundial, donde un político genocida llevado de la ambición intentó dominar, esclavizar e imponer sus ideas a gran parte del mundo.

Y si nos acercamos más a nuestro entorno, recordemos que nuestros padres nos hablaban sobre ciertos educadores que predicaban y practicaban la frase “la letra con sangre entra” justificando con esta su soez y violento actuar ante el alumno, ante el padre del alumno, y ante su propia moralidad, intentando acreditar su infame accionar. Finalmente, quiero recordar las riñas juveniles, donde en algunos casos había nobleza, defendiendo al más débil, y en otros era simplemente la necesidad de reafirmar un argumento, o saber quién es el más fuerte.

Resulta difícil, si no es que imposible enseñar lo que no nos enseñaron; en esta pequeña frase yace la realidad de la violencia cotidiana en nuestro hogar, sociedad y educación, pues la violencia en nuestro entorno no solo está naturalizada, sino que está bien vista y alentada.

“El fin justifica los medios” dice un adagio popular, pero que medios implica esto; con el actual simplismo de la sociedad, enfocada en el materialismo y la superficialidad, entendemos de manera implícita que el dinero es sinónimo directamente proporcional de éxito, es decir, a mayor cantidad de dinero mayor éxito, sin importar los medios que utilicemos para llegar a este efímero fin. Entonces, es “justificado” delinquir con tal de llegar a su objetivo, el dinero.

Debo añadir que este pensar corresponde a un individuo cuyos valores resaltan por su ausencia, y es precisamente este andrajo de la sociedad, que, como medio para escalar hacia su objetivo, utiliza a su prójimo, aprovechándose de su ventaja física, psicológica, sexual o social, para pisotearlo, robarlo, utilizarlo, es decir, para violentarlo. Entonces ¿dónde está la humanidad de este ser, producto de una sociedad superficial?

Lo tratado en el párrafo anterior resulta en un círculo vicioso, pues muchos de estos seres serán padres y transmitirán a sus hijos dicha banal manera de pensar; o tal vez, por azares del destino, o del poder lleguen a ser educadores, o mejor dicho “deseducadores” perpetuando su ideología mediante la fuerza más que la razón, y separando a quienes piensan distinto.

La institución educativa y la sociedad van de la mano; la sociedad fecundó la institución por su necesidad de profesionales que sirvan a sus intereses, y a su vez es la institución quien acompaña la construcción de estos profesionales que van a servir a la sociedad. Por lo tanto, la violencia social, la corrupción, el proselitismo, son resultado de una institución precaria, y a su vez esta universidad frágil es resultado de un modelo conductista promulgado por un estado totalitario, que lo que busca es seguidores ciegos desde las aulas hasta el panteón.

Figura 8

Relación entre la institución y la sociedad



Que difícil aprender lo que no nos enseñan, pues los valores como la honestidad, el respeto, la justicia, la tolerancia, la humildad vienen desde el núcleo familiar como tal, y se transmiten de padres a hijos; así también los antivalores como el irrespeto, la burla, la envidia o la parcialidad. En la institución, el aula y el ambiente educativo en general podemos apelar a ciertos valores éticos profesionales, pero no a aquellos que deberían venir del núcleo familiar y la sociedad. Creo que la analogía acertada sería con un campo de siembra, ¿y como florecerá y dará frutos un manzano en el desierto?

La presencia de esta faena competitiva en la sociedad y la institución educativa se refleja en la violencia entre pares, volviéndose aceptada y acertada, estribándose en la naturaleza de la competitividad y en la ley de selección natural, en la que el más fuerte sobrevive. Tornando literalmente en una jungla a la sociedad y el entorno educativo, donde el de colmillos se alimenta del débil, volviéndose animales, y por ende, un animal jamás podrá ser un humano (Moncada et al. 2017).

Hemos escuchado en no pocas ocasiones “el celo profesional”, y lo hemos hecho en aulas, calles y también en la mesa, mientras cenamos, haciendo referencia a guardar cierto celo o cuidado con nuestros compañeros, quienes se convertirán al paso de pocos años en competencia de nuestro diario vivir, en obtener un trabajo; cuando reflexionando esto, debemos

cambiar esa anticuada y ruin frase por “la excelencia profesional”, aludiendo a la mejora del propio ser y su sociedad, a su construcción para y con el prójimo, a su crecimiento entre pares.

“Violencia es el uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o acción, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones” (OMS. 2002, p. 5)

Durante la formación de un médico en nuestro país, o al menos en nuestra región, la violencia es considerada normal, y hasta parte de una educación de “calidad”; iniciando con algunos profesores, que, por medio de tratos humillantes, despectivos y agresivos, dicen, según ellos “seleccionar” al más fuertes; luego tenemos a la sociedad que avala este proceder; y para finalmente nuestros padres tolerar y minimizar la violencia diciendo que así ha sido siempre.

El médico es conceptualizado como aquel personaje que ha decidido dedicar su existencia a salvar vidas y atender enfermos, por lo tanto, no pueden equivocarse, y sus errores se pagan mucho más caros que los errores de cualquier otro profesional, sin embargo, su remuneración no representa dicho riesgo, pues un asambleísta, por ejemplo, gana mucho más y hace muchísimo menos, cuando hace; o al menos eso sucede en nuestro país.

Un crédito implícito de la escuela de medicina es el de “alteración del ritmo circadiano”, hablando figurativamente claro, pues entre las horas clase, el tiempo de estudio y la parodia de una vida social, ir a la cama tarde y despertar temprano se vuelve común. Durante el año de internado estamos expuestos a largas jornadas de trabajo, incluso de 25 hasta 30 horas seguidas, sin días de descanso. Personalmente debo decir que dichas jornadas no son pesadas, pues aprendemos y aprendemos cada día, de cada tutor y de cada paciente.

El internado es la experiencia más constructiva que tiene un médico, es aquí donde se aprende, no tanto del texto, sino más del contexto, entre pares y de la propia experiencia, sin embargo, la universidad pierde casi totalmente su presencia en esta etapa educativa, abandonando al interno a su suerte, siendo llamado únicamente para ser evaluado cada 2 meses y medio que dura una rotación, es decir, la institución violenta el proceso constructivo del interno.

La violencia se normaliza en varios ámbitos como hemos señalado previamente, se la justifica como una “herramienta” de formación, o se la enmascara en un acto de vocación o amor por los demás, sin embargo, no hay nada más erróneo que lo antes descrito. Y sobre nuestros hombros como educadores recae iniciar una revolución antiviolencia, aunque suene un poco contradictorio decir revolución sin violencia, no por su significado, sino por su histórico concepto de revolución, como por ejemplo la sangrienta y cruel escena de la casa de Ipatiev, Ekaterimburgo, donde la revolución bolchevique terminó fusilando al Zar Nicolás II y su familia entera (Saul,2018), o la “revolución ciudadana” que durante diez largos años despojo la dignidad de los profesionales servidores públicos, con la amenaza de dejarlos sin trabajo, y por lo tanto su pan.

En nuestras aulas de clase resalta la jerarquización, y esta resulta ser una pieza clave para iniciar un proceso violento, pues quien esta y se siente un peldaño sobre el otro, va a mirarlo como inferior, sucediendo exactamente esto con los profesores que piensan que los estudiandos acuden a ellos y necesitan de ellos para aprender, que llegan como un libro vacío, y es ahí donde sienten poder por su conocimiento, impidiendo totalmente ser cuestionados, y aprovechando su relación de poder para decidir quién aprueba o reprueba, para exigir respeto sin ganárselo, para humillar sin tener repercusiones, pues es mejor un desaire del profesor antes que un año perdido.

La violencia física, psicológica, social y sexual repercute en el autoestima y comportamiento moral y social del estudiante (futuro profesional, padre y educador), causando resentimiento ante dicha actitud, y un esbozo de justicia social que intenta replicar esos malos momentos para con los demás, generando más violencia, que en unos casos resulta ser peor que la que su agresor le propinó. El oprimido resulta ser peor que el opresor.

Hay varios tipos de violencia, algunos no identificados, otros maquillados, otros silenciados, y algunos hasta justificados y naturalizados por la sociedad, la institución e incluso la víctima. Los principales tipos de violencia en el entorno educativo son: psicológico, físico, académico y sexual, cuyas definiciones las detallaremos a continuación.

La Violencia psicológica se expresa el uso de la ventaja social o física misma, que mediante amenazas o burlas verbales lleguen a afectar la esfera mental, moral, espiritual o social del sujeto; comprende el abuso verbal (insultos, apodos, gritos), la intimidación, el atropello, el acoso y las amenazas, burlas, la humillación en público, el menosprecio, la

discriminación en todas sus formas (de género, religioso, racial, socioeconómica, por la edad, o por rendimiento académico).

La Violencia física que se expresa mediante el uso de la fuerza física como tal contra un sujeto, provocando lesiones físicas, aunque también repercuten psicológicamente, y en ocasiones sexualmente; entre este tipo de violencia destacan las palizas, patadas, bofetadas, empujones, pellizcos, lanzar a otra persona un objeto, asignación de trabajos excesivos, o exposición a procedimientos sin la protección adecuada.

La Violencia académica es la más frecuente, y muchas de las ocasiones es inconsciente, tanto por parte del educador, como del educando, la institución y la sociedad, pues son conductas inadecuadas por parte del docente hacia el alumno, en el contexto del proceso enseñanza-aprendizaje, que puede afectar su desempeño y su evaluación, como llegar tarde a clase, no seguir el cronograma o dar una clase poco preparada e improvisada.

La Violencia sexual es una conducta, aunque más que conducta resulta una agresión, ya que no es correspondida, mucho menos deseada sexualmente, llegando al punto de ser ofensiva para el agredido o agredida, traduciéndose en un sentimiento amenaza, humillación, o vergüenza. Se consideró como maltrato sexual a las insinuaciones verbales sexuales o comentarios obscenos, lenguaje corporal ofensivo de tipo sexual, discriminación de género, propuestas indecentes, tocamientos indebidos, discriminación de preferencia sexual y el chantaje sexual (Munayco et al, 2016).

La violencia sexual en las universidades se ha ido incrementando paulatinamente en los últimos años, pero esto no quiere decir que antes no existía, tal vez antes incluso era mayor; sin embargo, este aumento de casos de violencia sexual en la actualidad probablemente se debe a que tanto estudiantes como docentes han abolido el temor a levantar la voz y denunciar estos atropellos, es decir, han visibilizado la violencia sexual dentro de las aulas. Las instituciones se han mantenido, y se mantienen naturalizando y escondiendo algunos de estos actos, han silenciado a violentados y violentadas con el único fin de que su imagen pública no sea perjudicada (Guarderas et al, 2018).

El acoso sexual en las universidades se produce mayoritariamente por parte del docente (masculino) hacia las estudiantes (femenino), debido al carácter sociocultural de superioridad masculina frente a la femenina, generando una equívoca impresión de control sobre ella; o al

menos estos son los casos denunciados, sin embargo, debo acotar que cuando las circunstancias son al revés, es decir la docente (femenino) acosa al estudiante (masculino) ocurre lo contrario, generalmente el estudiante permanece en silencio, en unos casos no considera acoso, sino alago, y en otros tiene gran presión social para denunciar, puesto que socioculturalmente los hombres no rechazan a las mujeres (Molano et al, 2015).

Es imperativo como educadores o futuros educadores no ignorar, sino reconocer la violencia en nuestro entorno, adentrarnos en las turbulentas, vergonzosas y poco conocidas aguas de la violencia cotidiana, con la finalidad de buscar soluciones; y decimos poco conocidas, no porque la violencia cotidiana sea esporádica, sino porque no habitualmente se busca soluciones a problemas que permanecen escondidos tras la “excelencia” o la “normalidad”, que se maquillan tras un piropo, escondiendo sus bajos instintos, o entre risas mofan de un defecto y sumergen su autoestima en un hondo pozo.

En el transcurso de mis años universitarios tuve tanto hermosas como penosas experiencias, que las recuerdo con júbilo en ciertos casos, y con tristeza y enojo en otros; aquel profesor que llegaba tarde y tenía que acelerar en su clase, o dejaba temas inconclusos, y 5 minutos antes de cumplir con el horario decía a tono alto y firme “tema visto”, implicando una autoeducación en dicho acápite, ya que este iba a ser contemplado durante el examen mensual; un ejemplo claro de violencia académica, que como no causaba moretones o humillaciones, nadie la catalogaba como violencia, sino como “la forma de ser del profesor”.

Aquel profesor que alentaba a las estudiantes más atractivas a pasar al frente para dar la lección, e intentaba coquetear con ellas; o la profesora que incentivaba con puntos a ciertos alumnos, con coqueteos y guiños insinuantes; a sabiendas de que esto se denomina y grita claramente el título de violencia sexual, se lo pasaba por alto en clase, se lo naturalizaba, pues nunca hubo un intento de contacto físico inadecuado, y en aquella época mis compañeros y yo concebíamos la violencia sexual únicamente a la violación como tal.

Pero dejando de lado las tantas experiencias universitarias, que sin duda faltaría tinta para plasmarlas todas, tanto buenas como malas, vamos a centrarnos en proponer una solución para estos problemas anteriormente descritos.

En mi quinto año de colegio recuerdo unos ejercicios de empatización, donde nos pedían y nos guiaban a ponernos en tercera persona, en los zapatos del otro, hablando

figurativamente; hacíamos ejercicios de teatro en los cuales cada uno de los alumnos actuábamos escenas en las que éramos abusadores y abusados, que hacíamos de alentadores y alentados, un espacio donde sentíamos lo que el otro sentía, vivíamos lo que el otro vivía. Pienso que aquellos ejercicios fueron piedra angular en mi manera de conceptualizar la vida, entender al otro, y aborrecer los actos de injusticia y abuso.

La empatía es lo que tanta falta hace en esta sociedad superficial, que quiere cazar y desmembrar al más débil, al más crédulo, al que menos sabe, aprovechándose de su vulnerabilidad, como vemos en estos tiempos de pandemia, donde colegas, si es que así debería llamarlos, llenaron su bolsillo sin fondo, vendiendo panaceas a precios exuberantes, a personas que lo único que querían era no morir, ni dejar morir a sus familiares.

Y pregunto a estos personajes de la rapiña galena ¿les agradecería que hagan esto con sus hijos, padres o hermanos? Seguramente responderán de manera evasiva, pues, si no empatizan, menos van a aceptar su calificativo de antipáticos.

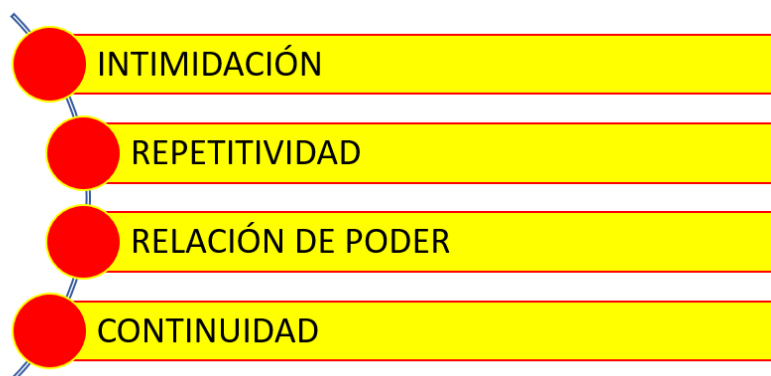
La violencia expresada como tal no es la forma preocupante, pues todos la reconocemos y la denunciemos; son sus distintas máscaras y facetas de expresión las que debemos identificarlas para iniciar programas interinstitucionales con la finalidad de desnaturalizar de nuestro genoma la violencia cotidiana, y permitirnos crecer para y con los demás.

Para generarse un ambiente oportuno para la expresión de violencia, se describe un círculo, compuesto por el agresor, que es quien propina el acto violento, sea este físico, psicológico, sexual o académico, sin embargo, el agresor no podría violentar sin la presencia del agredido, que es quien acepta su papel y no denuncia el acto, por el mismo hecho de la relación de poder con el agresor; y finalmente, para cerrar el círculo se necesita del espectador, que es quien naturaliza el acto de violencia, enajenándose de la realidad de su entorno, por apatía o por temor a pasar de ser espectador a ser agredido (Delgado, 2012).

Figura 9*Círculo de violencia*

La violencia intergrupala o interpersonal de tipo psicológica se expresa mediante el temor o manipulación negativa de los sentimientos del violentado, por medio de burlas, insultos, difamaciones o aislamientos del grupo de interacción; habitualmente en nuestro entorno cuando un profesor expulsa del aula a un alumno, el acto en sí es violento, pero no es visto como tal, llegando a tal punto que es el alumno quien es visto como el culpable, y la actitud del profesor como normal.

Díaz-Aguado, 2005 habla sobre el bullying y su expresión violenta entre pares, señalando las siguientes características: 1) Incluye conductas intimidantes como burlas, amenazas, golpes, aislamiento, insultos; 2) La escena se repite constantemente y se perpetúa; 3) Supone una relación de poder, donde el agresor tiene mayor jerarquía o fuerza; 4) Se mantiene debido a la pasividad del o los espectadores (Gómez et al, 2017).

Figura 10*Características del Bullying*

Visto desde este saber, un profesor que aprovecha su jerarquía y poder sobre sus alumnos, incluyendo prácticas de insultos, burlas o exclusiones con los alumnos, perpetuando el acto durante el semestre, y con espectadores atemorizados de ser víctimas también, cumple con las características de un bully.

Además de una institución sesgada ante el profesor, que no escucha, o tiene un entropismo comunicacional con el alumnado; cumple el caldo de cultivo perfecto para que germine la violencia.

¿Nuestras instituciones son entonces violentas? - Indirectamente sí, por propinar el ecosistema adecuado, donde se idealiza al profesor, cegando y sesgando su juicio a favor de él, naturalizando el acto violento, pero los dos puntos a mi parecer más importantes que hacen de ese ambiente el caldo de cultivo perfecto para que germine y se arraigue la violencia son el entropismo comunicacional y la ignorancia en reconocer las distintas expresiones de violencia.

La violencia en la institución es como la nariz en nuestro rostro, está ahí, siempre acompañándonos, pero invisibilizada por nuestros ojos; el entropismo comunicacional no permite escuchar a los alumnos, y la burocracia hace que el estudiantado se sientan seres sin voz, o consideren a la institución una entidad sin oídos para ellos.

CAPÍTULO II

DIALOGANDO CON LOS EDUCANDOS

Para dialogar primero debemos vernos como iguales, entender nuestras realidades, aceptar nuestras diferencias, reconocer nuestras debilidades y fortalezas, al igual que las fortalezas y debilidades de nuestro interlocutor, es decir, debemos colocarnos en el mismo escaño. Para lograr esta utopía dentro del aula universitaria, debemos conocer a nuestros alumnos, y para lograrlo empezamos definiéndolos desde nuestro concepto, para luego escuchar su autodefinición, con la finalidad de amalgamar este saber y poder llegar al tan añorado diálogo.

Mayoritariamente nuestros alumnos estarán comprendidos en la etapa juvenil, y al hablar de juventud, debemos llevar nuestra mirada más allá de la edad y la biología, y acercarnos un poco más a una visión de las ciencias sociales, para poder empatizar con sus problemáticas y accionar social.

¿Qué es la juventud?

Iniciemos con una pregunta retórica, pues, generalmente la juventud se determina mediante rasgos físicos y biológicos, o parámetros etarios; en todas las sociedades y en todos los medios sociales, la juventud es una de varias etapas del ciclo vital, como la infancia, la adultez y la vejez. La más común de las concepciones es que la juventud es un conjunto definido por su edad, es decir, que comprende un parámetro de edad entre la niñez y la adultez, definida de manera cuantitativa; en tanto que, las definiciones basadas en criterios de desarrollo de la personalidad entienden a la juventud como una etapa de cambios bio-psico-sociales tendientes a la definición de identidad adulta, contemplando varias de estas como la sexualidad, la afectividad, la intelectualidad y el área físico motora.

Sin embargo, hay que amalgamar estas definiciones entendiendo como el conjunto de procesos de desarrollo de la personalidad ligados a cambios fisiológicos y biológicos del ser, y su interacción con el ambiente social y ecológico en que éste se vive. De aquí puede surgir una primera afirmación, referida a que la juventud comienza en la biología y termina en la cultura.

¿Qué es la cultura?

La cultura se define basándose y concordando con las prácticas, creencias y costumbres que se incluyen y excluyen de ella. Según Williams, 1980, la cultura es un estilo de vida global, que se interpreta de acuerdo a la experiencia o de acuerdo a como es experimentada por los distintos actores sociales. En este sentido la cultura se va completando de acuerdo con las experiencias de las distintas prácticas sociales que están a nuestro alrededor, de cómo nosotros experimentamos una u otra situación.

Al hablar de la cultura nos hacemos referencia a una serie de creencias, formas de organización, costumbres y formas de producción, que incorporan los sujetos en sus prácticas sociales, ya sean éstas de carácter individual o colectivo.

Los jóvenes y la cultura

Esta generación de jóvenes, donde se conecta su vida cotidiana con referentes más globales, saliendo de los moldes tradicionales de sus pares, sus padres, su entorno, su ámbito educativo, sus hermanos, su familia; empiezan a detonar una selección y elección de referentes culturales en conformidad con su perspectiva de vida, es decir, los jóvenes rebeldemente salen de la guía cultural que los rodea y eligen adoptar otras prácticas identitarias, forjando su propia cultura, denominada “cultura juvenil”.

La adopción de caracteres de otras culturas se da gracias a la apertura de otras y nuevas formas de comunicación, como es el Internet, en donde son los nativos digitales, los jóvenes, la generación Z quienes navegan fácil y fluidamente, permitiendo formas nuevas de relaciones sociales, y por consiguiente prácticas sociales propias de la cultura juvenil, empoderándose de la tecnología. De esta manera, los jóvenes acceden a una inmensurable cantidad de información, de la que adoptan y crean distintas prácticas, mismas que marcan y definen su cultura juvenil.

El término de “cultura juvenil” surge ante la emergencia de la juventud como nuevo sujeto social, en un suceso que tiene lugar en el mundo occidental especialmente a finales de los años 50, y que se traduce en la aparición de la micro sociedad juvenil, con grados significativos de autonomía con respecto a las instituciones adultas, que se dota de espacios y de tiempos específicos (Ramírez, 2008).

Y surge la interrogante ¿la cultura juvenil es única y se perpetúa? La respuesta a esto es si y a la vez no. Si, porque la cultura juvenil que una generación ha forjado, se mantendrá con esta de por vida, expresándose a través de su elección de géneros musicales, su concepción de atractivo, su manera de vestir, el tipo de auto a conducir e incluso su propio dialecto. Y no, porque la cultura de una generación no se transmite hacia la siguiente, sino que cada generación adopta y crea su propia cultura.

Cuando tuve mi primer teléfono celular no había acceso a internet a través de este, y por lo tanto no había aplicaciones como Whatsapp, para textear teníamos que contratar planes de mensajes, mismos que tenían un número limitado de entre 1,000 y 10,000 por mes y a su vez una cantidad de caracteres especificados para cumplir los requisitos de un mensaje, que era de alrededor de 50 caracteres, es decir 50 letras, incluyendo espacios, es decir, que si excedíamos el total de caracteres, la operadora nos descontaba como dos mensajes; lo que trajo consigo a la utilización únicamente de iniciales de algunas palabras para evitar el consumo de estos, como por ejemplo para decir acércate utilizábamos las siglas “ACRKT” reduciendo de 8 letras a 5 letras.

El párrafo anterior expresa una pequeña parte de la cultura juvenil de mi generación, de mi cultura juvenil, con la cual no se identifican generaciones anteriores, ni la generación actual, simplemente porque no lo han necesitado, sencillamente porque las anteriores no disponían de mensajes de texto, y las actuales disponen de internet en el móvil, y de aplicaciones como Whatsapp o Telegram.

La “cultura juvenil”, es el conjunto de prácticas sociales, resultado de la hibridez cultural de su inserción en la modernidad y los medios proporcionados por la globalización, reflejadas dentro de sus espacios propios y dentro de una etapa generacional determinada (Ramírez, 2008).

La educación y la juventud

La frase “no se puede enseñar sin aprender” de Daniel Prieto, 2019; nos invita a la reflexión de que, para colaborar en la construcción de nuestros educandos, debemos construirnos a nosotros mismos en el día a día de nuestra praxis, legitimando nuestra práctica pedagógica para evitar caer en viejas formas de enseñanza, y justificar el ejercicio de la

violencia, que, por el contrario, lo que se busca es una práctica de no violencia, orientada a la recuperación de cada ser.

El conjunto de prácticas, costumbres, creencias, e incluso comunicación de la juventud podríamos denominarlos como cultura juvenil, ya que caracteriza a ese grupo actual, tecnológico, con otra visión de la realidad. Y es ahí donde los educadores debemos y necesitamos reconstruir nuestra práctica, con una retroalimentación de nuestros interlocutores; resultaría obsoleto aplicar metodología de enseñanza caduca, que ha sido impartida a nosotros como estudiantes. Para evitar estas engorrosas experiencias educativas, impera recordar lo tedioso de aquel profesor anticuado, que dormitaba nuestros sentidos con sus caducas técnicas de enseñanza.

La institución educativa, específicamente la universidad ha perdido la capacidad de asombro ante el hombre y su entorno; alejándose de los ideales, y entregándose a una sociedad práctica, abandonando la curiosidad, y por consiguiente replicando esto en sus educandos. Resultando en un alejamiento de la práctica humanista de las aulas, y tornando en máquinas robóticas, simplistas, prácticas y eficaces a los educandos.

La sociedad actual se caracteriza por buscar esa eficacia, llevando al sujeto de manera muy fácil al agotamiento, expresándose mediante una gran y florida sintomatología psicopatológica: la depresión, el trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), el trastorno límite de la personalidad (TLP) o el síndrome de desgaste ocupacional (SDO); definiendo a la sociedad del siglo XXI, y dando nacimiento al término de estrés como la enfermedad de este siglo. Y las interrogantes aquí son:

¿hasta dónde colaboró la universidad con esta nueva sociedad y sus problemáticas?

¿La institución hace algo por resolverlas, o fue y sigue siendo el causal de esto?

Un estudio realizado por Aguilera, 2014, a los estudiantes de la Universidad del Azuay demostró que el 16.1 % de los mismos, presentaba síntomas de trastorno depresivo mayor generados por diferentes causas; además se observó una relación significativa entre la depresión y: antecedentes de maltrato, sexo femenino, no tener afinidad con la carrera que cursa, migración de padres, antecedentes familiares con depresión y vivir solo; sugiriendo crear unidades de salud mental para seguimiento y tratamiento de estos casos especiales (Laso, 2016).

Entonces debemos plantearnos la hipótesis que los jóvenes de este siglo tienen igual o mayor carga de estrés que un adulto en el siglo pasado, sus problemáticas no son triviales y deben ser atendidas por la institución y el educador que acompañe su proceso de construcción.

Los adultos y la juventud

La sociedad impone un concepto de adulto, o adultez, que sirve como punto de referencia para niños, niñas y jóvenes; y este concepto está en función del deber ser, del deber hacer, del deber lograr, y acotaría también del deber aparentar. Esta concepción de adulto constituye una matriz sociocultural que cataloga a lo adulto como lo potente, valioso, con capacidad de decisión y control sobre los demás, situando de manera inmediata a la niñez, juventud y vejez en el casillero de la inferioridad, y por lo tanto en subordinación.

“Cuando el poder de los adultos sobre los jóvenes se ejerce por el saber, no se basa sobre la transmisión de conocimientos prácticos, sino de conocimientos artificiales, esotéricos, irracionales, que no están fundados en ninguna forma de empirismos ni en razonamientos, por lo que no pueden ser nunca descubiertos” (Meillassoux, 1982; 41).

La cita anterior resulta fuerte, e incluso grotesca, apelando a la invención de algún tipo de saber por la sociedad adulta, para desvirtuar el saber del menor, con la finalidad de reafirmar su concepción de que los menores aún no están listos, capaces o maduros, y así poder mantener esa jerarquía del saber; constituyendo grupos donde “se hablan cosas de adultos” separando y cohibiendo a los niños y jóvenes de participar en dichas charlas, llevándolos a considerar tabú todo aquello que alcanzan a escuchar entre las rendijas de las puertas impulsados por la curiosidad.

En las aulas de clase observamos diariamente casos donde el profesor no concibe que el alumno tenga un saber mayor, pues esto lo encasillaría como un “no adulto” en la sociedad; ya que un menor ha demostrado su “superioridad”, por lo que el educador tomando su posición de “adulto” y de poder trata de desvirtuar al educando, dando falsos argumentos, enfoques alternativos, o buscando una falla en el estudiante para llevarlo hacia su razón (Duarte, 2012).

El adultocentrismo, procede y emerge ancestralmente, de forma similar con otros modos de ejercicio de dominio en las relaciones sociales, y son diversas las fuerzas y relaciones sociales que entramaron para permitir que este germinara y se consolidara en la historia; medios

de relaciones de dominio, como el patriarcado, que organiza la construcción de la sociedad y la cultura concebidos en un poder masculino sobre el femenino; en otros casos por el dominio de clases o de razas, vinculado en la procedencia del individuo, a la cantidad o calidad de sus bienes.

En su carácter sistémico, este adultocentrismo no solo se refiere al dominio etario, más bien forma parte de una constelación de fuerzas relacionales que provocan dominio. Determinadas condiciones sociales, políticas, culturales e ideológicas permitieron que surgiera este modo de dominio, asentado sobre unos imaginarios de lo mayor y lo menor, la autonomía y la dependencia, la fuerza y la debilidad, que hasta hoy en día se reproducen. Estos imaginarios y fuerzas relacionales se fortalecieron en la medida que se articularon con otros sistemas de dominio.

Sin embargo, el adultocentrismo no es un carácter que actúa solo, más bien, tiene que estar acompañado por el carácter social, económico, o de género, que en ocasiones llegan a tener mayor peso que el dominio etario; visto desde el carácter social, en las aulas se dan casos en que los alumnos ejercen dominio sobre el tutor o profesor, obteniendo privilegios como faltar sin repercusiones, o aprobar sin merecerlo, entonces no vemos que el adultocentrismo actúe solo, sino que más bien depende de distintas variables; desde la perspectiva de género se dan casos en que la educadora pierde autoridad por ser de género femenino, ante los machistas alumnos que minimizan su actuar, su saber y su enseñar.

Y es probablemente por los ejemplos antes expuestos que el adultocentrismo pasa desapercibido, pues estos abusos y excesos del educador son categorizados como machistas en casos de profesores masculinos, o clasistas en caso de profesores de posición socioeconómica mayor; enmascarando al adultocentrismo y dirigiendo la mirada hacia otros (Álvarez y Duarte, 2016).

Como adultos tenemos una percepción de los jóvenes, misma que he querido plasmar en este texto para reflexionar desde mi perspectiva, respondiendo una serie de interrogantes, y al mismo tiempo invito al lector a emitir una crítica de estas; en las siguientes páginas expondremos una serie de interrogantes planteadas a nuestros educandos, y poder observar su perspectiva, su autoconcepción.

¿Cómo se los percibe en tanto generación?

La generación a la cual nos estamos preparando para acompañar su aprendizaje es más cambiante que la nuestra; hay que reconocer que todos en nuestra juventud hemos cambiado desde gustos musicales, estilos de ropa y peinado, hasta de ideología política durante el transcurso de nuestra vida, sin embargo, estos cambios han sido paulatinos, permitiéndonos identificarnos, conocer, aprender y adquirir un bagaje de cada etapa; a diferencia de la generación actual, donde los cambios se ven tan rápidos y fugaces que van dejando un vacío cultural de cada pensamiento, pues no han sido concretadas aquellas ideas o ideologías, dando como resultado una falta de criterio para discernir entre lo cierto y lo incierto, o lo útil y lo inútil.

Como dice el adagio popular “quien mucho abarca, poco aprieta” mismo que es aplicable en la actualidad, pues hay tantas fuentes de saber, y el contexto es tan cambiante que resulta imposible acaparar con todo, provocando personalidades lábiles, moldeables, pero extremistas, que emiten juicios veloces, y quieren actuar como verdugos también; tornando a esta en una generación difícil, con muchos prejuicios, exigente de derechos y perezosa de deberes, juzgadora del actuar, enajenada del contexto, del porqué de ese accionar, exigiendo en algunos casos incluso pasar por sobre los demás, a razón de creer saber qué es lo mejor para todos. Me aventuro a decir que es una generación dictatorial.

¿Como en sus relaciones con los medios de comunicación?

Nuestros abuelos, poco o nada sabían o llegaron a saber lo que sucedía en Rusia o Alemania, y me atrevo a decir, que muchos ni siquiera supieron que la segunda guerra mundial estaba en curso. Pero en la actualidad a los pocos minutos disponemos ya de información, sin embargo, en gran parte de los casos es falsa, y lo más preocupante de esto es que hemos naturalizado la desinformación, hemos aceptado la “mentira” como parte de nuestra cultura.

Los medios de comunicación informan y a la vez desinforman, históricamente han adoctrinado generaciones, ocultando o maquillando información, países enteros vendidos con una imagen falsa, como en la antigua Unión Soviética, o en la actual Corea del Norte, sin embargo, en la actualidad vemos un conductismo selectivo, las redes sociales por ejemplo, tienen algoritmos que presentan únicamente lo que el usuario en algún momento dio like o compartió, encaminando por una sola trocha a quienes se informan por este medio. Entonces

me pregunto si esta generación es la más informada o es la generación con mayor acceso a información, pero la más desinformada.

¿Cómo en sus relaciones entre ellos?

Las relaciones de la generación actual se basan en la tecnología, a través de esta interactúan, se demuestran afecto mediante mensajes en Facebook, o fotos en Instagram, incluso fundamentan una parte de su autoestima en su “popularidad” en redes sociales, cuantificándola según el número de likes, juegan en línea, llegando hasta enamorarse en línea y tener sexo por mensajes de texto o videollamada.

El ahora es las imágenes que veíamos en los supersónicos, algo que no solo se veía futurista, sino caricaturesco, que permitía comunicarnos a través de una pantalla, trabajar desde casa, tener robots que hacían las tareas domésticas. Pensábamos al ver esta serie, que con esos avances comunicativos estaríamos más cerca de aquel amigo que emigró, o de aquel familiar que está estudiando en otra ciudad, sin embargo, vemos en la actualidad que no es así, estamos viviendo la era de los supersónicos, conectados tecnológicamente, pero desconectados sentimentalmente.

¿Cómo con respecto a determinados valores?

En la actualidad las exigencias de la sociedad, con estándares educativos y económicos más altos han impuesto una necesidad de competencia feroz, imperando una superación constante y continua para cumplir con las expectativas sociales, brindando una vía de obtención de dopamina (neurotransmisor de la felicidad) mediante logros laborales, académicos y económicos, sin importar cómo se llegó a estos, apelando a la inmoralidad, antipatía e indecencia en ocasiones.

La generación de nuestros padres y abuelos creía en el trabajo duro para una satisfacción social, es decir, se daba mayor virtud al esfuerzo que se hizo antes que al logro que se consiguió, en contraste, actualmente se dice “no trabajes duro, trabaja inteligentemente” frase que es habitualmente utilizada por el corrupto para robar, por el estudiante para copiar, o por el profesor para delegar, brindando mayor virtud al logro conseguido, que a los medios utilizados. Los valores se ven aplastados por las exigencias sociales.

¿Cómo con respecto a su aporte al futuro?

Es una generación egoísta, competitiva, que haría lo necesario para ganar, sin importar lo inmoral o ilegal que sea, su aporte a futuro desde mi perspectiva será enfocada en el individuo, pero dando importancia a la flora y la fauna por sobre la sociedad.

Es una generación de mayores comodidades, tanto, que no necesitan salir de casa para obtener lo que deseen, desde una comida hasta un vehículo, incitando al menor esfuerzo y al conformismo. Entonces es correcto dudar sobre el carácter de esta generación que los lleve a causar cambios importantes, mas no dudar de sus capacidades.

¿Cómo en sus riesgos?

Esta generación debe y necesita tomar riesgos para poder competir en el contexto social, debe sobresalir de los demás, debe esforzarse un doscientos por ciento para poder hacer camino en su andar, y dejar huella de su caminar. Sin embargo, si vamos por la calle y preguntamos a un joven de 20 años que es lo que aspira en 10 años, todos responden ser un profesional y tener un trabajo estable, es decir, ser un empleado; ninguno piensa en emprender, en correr riesgos importantes como hacer su propio negocio, la mayoría únicamente quieren la vida soñada que ven en las redes sociales, sin tener en cuenta todo el esfuerzo que conlleva lograrlo.

¿Cómo en sus defectos?

El mayor defecto de esta generación es no reconocer sus defectos, es buscar un justificativo para su actuar equivoco, buscar otro culpable ante sus errores, como el característico ejemplo de un alumno que ha reprobado su materia, al preguntarle porque ha sucedido dicho evento, lo primero que responde es porque el educador lo ha reprobado, muy pocos, o ninguno acepta que lo que le llevó a dicho desenlace es su actuar desinteresado en la cátedra.

El actuar de manera insolente, irreverente, exigente de derechos, sin importar el prójimo, sin importar la sociedad, solo desean saciar sus deseos, sin tener que cumplir con obligaciones, sin escuchar.

¿Cómo en sus virtudes?

Una de las mayores virtudes de esta generación es su afinidad con la tecnología, su sentido de cuidado e interés por el medio ambiente, su ímpetu de lucha por los animales, su respeto hacia la flora y fauna que nos rodea, quizás eso diferencia a esta de las generaciones anteriores porque ahora hemos concientizado acerca de la importancia de la naturaleza, y hemos dado un significado sentimental a los animales, y no como antes se los consideraba, como seres que no sienten, que únicamente están aquí para ser serviles de los humanos.

¿Cómo en tanto estudiantes?

Un estudiante debe estar motivado no solo como aprender, sino para que aprender, es decir, que es lo que voy a hacer con este saber, tal vez ayudar a quien me rodea, o algo más ambicioso como cambiar mi comunidad, sociedad, país, o el mundo, y por otro lado está el estudiante conformista y hasta cierto punto egoísta, que solo ambiciona cambiar su realidad, e incluso para lograrlo no le importa pasar sobre su prójimo.

Esta generación, en un gran porcentaje no estudia lo que ama, y si no estudia lo que ama, jamás hará lo que desea, y se verán esclavizados toda su vida, y un esclavo del sistema ¿cómo va a mirar tan alto para cambiar el mundo? ¿cómo va a mirar la felicidad en el horizonte? Si su camino será arduo al conllevar una carga inmensa de hacer lo que no quiero.

Pero ¿a qué se debe esta mala elección de carrera? Probablemente por presiones de los padres que exteriorizan lo que ellos desearon ser a través de sus hijos, obligándoles a estudiar cierta carrera; o porque los padres piensan que una u otra carrera les brindará una “estabilidad” económica y social a sus hijos. Pero olvidan que ellos lo ven desde su percepción, olvidando la mirada de sus hijos.

¿Cómo en sus diversiones?

La precocidad ha atacado a esta generación, el acceso al libertinaje tecnológico ha proporcionado un ambiente en el que un niño puede acceder a pornografía, violencia o licor, únicamente mediante un clic. Resulta muy fácil acceder a diversiones más “adultas” y cambiar ese enfoque del joven, y sumado a esto el pobre control de padres, traduciéndose en la amalgama perfecta para pervertir la niñez o adolescencia, con actos sexuales precoces, exposición a vicios a temprana edad, y conllevando a mayor número de embarazos adolescente,

relaciones sentimentales menos sentimentales y más sexuales, en las que se usan unos a otros y no se aman entre sí, y por supuesto a una mayor propensión al alcoholismo y drogadicción.

Estas reflexiones me las reservo para mí, desde mi bagaje, desde mi perspectiva, pero invito a preguntarse lo mismo para iniciar el camino de la docencia, y por supuesto preguntarles lo mismo a sus estudiantes, para exteriorizar nuestro enfoque acerca de los defectos y virtudes de nuestros interlocutores, y partiendo de estos continuar construyendo o reconstruyéndonos, como personas y educadores.

La sociedad y la juventud

La educación debe enmarcarse en el estudiante, en sus creencias, en sus vivencias, ni antes, ni después, ni sobre ni debajo de estas; acompañar una formación que brinde pensamiento y criterio propio, alejándonos del consumismo, materialismo, es decir, del superficialismo. En esta medida somos los educadores, las instituciones educativas y también la sociedad responsable de llevar por el camino del cuestionamiento y no de la credibilidad ingenua y ciega a nuestros educandos.

Como la frase “se educa en casa y se enseña en la escuela”, no debemos como sociedad delegar, ni responsabilizar completamente de la formación a los educadores o a la institución educativa, pues la familia, el hogar, es decir, el núcleo de la sociedad no es solo donde nacemos y crecemos, sino también donde aprendemos nuestro modo de ser, actuar, nuestros valores, y nuestro sentido común de aquello que es positivo, permitido, y de lo que es negativo, prohibido. Los padres somos un modelo de conducta que nuestros hijos asumen como adecuado y aceptado, y somos quienes debemos concientizar a nuestros hijos acerca de sus derechos y obligaciones como individuos.

El joven busca y necesita de la familia a través de un modelo afecto-educación, caracterizado por una confianza sólida, una comunicación empática y abierta, y finalmente por una autoridad firme. Pero qué confianza damos a nuestros hijos, si los infantilizamos por medio de conductas de vigilancia para controlar el actuar de nuestros hijos, privándolos de una cuota de responsabilidad en determinadas ocasiones, y por resultado algunos jóvenes rehúsan comprometerse con nada ni con nadie, afectando su desempeño personal (Goyes, 2015).

Debo acotar al párrafo anterior con que el término infantilismo etimológicamente proviene de “infans”, palabra utilizada en la antigua Roma para señalar al que no posee el don

de la palabra, no sabe, no puede hablar o es poco elocuente en su retórica, es decir, al que no puede, es incapaz, es limitado, o inútil, y creo que ninguno de nosotros como padres queremos ese designio para nuestros hijos (Prieto, 2019).

En referencia a la comunicación abierta y empática, resultaría imposible si cada vez que un joven expresa su realidad es respondida con regaño y castigo por sus padres. Indirectamente estamos incentivando a nuestros hijos a hipotetizar su vida, y maquillarla para que no parezca mala o inadecuada a los ojos paternos, además de recurrir a sus amigos por el mero hecho de que no los juzgan. Como padres nuestro trabajo es escuchar, atender, entender y sobre todo comprender a nuestros hijos, su etapa, sus fortalezas y debilidades, empatizar con su realidad y situarnos en sus zapatos, para desde aquí felicitarlos o reprenderlos, apoyarlos o aconsejarlos.

Y finalmente, al citar la autoridad firme, los padres debemos establecer normas básicas y claras que permitan dirigir y capacitar a nuestros hijos, sin ser tan estrictas que ahoguen su voluntad y deseos, pero tampoco tan blandengues que lleven al libertinaje y desenfreno. Actuando con madurez cuando haya que ser permisivos, resguardando siempre la autoridad y la amistad; y debo decir que para que esto se cumpla impera ser padres presentes, para permitirnos conocer a nuestros hijos, ser firmes pero justos, permitiéndoles aflorar su capacidad de asumir situaciones de riesgo y discernir entre lo que está considerado bueno y malo (Goyes, 2015).

La acumulación histórica de confianza de y en una sociedad, que forma sus identidades culturales es denominado “capital social”. Este se caracteriza por la acumulación de experiencias compartidas que han formado las redes y lazos sociales, y que dan una valoración de lo que es considerado positivo o negativo, aceptado o inaceptado para la convivencia, desarrollo y crecimiento de la sociedad.

Según Fukuyama (2000: 45), el capital social nace igualmente de la confianza, pero esta puede darse en el grupo más pequeño y básico de la sociedad, como es la familia; así como en el grupo social más grande, la nación. Este capital social resulta intangible, a diferencia de otros capitales, y es transmitido por mecanismos culturales como la religión, la tradición o las costumbres.

“La confianza es una apuesta hecha en el presente, hacia el futuro, y fundamentada en el pasado” (Abarca, 2004: 63).

Es decir, la confianza es el acto de interdependencia que consiste en creer en el otro en tiempo presente, para llevar a cabo acciones futuras implicando riesgo y que nosotros no controlaremos, mientras nos hallamos vulnerables. Y esta confianza está cimentada en las experiencias pasadas con situaciones que han exigido similar accionar de ambas partes y los resultados han sido positivos.

De esto se deduce que la confianza es un concepto dinámico que varía en el tiempo, se desarrolla, se construye, declina e incluso vuelve a aparecer en relaciones de más largo plazo, pues las relaciones se transforman en y con el tiempo.

Los seres humanos somos sujetos sociales que operamos en un mundo marcado por las experiencias que construyen la confianza, el capital social; donde nos desempeñamos por lo que ya hemos visto, y nos parece seguro, es decir, en la experiencia pasada, y es precisamente por esto que los cambios culturales, tecnológicos, educativos, sociales acelerados han y están provocando transformaciones sociales, afectando el capital social y por ende la vida cotidiana y producción de las personas.

Como educadores debemos garantizar la confianza del sujeto, desde la institución educativa, que es considerada junto con la familia y la sociedad uno de los tres ejes de desarrollo del capital social. Trabajando consciente, prolija y permanentemente en las relaciones educador-educando, permitiéndonos aflorar valores en conjunto, y que vayan dirigidos hacia la sociedad a la cual nos debemos, fortaleciendo otro eje de la confianza, y como resultado el sujeto replicara esto en su familia, volviendo un círculo repetitivo donde se produce, incrementa y sostiene el capital social (Conejeros et al, 2010).

Las instituciones educativas, la familia, la sociedad y nosotros como educadores debemos también garantizar el disfrute del tiempo libre y la práctica del ocio, que es considerado un derecho fundamental y expresión de la libertad personal, contemplado en la Declaración Internacional de Derechos Humanos, en su artículo 24, con el fin de lograr la relajación, la felicidad, la autorrealización y, en consecuencia, el cuidado de la salud física y mental para generar comportamientos sociales que les permita ser ciudadanos con un alto sentido y significado de organizar su tiempo, como el arte de vivir con responsabilidad.

Según Munné, el tiempo libre es esa parte del día que resta, después de cumplir con las obligaciones del diario vivir (familia, sociedad, religión, etc.), y que se dedica al crecimiento y cultivo del propio ser, física e intelectualmente, es decir, es aquel tiempo dedicado para sí mismo (Miranda,2006).

Por otra parte, el sociólogo francés Joffre Dumazedier expresa que el ocio son aquellas ocupaciones que el sujeto decide y elige entregarse voluntariamente, posteriormente a haber cumplido con sus obligaciones (sociales, profesionales, educativas, familiares), para descansar, divertirse, desarrollar su información, realizar formación desinteresada, o participar voluntariamente en la vida social de su comunidad

Ambos autores en esencia coinciden en que tiempo libre es el tiempo que nosotros ocupamos en lo que nos agrada y apasiona hacer, pero siempre priorizando las responsabilidades sociales, y que además va a contribuir de manera directa o indirecta a nuestra salud y construcción física, mental y social (Goyes, 2015).

Los jóvenes y su autopercepción

Como acabamos de observar en los párrafos previos, tanto las instituciones educativas como nosotros en papel de educadores y de padres, tendemos a crear un concepto de nuestros jóvenes, en unos casos sobreestimando sus cualidades y capacidades, como es el caso de pensar que, al ser una generación nativa tecnológica, deben y lo saben todo referente a esta; por otro lado, en cambio los subestimamos, infantilizándolos, creyendo que sus capacidades son limitadas, como en el caso de no confiarles una responsabilidad, o una tarea.

En lugar de conceptualizarlos pobre y penosamente desde nuestro bagaje, deberíamos consultar con ellos, preguntarles, confiarles, darles la apertura para que expresen cómo ellos se ven, como ellos se sienten, como perciben sus destrezas, sus fortalezas y también sus debilidades. Cómo conceptualizan su propio ser, para partiendo de esto poder personalizar su trato, su proceso, sus tareas y responsabilidades (Goyes, 2015).

A diferencia de la práctica de los párrafos anteriores, donde exteriorizamos y plasmamos nuestra percepción de los jóvenes, a continuación, compartiré con ustedes una labor de escucha a nuestros jóvenes, cómo se autoperciben, como se definen en su papel universitario, como educando y como futuro profesional.

En estas líneas nos hemos acercado a nuestros estudiandos, permitiéndonos ver a través de sus ojos, observar sus debilidades y fortalezas, su percepción y conceptualización de su propio ser, y por supuesto la oportunidad de cambiar nuestro enfoque y definición de ellos. Dejaremos de verlos desde nuestros ojos, y amalgamaremos nuestra percepción con su autopercepción, para obtener un concepto más objetivo de a quienes dedicamos nuestro acompañamiento.

El de esta pequeña labor fue de 27 estudiantes del área de nivelación y admisión, mismos que reciben únicamente cuatro materias, su periodo dura un semestre, modalidad de estudio virtual, y proceso que debe ser aprobado para ser admitidos en la carrera a la cual postulan; quiero acotar que este grupo estudiantil en particular se caracteriza por encontrarse bajo mucha presión por lograr conseguir un cupo de ingreso.

La edad de los estudiantes encuestados osciló entre los 10 a 19 años mayoritariamente, concordando con que son jóvenes que se han graduado recientemente, seguido por un grupo de entre 20 a 29 años, donde de manera informal y no registrada, supieron referir que se encuentran repitiendo por segunda o tercera ocasión este curso. Según García y colaboradores en 2003 al comparar los estilos de aprendizaje entre estudiantes jóvenes y mayores, concluye que el grupo etario de mayores tiene preferencia por las fases de conceptualización abstracta y observación reflexiva; en tanto que los jóvenes predominan las fases de conceptualización abstracta y experimentación activa. Punto importante para adaptar nuestro proceso educativo a nuestros jóvenes.

En cuanto a su rol dentro del aula de clase pudimos darnos cuenta que más de la mitad de los estudiantes sienten que su opinión es valorada por el educador, sin embargo, hay un porcentaje que se sienten subestimados, que preocupantemente corresponde a 3 de cada 10 jóvenes. Lo que nos lleva a preguntarnos si somos nosotros los culpables de esta exclusión, es decir, no estamos cumpliendo con el acompañamiento de su aprendizaje y una mediación adecuada; o acaso ellos se sienten excluidos porque no les atrae la carrera elegida, tal vez de manera obligatoria por sus padres; y en otro contexto también podemos hipotetizar que como educadores no estamos dando la significancia adecuada a la materia que se nos ha encomendado guiar.

También hemos podido observar que, a pesar de nosotros conceptualizar a esta generación como la generación nativa tecnológica, una parte de ellos subestiman el poder

educativo, comunicativo y formativo que tienen las redes sociales como Facebook, Instagram o tik tok.

A pesar que la mayor parte de estudiantes refirieron utilizar las redes sociales e internet como medio informativo, también vemos que no acuden a ellas en búsqueda de información como tal; al parecer las conciben como herramientas de contacto con amigos o de búsqueda de pareja, es decir, de diversión únicamente. Entonces debemos plantearnos el hecho de que, por ser una generación criada con la tecnología, no quiere decir que manejen adecuadamente a esta, o que den un buen uso, o que sepan explotar el potencial, pues muchos no sabrán utilizarlas adecuadamente. Como educadores esto nos hace un llamado a exponer la significancia de crecimiento que representan las redes y nuevas tecnologías de la comunicación e información.

Las relaciones interpersonales se han visto afectadas profundamente por la virtualidad, permitiéndoles entablar relaciones meramente técnicas, y no profundas con un sentimiento de afecto o cariño, pues la mayoría de estudiantes conceptualizaron su relación de amistad como regular, y únicamente 2 estudiantes refirieron ser amigos como tal, lo cual podría verse influenciado por ser de la misma ciudad o haber tenido una relación previa en su etapa colegial, sin embargo, esto es únicamente una hipótesis, pues nuestro trabajo no contempló esta variable.

La significancia brindada durante nuestro proceso de acompañamiento ha sido buena, aunque no la óptima, pues 9 de cada 10 estudiantes refieren que la información brindada en este proceso les será útil en algún momento de su ejercicio profesional. Sin embargo, esto nos incita a profundizar nuestro estudio y buscar por qué 1 de 10 considera una posición neutral con referencia a esto, y me aventuro a hipotetizar que tal vez sea porque no cumplimos con nuestro cometido como educadores, o acaso estos estudiantes tienen otro enfoque que nosotros ignoramos.

Aunque también debemos mencionar que nuestro estudio contempló la significancia profesional en el entorno social, donde vimos que 1 estudiante refirió considerar que su valor y desempeño profesional únicamente cambiaría su situación, y no de la comunidad. Teniendo en cuenta que la profesión médica se caracteriza por ser humanista y buscar el bien del prójimo.

Si recordamos que al hablar del rol en el cual se percibe cada estudiante, 3 de cada 10 se sentían subestimados, que sus criterios no eran valorados; podemos acotar que nuestro estudio también arrojó como resultado que 4 de cada 10 estudiante consideraron que el trato

del profesor al estudiante no es adecuado, aunque tampoco inadecuado. Es decir, no hay maltrato, pero tampoco hay empatía.

Nuevamente el párrafo anterior nos invita a reflexionar y profundizar en nuestro estudio, con el fin de saber el porqué de este porcentaje, si la falta es de parte del educador o del educando, porque también contemplamos que 4 de cada 10 estudiantes refirieron que no sienten que su elección de carrera haya sido la mejor, aunque tampoco la peor. La interrogante aquí es si esos 4 de 10 corresponden a los mismos estudiantes o a distintos participantes.

En tanto a sus valores vimos que el respeto prima como valor en la gran mayoría, seguido por la responsabilidad, pero únicamente 1 de cada 10 refirieron la honestidad como su valor característico, y es aquí donde debemos reflexionar, si nuestra sociedad ecuatoriana necesita profesionales profundamente respetuosos y responsables con su cargo, pero deshonestos, corruptibles o corruptores; o acaso lo que más falta hace en este país es profesionales honestos como valor principal. Un ladrón puede robar con una actitud respetuosa, y ser responsable en cubrir sus huellas, tal cual lo hacen los políticos. Aunque la expresión sea dura, más dura es la situación que los deshonestos crean para nuestro pueblo.

Así también podemos ver que la gran mayoría de estudiantes se consideran precavidos, y calculadores en su actuar, sin tomar decisiones apresuradas o sin medir sus posibles consecuencias. Esto es prudente en el actuar personal, sin embargo, en el accionar profesional considero que debería ser un poco más arriesgado e instintivo, aludiendo a nuestra capacidad innata de aprendizaje fundamentada en la prueba y el error, pues cayéndonos aprendimos a caminar, y como dice el dicho “nadie sabe de ciencia, sino de experiencia”.

Debo añadir que, a diferencia de mi experiencia universitaria, donde los compañeros que laboraban eran escasos, si mal no recuerdo conocí 2 o 3 de esos casos durante mi paso por las aulas; en este grupo de estudiantes 2 de cada 10 tienen un trabajo formal, y 4 de cada 10 laboran media jornada con sus padres. Lo que como institución debería ser analizado, pues la universidad debería iniciar con un programa de horario flexible, que permita correr con créditos a los estudiantes, es decir elegir las materias a aprobar y cuales posponer por su horario o preferencia, o a su vez recibirla en otro paralelo, permitiendo cumplir su horario de trabajo y estudio.

Como vimos en este pequeño trabajo, se han planteado más interrogantes que respuestas, entonces este ha sido el primer paso para empezar a conocer a nuestros educandos, es nuestra tarea como educadores profundizar nuestras interrogantes con el fin de potenciar nuestro proceso, plantear cambios, acompañar y personalizar las políticas institucionales.

CAPÍTULO III

CAMBIEMOS EL PARADIGMA EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR

El Show de la docencia

Educar no implica forzar, más bien conlleva motivar al desarrollo de una clase agradable y creativa para el educando; en este punto hay que ser muy explícitos en que va dirigida al educando o estudiante, ya que la definición de diversión no es la misma para el profesor que para el aprendiz, entonces, es imperativo conocer a nuestros educandos para poder motivarlos.

Aquello que para la generación millennial sonaba y se veía espectacular puede resultar tedioso, aburrido, monótono para la generación Z. Aquel profesor increíble, espectacular, genial para un grupo o generación de alumnos, que intenta recrear una y otra vez esa mágica fórmula, puede tornarse anticuado y aburrido para la siguiente generación. La educación y el educador deben moldearse, adaptarse a cada grupo y generación, y para lograr esto es sumamente necesario conocer, dialogar con los estudiantes, que les apasiona, que les interesa, que aborrecen, que consideran divertido.

Los factores de acercamiento, entendimiento y empatía con los aprendices, y la personalización en el ambiente escolar se traducirán en un aumento del rendimiento académico y una mayor comprensión de lo abordado. Por lo tanto, la influencia directa que tiene el medio escolar sobre el aprendizaje, debe ser considerado por el educador en la formación del estudiante y en su propio aprendizaje (León, 2014).

El discurso debe, y tiene que ser un espectáculo, un show, que despierte interés, sentimientos, ilusiones en nuestros destinatarios, tiene que ser bidireccional, tiene que ser un puente que una al educando con el educador para construir la clase, y, por lo tanto, el discurso impera ser empático y adaptado con sus destinatarios, más no con su emisor y mucho menos con la institución.

Actualmente estar alfabetizado no es únicamente saber leer y escribir, sino conocer, manejar y usar críticamente la información y los medios que nos rodean. Ya no se necesita más estudiantes que repitan el texto con punto y coma, en cambio ahora impera lectores activos,

capaces de comprender, interpretar y evaluar la diversidad de mensajes de los medios y de plantearse de manera reflexiva y crítica frente a ellos (MINEDUC, 2009).

La manera más apegada a este cambio es cautivando a los educandos por medio de la forma en la cual se expresa el texto (fondo), despertando un interés hacia el fondo que lleve por el camino del cuestionamiento, la intertextualidad y la construcción reflexiva de un saber, para que luego sea utilizado críticamente.

Una forma de cautivar al público mediante el apasionamiento del discurso, embelleciendo y personalizando el texto, sin embargo, la belleza es subjetiva de cada ser y cada generación, por lo tanto, no debemos olvidar que la generación que actualmente se encuentra en las aulas de estudio son considerados nativos digitales, y la mejor forma de alcanzar las características antes mencionadas es por medio de la inserción de la educación en su jungla digital, cambiar el texto monocromático aprovechando las redes sociales para nosotros crear e incentivarlos a crear contenido multimedia con fines educativos o investigativos.

La preocupación por la calidad estética del texto y del discurso viene de varios siglos atrás, iniciando con un atractivo al material político, a la religión, o como hemos visto en los últimos años, embelleciendo con publicidad a mercancías para satisfacer las necesidades, en algunos casos básicas y necesarias, en tanto que en otros casos creando necesidades impuestas por la misma publicidad con la finalidad de incentivar el consumismo, como, por ejemplo, las modas textiles.

El objetivo es cautivar al interlocutor, para poder llegar con el mensaje, sea este de comercio, religioso, político o educativo; mensaje que es el fondo, y que en muchos casos resulta aburrido y complejo, sin embargo, la clave es la forma en que se entrega dicho fondo, es decir, el atractivo ejercido en la expresión del contenido, adaptándolo a nuestro público, diseñando para ellos, más no haciendo que el público se adapte al texto y al discurso como se práctica en la educación hasta hoy en día en algunas instituciones, y por algunos profesores.

Las grandes empresas no venden su producto a los ojos del público, en su lugar venden experiencias que con su producto pueden alcanzarlas, como aquel vaquero que fumando Marlboro se exhibía varonil y atractivo; o Coca Cola como el puente que une a las familias en navidad.

Como Simón Rodríguez expresó “La forma educa”, aunque no lo hace directamente, pues no podemos perder de vista el fondo, que es la razón de ser de los educadores; pero de manera indirecta la forma es la que consigue la vinculación del texto y del discurso con el destinatario, ayudando al educador en el proceso de mediación pedagógica. La forma es ese puente que permite conectar al educando con el texto, con el fondo, con la ciencia, y somos los educadores quienes debemos construir ese puente, pero como en la aplicación civil de la ingeniería, no hay un puente universal, pues depende hacia qué población va dirigido, es decir, a sus necesidades; es así que debemos nosotros también crear una forma dependiendo de nuestro público (Prieto, 2019).

Para iniciar y mantener una relación discursiva con nuestros interlocutores impera conocer a quienes nos dirigimos, y como vimos en el apartado ¡la sociedad y los jóvenes”, demostramos que la mayoría de estudiantes universitarios en nuestro entorno oscila entre los 18 a 24 años, y según Rivera, Cruz y Muñoz en el año 2011, en su obra “Satisfacción en las relaciones de pareja en la adultez emergente: el rol del apego, la intimidad y la depresión” la adolescencia se ubica entre los 17 y 26 años, ya que no se contempla al adolescente por sus características biológicas, sino más bien apela a su desempeño social (Rivera et al, 2011).

La adolescencia está en una posición social intermedia entre la niñez y la adultez, ya que el adolescente continúa en la escolaridad, y es dependiente económicamente de sus tutores, pero posee características físicas y psíquicas más semejantes a la de los adultos que de los niños; podríamos decir que los adolescentes son adultos viviendo como niños (Rojas y Flores, 2013)

La juventud en la actualidad es conceptualizada como sinónimo de problemas y malestares sociales, su imagen social es marcada como reacia a la ley y a las normas de respeto social; a diferencia de la percepción de juventud en los siglos XVIII y XIX, asociándose con belleza, salud y fortaleza, surgiendo expresiones como “juventud divino tesoro”

Giroux (1996), expresa que la juventud es fronteriza, que está influenciada por medios electrónicos, que terminan siendo sustitutos de las experiencias y por lo tanto experimentan la cultura de manera distinta; el acceso a internet permite interactuar sin necesidad de la presencialidad, permite conocer lugares a detalle sin viajar, únicamente por medio de un ordenador, saber la fiabilidad de un producto sin probarlo, sino, por medio de blogs y referencias de desconocidos, jugar con amigos sin necesidad de salir del cuarto, o aprender y

obtener un título sin asistir a un aula física, por lo tanto, la cultura, su creación y acercamiento son distintos, obteniendo experiencias sin experimentar (Pedroza y Villalobos, 2006)

En las universidades abundan textos largos, tediosos, aburridos, con un tamaño de fuente tan pequeño que fulgura la visión, carente de imágenes, pues son consideradas para niños, “los adultos no podemos divertirnos”, simplemente porque no es de adultos, nos veríamos pueriles creando o estudiando un texto con gráficos para colorear. Sin embargo, en los años sesenta se intenta cambiar esta concepción, y aparecen los recursos audiovisuales, y curiosamente los países en vías de desarrollo son los más entusiasmados en adquirirlos, esperanzados en que la tecnología sea la solución de su deplorable sistema educativo; y evidentemente en muchas instituciones se ha mantenido de esta manera hasta la actualidad, pues vemos profesores con computadores de última tecnología provistos por la institución, pero sin idea de cómo utilizarlos, o peor aún, sin idea de cómo mediar el proceso de enseñanza (Prieto, 2019).

Uno de los aspectos fundamentales para atraer al interlocutor es la emoción, la pasión con la cual se expresa el discurso, dando a conocer el texto, siendo la emoción más fuerte que la autoridad para generar respeto y mediación pedagógica; no en vano las películas de Hollywood nutren sus alegatos con pasión, esperanza y emociones que cautivan al televidente. La voz de un experto poco seguro de sí mismo, que expresa poca pasión termina por dormitar a su interlocutor, llevándolo a divagar entre sus existencialismos.

El discurso es una forma de conversación, o al menos, así debería de considerarse, y una conversación es un juego, un baile entre 2 o más personas en el que las señales no verbales (respiración, mirada, movimientos oculares, manuales, asentir con la cabeza entre otras) tornan funcional esta interacción. Al hablar por teléfono, por ejemplo, no es tan satisfactorio como hablar en persona, y por eso en estos casos se tiende a interrumpirse y equivocarse con mayor frecuencia, ya que no recibimos esa retroalimentación gesticulativa que indica la disposición y relevo de la otra persona (Harvard, 2017).

Según Berube, un discurso posmoderno nos invita a expandir el margen de los libros que leemos, y las formas en que los leemos, produciendo consecuentemente una experimentación cultural diferente de cada individuo, es decir, haciendo que el individuo construya su propia conceptualización en base a su bagaje cultural previo, alejando al individuo de la firmeza cultural que exigía el modernismo (Giroux, 1996)

La comunicación actualmente ha sufrido un gran cambio, convirtiendo en realidad la imaginativa aldea global de McLuhan y Powers (1996), permitiendo comunicarnos a miles de kilómetros de distancia únicamente mediante un clic, derribando así barreras temporoespaciales. Y los adolescentes de esta época son justamente quienes más utilizan y explotan estas tecnologías, pues han crecido con ellas, por lo mismo se los denomina nativos digitales y se hallan utilizando perfiles de redes sociales, bitácoras, fotografías, mundos virtuales en general, permitiéndoles comunicarse, identificarse y proyectarse a los demás; los migrantes digitales en cambio se internan en este mundo tecnológico de manera tardía, y por lo mismo lo hacen más lenta y burdamente.

El nativo digital prefiere un universo gráfico en donde el lenguaje sea flexible, aprovecha los medios de producción digital, las redes sociales, permitiendo un intercambio comunicativo, informativo, cultural, permitiéndoles crear sus propias culturas y comunidades. Por lo tanto, los computadores como puentes conectores entre el ser humano y la digitalización resultan vistos como indispensables para la educación, incitando a los docentes, que actual y mayoritariamente son migrantes digitales a procurar seguir el paso de la generación a la cual educan.

Pero esta tecnologización no cambia únicamente las herramientas de la información, sino también la forma de expresión de esta, por ejemplo, tradicionalmente se apelaba a la retención del conocimiento antes que a su procesamiento y aplicación práctica. Expresándose en la unidireccionalidad del discurso sombrío y aburrido del catedrático a un público inmóvil, que luego sería evaluado textualmente en base a lo que el catedrático sabe, o considera que sus estudiantes deben saber (González, 2015).

Como el título del libro de autoayuda y superación de Michael Parker “No es lo que dices, sino cómo lo dices”, y la frase de Oscar Wilde “La verdad es cuestión de estilo”; la estética, la forma, la presentación del texto es lo que atrae antes que el texto mismo, de ahí viene la milenaria preocupación por la calidad estética del discurso. Para ser escuchados debemos hacernos escuchar, y tenemos dos caminos para lograr esto, mediante el miedo o mediante la belleza; los dictadores genocidas se han hecho escuchar mediante el miedo, pero los educadores intentamos ser lo opuesto, y, por ende, debemos embellecer nuestro discurso para cautivar a nuestros interlocutores.

En los años de adolescencia todos conocimos a otros jóvenes, hicimos amigos, que nos atrajeron inicialmente por una forma similar de vestir y parecer, buscamos pares en imagen, que luego de entablar una amistad, seleccionamos si queríamos o no continuar con la amistad, porque debajo de esa imagen hay un fondo caracterizado por su pensamiento, sus acciones, su dialecto, y si este nos agradaba decidimos continuar e intimar más esa amistad, caso contrario nos alejamos, sin embargo, lo que inicialmente nos cautivó e incitó a conocer más de aquella persona fue la forma.

Lo mismo sucede con nuestra pareja, inicialmente nos atrae por su atractivo físico, y luego de conocernos decidimos intentar o no un noviazgo, que luego se convertirá en matrimonio y familia, pero en esta etapa el atractivo físico no representa el mismo valor que cuando iniciamos el noviazgo, pues hemos compenetrado con esa persona y nos hemos enamorado de su forma de ser, de su esencia, es decir, de su fondo; sin embargo, resultaría imposible conocer la esencia de nuestros amigos o pareja si no hay un atractivo inicial, superficial que abra la puerta a la relación, es decir sin la forma no hubiésemos conocido el fondo.

El éxito de un estreno cinematográfico radica en la promoción del mismo, en las expectativas alcanzadas con la imagen de dicho evento, en el tráiler de esa película y exponer con gran énfasis las partes más intrigantes y atractivas de la película, es decir, radica en la forma en la cual se presenta al público.

En la educación, especialmente en la educación superior se ha descuidado desmesuradamente la forma, es más, se ha considerado que la forma debe ser exageradamente formal por así decirlo, sin imágenes, con letras pequeñas y aburridas, textos extremadamente largos, poco entendibles, que en casos divagan para distraer y desilusionar, apelando al sobreesfuerzo y sacrificio para leerlos siquiera. Lo que conllevó a la inmensa deserción estudiantil, y al endiosamiento de aquellos que lograron atravesar esa enmarañada frontera, calificándolos de inteligentes, y por otro lado emitiendo un veredicto de limitados a quienes desertan.

En medicina son pocos, y en casos nulos los textos con tinte pedagógico creados por la institución, pues quienes se encuentran al frente consideran correcto lo que en el párrafo anterior describimos, sin querer dejar su puesto de poder con los estudiantes, e incluso en casos porque retrógrada y acomplexadamente desean que sus alumnos “sufren” lo que ellos sufrieron.

“El buen maestro enseña a aprender y ayuda a comprender”

Esta frase de Simón Rodríguez nos llama a replantear el texto, el contexto y el discurso en las instituciones educativas, ya que ninguno, o muy pocos de estos están encaminados a ayudar a comprender, al menos no hasta hoy en día, mayoritariamente están concebidos como el arte de transmitir información, de insistir y provocar que el discurso se “repita” una y otra vez, en casos perdiendo el sentido por la mecanicidad de su naturaleza.

Esta frase nos invita a caminar conjuntamente con nuestros educandos por el camino del aprendizaje, construyéndonos mutuamente día tras día, entendiendo y comprendiendo, el cómo y por qué de esa construcción del ser humano, ayudando a crear una razón, a dar un sentido propio por el cual crecer.

Nuestro discurso, carente de simpatía en un intento de no parecer pueriles, carente de empatía para mantenernos un peldaño más arriba, carente de gracia para no parecer bufones; es nuestro discurso el que, cuál ácido corroe lenta pero certeramente las ilusiones por aprender, por ser y por crecer de quienes acudieron a nosotros como el náufrago sigue el faro.

El discurso debe, y tiene que ser un espectáculo, un show, que despierte interés, sentimientos, ilusiones en nuestros destinatarios, tiene que ser bidireccional, tiene que ser un puente que una al educando con el educador para construir la clase, y, por lo tanto, el discurso impera ser empático con sus destinatarios, más no con su emisor y mucho menos con la institución.

El ser humano aprende de la intuición, de las sensaciones, emociones, sentimientos generados por un estímulo visual o auditivo, no solo aprende de la razón. Se concibe que estas reacciones sirven de pilares para construir un concepto del sujeto en relación al objeto, entretejiendo con sus saberes previamente aprendidos; en este ámbito el conocimiento se construye con el medio ambiente, con el contexto. En el aula somos los educadores quienes nos encargamos de generar ese estímulo, mediante nuestro discurso educativo, mediante nuestra clase, somos nosotros quienes por medio de la belleza del discurso debemos sorprender a nuestros destinatarios, generando en ellos sentimientos y emociones, con la finalidad de atraer su atención y caminar juntos por el texto (Motos, 2009).

Es distinto **hablar con** alguien, que **hablar para** alguien, en el primer caso hay una respuesta e interacción, es decir, hay una conversación, se garantiza una interlocución, y, por

lo tanto, hay un interlocutor; en tanto que en el segundo caso se expresa un monólogo, que, a pesar de ser gigantesco, científico o importante, y resonar en cada rincón, no es más que un monólogo, una expresión unidireccional, donde por obvias razones carece de interlocutor, carece de comunicación.

Al **hablar para** alguien terminamos enriqueciendo nuestro discurso, pero sin la intención de enriquecer el de nuestros destinatarios; **hablar con** alguien implica escuchar, entender, validar y estimular el discurso del destinatario, y es la institución educativa quien promulga esta práctica, sin embargo, la escuela habla con los estudiantes, pero con la pretensión de que ellos repitan su discurso, pues la escuela “aplaude a quien mejora la repite”, cumpliendo a medias este aspecto comunicativo.

Según Flanders, el 70% del tiempo compartido en un aula de clase se habla, y de este porcentaje, el 70% de palabras son emitidas por el profesor, tornando a los estudiantes en escuchas, y no en interlocutores. Cabe recalcar que ese discurso en la mayoría de las ocasiones es caracterizado por su tedio y latosidad.

En el discurso educativo tendemos a confundir desarrollo con cantidad de información, agobiando de datos a un público somnoliento y empachado de palabras y números, pero sediento de comprensión e interpretación; confundimos preparación para la vida con repetición del discurso ajeno, llenando sus mochilas culturales con harapos de saberes, que ante el frío invernal de la vida no serán más que peso que cargar

Confundimos también lo bello con lo bello, me refiero en este caso al primer adjetivo desde el enfoque docente, pues con el bagaje cultural del profesor, experto en la materia que imparte, es adecuado embellecer el discurso y el texto con terminología elegante y técnica, sin embargo, el estudiante no lo considera atractivo, mucho menos bello, más bien lo ve confuso, tedioso y termina ahogando sus ansias de aprendizaje, saturándolo y ofuscándolo con temas para investigar, causando la pérdida del hilo de la clase, implantando una concepción de sus limitaciones, resultando en la deserción; todo por un discurso sin mediación, sin belleza para el destinatario, sin emoción, en fin, un discurso sin espectáculo, un discurso a blanco y negro.

Un discurso espectacular debe entonces ser atractivo, y a su vez debe identificar y utilizar el lenguaje al cual está habituado nuestro destinatario. Los seres humanos tenemos una verdadera necesidad lúdica, nos atraen los juegos, la canción, el relato, la narrativa, el suspenso.

Espectáculo es la función o diversión pública de cualquier género, es una acción que atrae la atención, es la acción de causar escándalo; etimológicamente viene del latín, *spectaculum*, que significa “todo lo que puede verse. Aspecto. Diversión. Relación con lo que se puede ver: el circo, el teatro” Entonces un discurso espectacular debe ser preparado, organizado, adaptado a la circunstancia, con la finalidad de atraer la atención de los destinatarios.

Ahora bien, el espectáculo abarca imágenes y sonidos, por lo tanto, un discurso para ser espectacular no solo debe escucharse bien, y entenderse correctamente, también el emisor de dichos sonidos debe prepararse para ser visto, en su voz, ropaje, peinado, postura, movimientos, gesticulaciones adecuadas y adaptadas para la situación y el público; si vamos a guiar una clase práctica en asistir un parto de un animal vacuno, no sería adecuado asistir con terno de casimir, igual que si vamos a dictar una clase en un paraninfo no sería adecuado acudir con tenis y sudadera; en cualquiera de los casos no estaríamos provocando una estimulación visual que atraiga a nuestros destinatarios, sin llevar totalmente la atención a nuestro discurso.

En cuanto a lo visual del espectáculo creo que se podría resumir en que se debe preparar visualmente para quienes nos ven, donde nos ven y el contexto en el cual queremos que nos vean, sin embargo, el sonido del espectáculo solicita más esfuerzo para ser adecuado, necesita relatarse de manera personalizada, para despertar sentimientos e interés, debe ser fragmentado para no aburrir, sin alargar demasiado las pausas para en cambio no alejar de la totalidad del discurso, debe ser breve, pero no escueto, tener una resolución, entre otras cualidades que iremos describiéndolas a continuación.

La personalización del discurso a manera de relato apela a la constante forma de distracción y aprendizaje desde la infancia, a la diversión hallada en un cuento de Disney, donde nos identificábamos con el personaje, donde nos adentrábamos en el cuento y continuábamos hasta su desenlace, que siempre era positivo, pero no sin antes llevarnos por un enmarañado de actos tristes, alegres, sombríos, injustos, que despertaban pasiones por saber la conclusión.

Cuando hablamos de personalización del discurso intentamos adaptarlo a nuestro público, a su realidad, a sus virtudes y defectos, a sus problemas y a sus orgullos, hablar de su cultura, de su pasado, apelar a sus miedos y a sus sueños para despertar empatía tanto de ellos hacia nosotros, como de nosotros hacia ellos. No me imagino siquiera hablar de derechos

humanos en defensa de judíos en la Alemania nazi, con Hitler, Goebbels, o Mengele como público, este sería un claro ejemplo de un discurso no personalizado, a pesar de mi imagen impecable y adecuada, y de tener una retórica fluida, seguramente a mitad del discurso sería fusilado, o incinerado en uno de sus campos de concentración, junto con los personajes a quienes defendía en mi discurso.

Un discurso largo, aunque sea entretenido e interesante, tiende a perder importancia cuando sobrepasa nuestro límite de atención, cuando se alarga demasiado, sin pautas que permitan refrescar y retomar, como algún profesor decía “la cabeza aprende lo que el culo aguanta”, me disculpo por el uso de esta terminología, pero es tan cierto, aunque hablado desde otro modo, y así podemos decir que el estudiante comprende y disfruta del discurso cuando este se lo fragmenta en 2 o 3 bloques, dependiendo del tema y el tiempo, intercalando con temas anecdóticos referentes al tema, con relatos propios, o experiencias, una pausa activa, o un permiso para acudir al baño, que permitan como en la televisión “una pausa publicitaria”

Nuestra vida actual se caracteriza por ser rápida, sobrecargada, y tenemos que hacer más de una actividad para que el tiempo nos alcance, por lo tanto, el discurso debe venerar a esta carencia temporal, y ser simple, pero no escueto, resaltando lo más importante, sin olvidar la belleza del relato y la retórica, es decir, no debemos divagar en temas triviales y poco útiles para nuestros interlocutores. Recuerdo con mucho cariño mi profesora de microbiología, sus clases eran 15 minutos de material, y 45 minutos de historias personales.

El discurso espectacular atrae la atención porque es bidireccional, porque valida la participación del público, permite que el destinatario colabore con la construcción de esa clase, permite la autorreferencia, consolidando saberes previos, validándolos y añadiéndolos en la construcción de una clase, que ya no es solo del profesor, sino también de los estudiantes (Prieto, 2019).

Durante la creación de este texto, nos acercamos a los estudiantes, con el objetivo de escuchar lo que ellos consideran espectacular, y poder tener su perspectiva para mejorar nuestra práctica educativa; y lo hicimos mediante las nuevas tecnologías de la información y comunicación, centrándonos en el espectáculo televisivo mediante preguntas encaminadas al tiempo que dedican a ver televisión, el tipo de programa preferido, el tiempo que este debe durar, las plataformas utilizadas, ciertos impedimentos como los costos para acceder a estas,

los sentimientos que estos programas han evocado, y porque los consideran como favoritos o como detestables.

El 50% de los estudiantes refirieron pasar 1 hora o menos de su tiempo libre frente al televisor, abriendo una interrogante ¿Qué pasatiempo está ocupando el espacio de la televisión? Recordemos que quienes venimos de la generación millennial dedicábamos mayoritariamente el tiempo a la TV, lo que nos orienta a que estamos frente a una generación con enfoques, gustos y realidades distintas a la nuestra.

El 50% refirió una preferencia a las series televisivas, y el 33,3% hacia las películas, dejando en 0 a las telenovelas, mismas que caracterizaban a nuestro pasatiempo juvenil y se singularizan por presentar una historia continua en un mismo hilo con varios episodios hasta llegar a su conclusión en el final de la historia, manteniendo intriga y escenas inconclusas; a diferencia de una serie en la cual hay capítulos y temporadas que dan una conclusión, y continúa el siguiente capítulo o temporada con una nueva aventura, aunque suelen seguir una historia de trasfondo, ocupando un segundo plano de la serie. Aventurándonos a interpretar esto diríamos que nuestros educandos actualmente insisten por una clase más concisa, sin rodeos y que la conclusión sea la planificada en el tiempo esperado.

Los géneros de acción y comedia ocuparon el 75% de las elecciones de los estudiantes, con una tendencia del 58,3% hacia los programas cortos con un enfoque sobre el diálogo en lugar que el accionar de los personajes, objetivando una preferencia por profundizar el sentido del programa y personaje en un corto tiempo.

Ninguno refirió decidir el uso de una u otra plataforma debido al costo, deslindando tema económico en este entorno, el 91% acogió dicha plataforma debido a la variedad y el 9% debido a la publicidad, demostrando un claro rechazo a la monotonía y aludiendo a la diversidad, haciendo un llamado a cambiar la repetitividad en nuestras aulas de clase, para brindar mayor entretenimiento a nuestros educandos.

El 63,6% eligieron un programa como favorito debido a que despertó en ellos una emoción de alegría, y el 18,2% por un sentir de justicia en estas, demostrándonos una vez más que la injusticia apaga el interés y resta credibilidad en la educación, el educador y la institución, y como encargados del aula debemos sembrar un ambiente de alegría y confianza

para incentivar el interés de nuestros educandos, muy contrario a algunos profesores que creían que el temor infunde respeto.

Una mediación con significado

“El docente enfrenta diversos retos y demandas. La tarea del docente mediador no se restringe en una mera transmisión de información, para ser profesor no es suficiente dominar la materia o disciplina. El acto de educar implica interacciones muy complejas, las cuales involucran cuestiones simbólicas, afectivas, comunicativas, sociales, de valores, etcétera. Un docente debe ser capaz de ayudar propositivamente a otros a aprender, pensar, sentir, actuar y desarrollarse como personas... (Díaz y Hernández, 2005. p. 2)”.

Quienes a educar se dedican, o aspiran deben tener en cuenta que la docencia no es una tarea fácil como muchos la catalogan, pues creen que simplemente es leer unas cuantas diapositivas, tomar lecciones y disponer de la potestad de aprobar o reprobar estudiantes. La mirada del educador va más allá del dominio científico de un saber, o de la exposición magistral del conocimiento; educar es comunicar, dialogar, amar, y, por lo tanto, el educador debe acompañar el aprendizaje, para permitir que el educando aprenda a aprender, aprenda a construirse, y por ende no sea dependiente eterno de un profesor que lo forme, sino que piense, sienta, actúe y se eduque por sí solo.

La mediación pedagógica tiene sus orígenes en las corrientes pedagógicas, tales como la Teoría del Aprendizaje Significativo de Ausubel, Bruner y el cognitivismo, la teoría socio histórico cultural de Vigotski con la propuesta de la Zona de Desarrollo Próximo, y la de intervención entre el sujeto y el objeto que postula Piaget; debido a que todos estos autores tienen como eje conductor el proceso de enseñanza-aprendizaje (Chacón, 2006).

Asimismo, la relación con la teoría de aprendizaje significativo se sustenta en el hecho de que la mediación pedagógica se enfoca a la construcción de conocimientos que tengan relación con las necesidades e intereses del educando y que sean útiles para la vida de los mismos. La mediación pedagógica busca que el aprendizaje a través del texto, contexto y discurso sean experiencias placenteras y significativas para los aprendices.

En la mediación pedagógica lo que importa es el sentimiento que tenga el estudiantado hacia la clase, es necesario realizar actividades, ejercicios y procedimientos placenteros, significativos, novedosos y requeridos para el bienestar de los educandos, naciendo de la pasión del educador (Gutiérrez y Prieto, 1999).

El ambiente de aprendizaje incluye y supera las condiciones físicas y de infraestructura y recursos, que si bien son indispensables serían insuficientes en sí mismos. Se requiere, un educador como mediador o facilitador que genere un clima social y propicie la sana y asertiva relación entre institución/educandos, educador/educando, educando/educando, pues en esta habilidad social residen las condiciones del aprendizaje autónomo y colaborativo para lograr la potencialización de las habilidades de los jóvenes y con ello garantizar el desarrollo de competencias.

El ambiente debe trascender, entonces, la noción simplista de espacio físico, como contorno natural y abrirse a las diversas relaciones humanas que aportan sentido a su existencia. Desde esta perspectiva se trata de un espacio de construcción significativa de la cultura. De esta manera el ambiente de aprendizaje se entiende como el entorno o el contexto natural al interior del cual se producen relaciones humanas que forman parte del hecho educativo.

Hablar de ambiente de aprendizaje es hablar de una transformación de la práctica de enseñanza tradicionalista a constructivista, caracterizándose por la construcción del saber, vinculado a las situaciones y problemas en que se desenvuelve el estudiante. Una de las principales características del ambiente escolar desde el modelo constructivista es que el docente centra su atención en la actividad cognitiva del estudiante, y debe propiciar condiciones para que los estudiantes construyan sus propios significados, comenzando con las creencias, los conocimientos y las prácticas culturales que traen al salón de clases para poder lograr el aprendizaje significativo (Espinoza y Rodríguez, 2017).

Un proceso educativo exitoso se expresa en el día a día del ejercicio profesional, donde el educando resuelve diversos problemas de acuerdo con el saber y su vinculación con la realidad, aplicando el conocimiento de manera activa y práctica, y no como una mera memorización.

El aprendizaje significativo impera de dos condiciones claves para su expresión, siendo la predisposición del educando y la jerarquización de saberes construidos por el aprendiz

basándose en su estructura mental y saberes previos. El educador es el responsable de promover un aprendizaje significativo, crítico y autocrítico.

“Jesús Beltrán (1993) define al aprendizaje como la adquisición de conocimientos, habilidades, conductas, valores, aptitudes y actitudes, mediante el estudio, la enseñanza, la experiencia, la instrucción o el razonamiento.”

Concordando con la postura de Beltrán, podríamos añadir que el estudio, la enseñanza, la experiencia y el razonamiento se complementan entre sí, pues el estudio se facilita con la enseñanza, y de igual manera no habría enseñanza sin estudio, llegando a un saber teórico o memorístico, que mediante la experiencia (prueba-error) incita al razonamiento de los resultados positivos o negativos de la aplicación del saber que conlleva a la autoinstrucción, consolidando el aprendizaje.

La pedagogía clasifica distintos tipos de aprendizaje, siendo los más importantes: el repetitivo, el receptivo, por descubrimiento y el significativo (Picardo, 2004). Este último fue propuesto originalmente por el psicólogo estadounidense David Ausubel, y ocurre cuando una nueva información se conecta o relaciona con un concepto pre existente relevante en la estructura cognitiva del individuo, a manera de subsunor , lo cual implica que las nuevas ideas, conceptos y proposiciones pueden ser aprendidas significativamente en la medida en que otras de la misma naturaleza estén adecuadamente claras, disponibles y que funcionen como un punto de anclaje a las primeras (Ausubel et al, 1983).

El paso por la universidad es un momento fundamental, porque establece las bases del proyecto profesional de una persona. Continuando con la metáfora de la edificación de una casa, requiere del compromiso y la implicancia del alumno con su aprendizaje, que será decisivo para la construcción activa de sus conocimientos, no sólo cumpliendo las tareas mínimas que se le exigen, sino rescatando de cada actividad y de cada nuevo contenido curricular, los elementos necesarios para lograr lo que llamamos un aprendizaje significativo (Matienzo, 2020).

El valor educativo se fundamenta no en el tipo de experiencias vividas por los alumnos, más bien, la cuantía del valor de un aprendizaje está en la significancia que el participante de a esta experiencia, el vínculo educador-educando-experiencia, el sentir de sí mismo, y su

construcción crítica sobre dicha circunstancia, y sobre todo la convicción naciente a partir de dicho evento.

Para acercarnos a este valor educativo impera tener en cuenta no únicamente el saber, como cotidianamente se lo ha hecho en las aulas de clase, sino que también el saber hacer mediante la aplicación de este conocimiento; hasta este punto hemos llegado en nuestras experiencias educativas, sin embargo, uno de los pilares más importantes diría yo, es el saber ser, y para llegar a este punto debemos generar experiencias en las que los alumnos jueguen inconscientemente el papel de persona, profesional, que mediante el saber hacer ayuda y forma parte importante de la sociedad (Risco et al, 2010).

Una mediación decisiva

Mediar es un idioma a través del cual los educadores entendemos y nos hacemos entender con los educandos, los educandos entre sí, los educadores con la institución y entre educadores también, y debemos buscar la máxima intensidad de relación a través del placentero sentir de comunicación, interacción, sentir felicidad con la participación de dicho encuentro, sentir un sentido de aprender y hacerlo con entusiasmo y alegría (Prieto, 2019).

La mediación pedagógica promueve el tránsito de la heteronomía a la autonomía intelectual, destacando lo fundamental que resulta escuchar a los educandos para conocer sus expectativas, opiniones y experiencias previas, favoreciendo las dinámicas de mediación pedagógica, pasando de una mediación centrada en la enseñanza a una mediación centrada en el aprendizaje, estimulando la propia construcción intelectual desde la acción-reflexión-acción.

Aquel proceso educativo que busca la transición de la heteronomía intelectual hacia la autonomía requiere generar en los educandos la formulación de sus propias interrogantes, mismas que al responderse irán construyendo su conocimiento y al mismo tiempo abrirán caminos hacia otras interrogantes más profundas.

Según Sanjurjo (2009), citado por Hernández y Flores (2012) hay tres enfoques de formación: el tradicional en el que se prioriza la transmisión acrítica de la teoría; el hermenéutico-reflexivo, donde prima la interpretación y comprensión del significado de las acciones, amalgamando la teoría y la práctica; enfoque crítico, que observa las prácticas educativas como construcciones sociales reconociendo el contexto político, social, cultural y personal como parte del proceso formativo (Hernández y Flores, 2012).

La experiencia pedagógica decisiva es un encuentro de aprendizaje que deja huella de por vida, qué nos hace sentir, comprender, y nos apropiamos de esta hasta las vísceras. No hay recetas para experiencias pedagógicas decisivas, sin embargo, podemos decir que es imposible lograr éstas sin una previsión, un ordenamiento, una planificación de todas las prácticas a realizar a lo largo de un curso, pero sin llegar a confundir la planeación con una camisa de fuerza.

Las prácticas de aprendizaje es aquella responsabilidad de nosotros como educadores, que radica en lo que hacemos hacer a los estudiantes para que aprendan, y, pretender que alguien aprende escuchando y anotando es hacer una falacia del aprendizaje, tomar apuntes es un recurso, más no una práctica de aprendizaje. El primer texto del ser humano es el contexto, y natural e intuitivamente aprendemos de la práctica, de la prueba y el error, del equivocarse, del experimentar, del interactuar, de nuestros propios errores, del perseverar, es decir, de buscar el contexto.

Cada práctica de aprendizaje o experiencia pedagógica decisiva tendrá sus requerimientos o características sin improvisar, planificando, sabiendo que, a una, dos o seis semanas avanzaremos hacia uno u otro punto, utilizaremos una u otra herramienta, y nos valdremos de recursos como el seminario, el análisis de casos, la solución de problemas o el laboratorio (Prieto, 2019).

El Seminario

Es la herramienta utilizada para las humanidades, siendo una unidad de comunicación e interaprendizaje, donde los protagonistas crecen y producen juntos, investigando, discutiendo, analizando, aprendiendo, y sobre todo compartiendo, que es lo que le da el sentido a la educación, pues los resultados celosamente guardados no son más que tinta sobre el papel, no es más que el egoísmo humano en su máxima expresión.

El acto de enseñar es el acto de amar y compartir el saber trabajosamente obtenido, para que sea aprovechado, criticado y explotado por alguien más para el beneficio de la sociedad a la cual nos debemos. El seminario es una expresión de enseñanza aprendizaje mutuo, conjunto, ofreciendo al otro de mis alforjas, y recibiendo del otro lo mismo, más, o menos, investigando, causando el despertar del análisis sistemático de los hechos entre todos.

El seminario es creatividad, participación, búsqueda y producción intelectual, por parte de cada uno de sus integrantes (Prieto, 2019).

El Análisis de Casos

Esta propuesta práctica es una herramienta sumamente útil en el ámbito médico y su formación, ya que consiste en una evaluación y crítica constructiva con la finalidad de observar errores, analizarlos, proponer medidas y evitar por consiguiente la repetición de los mismos.

En el análisis se procede a evaluar una situación real, ya solucionada, puesta en evidencia a manera de un relato, por consiguiente, se propone la participación de cada veedor, donde se pondrá a vista los errores cometidos, el tiempo de acción y/o ejecución, sugerencias y una retroalimentación por parte de los participantes, con el objetivo de mejorar y retroalimentar (Prieto, 2019).

El aprendizaje colaborativo

El aprendizaje colaborativo facilita ambientes para el intercambio de ideas, desarrollo de habilidades comunicativas y sociales, la contrastación de hipótesis, la búsqueda de información, desempeño de roles, discusión de opiniones fundamentadas y argumentadas, la evaluación entre pares y la autoevaluación. Es una actividad social porque permite la interacción armoniosa de habilidades y actitudes frente a la necesidad de sobresalir como grupo.

Según Vygotsky hay un vínculo entre la interacción social y el desarrollo cognitivo del individuo, dando origen a la teoría de la “zona de desarrollo próximo” interpretada como la distancia entre la capacidad de un sujeto para resolver un problema de manera individual, y la capacidad del mismo sujeto para resolver el mismo problema, pero con la variable de un guía o compañero que sea más capaz.

Entre algunas de las características esenciales del aprendizaje colaborativo tenemos: la interdependencia positiva que es la necesidad de lograr una meta común, tomando un papel importante dentro del grupo, que estimula a la ganancia de seguridad y autoconfianza, estimulando el desarrollo emocional e inteligencia intra e interpersonal; interdependencia de metas que caracteriza al reconocimiento de fortalezas de cada integrante y su participación preferencial a través de las mismas; interacción cara a cara incentivando a las habilidades

comunicativas y sociales, primando el diálogo, la empatía y solidaridad; autoevaluación de equipo en búsqueda de mejoramiento continuo coevaluando entre los distintos integrantes del grupo, con la finalidad de mejorar el proceso (Galindo y Arango, 2009)

A través de la tutoría entre pares se llega a potenciar las habilidades básicas para el desempeño académico, la autoestima, el desarrollo social y por ende el aprendizaje. El aprendizaje entre pares mediante el planteamiento de problemas permite mejorar el juicio crítico, la capacidad para resolver problemas, valorar el aporte de las fortalezas de cada individuo hacia el grupo.

La adopción de un sistema de trabajo conjunto permite la dinamización de la formación integral, a fin de su desempeño pleno como individuo y dentro de la sociedad, trabajando conjuntamente para obtener un objetivo común, que resulte provechoso para el grupo en general (Cardozo, 2011).

Según Morin (1999) el egocentrismo cultiva la autoglorificación, y la autojustificación de los errores, tendiendo a adjudicar al otro la causa de todas las malaventuras, llevando al sujeto a la malinterpretación de las palabras o actos de los demás, haciéndolos actos peyorativos en contra de sí mismo, tengan o no estos actos dicha intención.

La incomprensión de sí mismo es una fuente muy importante de la incomprensión de los demás. Escondiendo ante el espejo las carencias y debilidades, y, por lo tanto, volviéndose cruel con las carencias de los demás. Volviéndose seres adictos al “yo” y por tanto, desempeñándose pobremente en la sociedad, sin aportar más que para sí mismo, rodeado de seres o individuos defectuosos que boicotean su día a día y son los culpables de sus penurias (Morin, 1999).

CAPÍTULO IV

EL HIPERTEXTO: UNA MEDIACIÓN NO UTÓPICA

En la actualidad el aula no se limita a cuatro paredes y treinta pupitres, un texto y una pizarra o proyector, ahora el aula se expande a la virtualidad, donde su alcance es infinito, los pupitres se han vuelto muebles o sillones en el hogar, las aulas son virtuales, la pizarra es la pantalla del ordenador; pero hay algo que se perpetúa desde los años de estudio de mi padre, es el texto.

Mi padre estudió medicina en los años setenta, y estudio en el mismo texto que yo lo hice, con esto no desmerezco el inmenso valor científico de los libros, que son indiscutibles como es el caso de Rouviere, un tratado de Anatomía de lo más completo, y obviamente no va a cambiar, pues los seres humanos seguimos teniendo el mismo número de huesos, configurados exactamente igual, y cuando se ha diseccionado un cuerpo, hemos visto el increíblemente detallado trabajo de Rouviere.

Sin embargo, su metodología tampoco ha cambiado, sigue siendo un texto con letra pequeña, difícil de entender, que divaga entre un concepto y otro, confundiendo al lector, obligando al estudiante a leer una y otra vez para entenderlo, para interpretarlo, para darle sentido, que luego de una maravillosa jornada de 4 horas de lectura, sentimos no aprender, y tenemos que crear nuestro texto paralelo para poder darle significancia.

Llevamos ese saber a nuestro bagaje de maneras distintas, unos lo hacen enseñando, otros buscando más textos, hay quienes resumen y elaboran mapas conceptuales, ahora veo que buscan videos o audios, pero a pesar de todas esas herramientas creadas por los distintos alumnos, seguimos el mismo texto. A pesar de las nuevas tecnologías de la información y comunicación, de Tik Tok, de Youtube, que nuestros alumnos ven diariamente y se entretienen creando contenido, nosotros como institución y educadores continuamos atados en la camisa de fuerza del antiguo texto, juzgando en base a su dificultad a través de tediosas pruebas, enfocadas en demostrar lo difícil de la materia, tenemos aulas virtuales que parecen depositarios de trabajos, para continuar adiestrando y conductuando a nuestros alumnos.

Las TICS llegaron y para quedarse, somos nosotros, los profesores, quienes cual teléfono que no puede actualizarse, debemos dar un paso al lado; y esto aplica al texto, impera crear nuestro propio texto, divertido, útil, creativo, hasta cierto punto infantil, porque la

educación universitaria no tiene por qué ser aburrida, es más, tiene que ser espectacular, los educadores tenemos que dar un espectáculo, y no puede ser que el texto siga siendo a blanco y negro, claro, metafóricamente hablando.

En este capítulo quiero proponer arcoirisar el material, traer un texto pedagógico, un texto mediado y mediador, que sea creado por nuestros educandos, con sus experiencias, con sus palabras, con sus significados, que tenga videos y audios explicativos de los participantes, que retroalimente y refuerce con juegos lúdicos en línea, con desafíos entre pares de acceso libre, con Tik Toks divertidos. Y con esto no hablo de un texto en línea, no, hablo de un texto que tenga enlaces con códigos QR, que mediante el teléfono celular puedan acceder a las distintas herramientas a parte del texto, y también puedan aportar con el mismo texto.

El ser humano es un ser utópico, que busca la herramienta mítica que resuelva todos sus problemas, y cada cierto tiempo cree encontrarla, tal como sucedió en los años 60 y 70, cuando se introdujeron las tecnologías de la información y comunicación al entorno educativo, donde se pensó que aquellas eran la solución para el sistema educativo decadente y retrógrado, resultando en lectores ávidos de las diapositivas en lugar de educadores que acompañen el aprendizaje, tornaron a la tecnología más que en una muleta, en sus propios pies diría yo, haciendo imposible caminar sin ellos.

El aula de clase se volvió en tinieblas, iluminadas por una proyección, leída por el profesor, y en ocasiones por los mismos alumnos, pues, se consideraba que en esas veinte líneas mal redactadas estaba el saber, estaba el enseñar y estaba el aprender de los alumnos, quienes se distanciaban cada vez más del docente, y se acercaba al aburrimiento, preguntándose día tras día ¿Para qué asisto a clases? Y respondiéndose ulteriormente -Yo puedo leer en casa, más cómodamente y sin malos tratos- llevando a una despersonalización del alumno (Prieto,2019).

Al mirar hacia atrás y recordar nuestros años universitarios recordemos que cada uno de nosotros aprendíamos distinto a nuestros pares, en veces incluso, criticábamos y desvalorizábamos sus métodos o viceversa; algunos repetían una y otra vez, otros llevaban su texto paralelo, otros graficaban, otros buscaban a quien explicar lo que habían aprendido, e incluso había quienes hacían melodías de la materia, sin embargo, esos esfuerzos eran personales y nunca validados por el docente, quien creía que sus clases eran la piedra angular del aprendizaje, y su método era la piedra filosofal.

Traeré a este texto las palabras de Carlos Guevara (2015) “Cada ser humano es bio-psico-social en un entorno ambiental, lo que le hace único e irrepetible” es decir, cada uno de nuestros aprendices tienen su propia metodología y punto de vista, basándose en su estilo de aprendizaje y su bagaje cultural, ahora bien, el bagaje cultural podemos unificarlo, pues el programa educativo va avanzando inicialmente con un proceso de nivelación, pero el estilo de aprendizaje únicamente podemos potenciarlo escuchándolos.

Según P. Honey y A. Mumford (1986) hay 4 estilos de aprendizaje, que se caracterizan de acuerdo a los individuos: El Estilo Activo que se expresa en personas abiertas, afines a los retos, entusiastas, prefieren el trabajo entre pares que impliquen retos, experiencias nuevas, resolver problemas; el Estilo Reflexivo que se expresa en personas cautas, detallistas, que prefieren iniciar por observar y analizar datos, con el fin de poseer la información pertinente para tomar una decisión, gustan de tener varias perspectivas de un problema, y prefieren trabajar de manera individual; el Estilo Teórico es propio de individuos con pensamiento lógico, objetivos, precisos, que intentan alcanzar la exactitud; el Estilo Pragmático que son personas seguras al perseguir y llevar a cabo los proyectos de su interés, apelan a experimentar, llevar a cabo la teoría y sus ideas.

La tarea docente e institucional es analizar y poner en práctica estos estilos de aprendizaje en el aula, y no solo dejarlos en letras que forman palabras, oraciones y libros, que terminan empolvándose en una biblioteca, olvidados para la educación, y, por ende, repitiendo las mismas pobres prácticas habituales y ya casi ancestrales.

La tecnología aplicada en la educación pretende potenciar el aprendizaje mediante distintas herramientas, democratizar los espacios e instrumentos educativos, permitiendo escuchar y ser escuchados, dinamizando el proceso, y teniendo en cuenta que el estudiante es el centro de toda nuestra labor; me permito decir que la tecnología nos proporcionaría un entorno de intercambio de ideas, conceptos y estilos de aprendizaje, llevándonos a la creación de contenido por todos y cada uno de los participantes del proceso, donde el texto sea parte del contexto, y no siga representando a una momia con vendaje nuevo como hemos visto en las distintas versiones “actualizadas” de los libros de medicina.

Al párrafo anterior quiero agregar que buscamos utilizar la tecnología para llegar al educando, para escuchar al educando y poder adaptar el proceso al educando; no digo que la tecnología es la solución, más bien, es un medio para poder mediar con la cultura, pensar y

sentir de nuestros aprendices; es decir, la propuesta es siempre pedagógica, con una ayuda tecnológica.

Rafael Casado Ortiz (2011) clasifica a las tecnologías de acuerdo a su relación con el impacto en la pedagogía, proponiendo: Tecnologías Transmisivas aquellas que se centran en el profesor, tutor o guía de la clase, quien como su nombre lo indica utilizan distintos materiales multimedia para adornar, embellecer a la vista su clase, es decir, expresar exactamente lo mismo que una clase de antaño, pero con dibujitos; las Tecnologías Interactivas aquellas que se enfocan en el alumno, creando una interfaz usuario-sistema, donde el aprendiz tiene acceso a contenidos educativos, ejercicios, juegos, simuladores, volviendo atractivo el aprendizaje, y dando un espectáculo de educación; Tecnologías Colaborativas aquella mediante las cuales se genera un ambiente donde interactúan profesor-alumnos y alumnos-alumnos, volviendo activo al proceso, llevándolo a generar liderazgo, construir conocimiento y formar comunidades de aprendizaje (Guevara, 2015).

La virtualidad aplicada a la pedagogía con la finalidad de potenciar el proceso de construcción personal, supone que el alumno disponga de un aula virtual, misma que no solo sea utilizada para la entrega de tareas como comúnmente se hace, sino más bien sea usada como un entorno de reconstrucción de la educación, una intersección de modos y estilos de aprendizaje, donde todos y cada uno pueda aportar su metodología empírica mejorando la estructura psicológica del material.

El texto tiene dos estructuras principales, una lógica y una psicológica, la primera implica la organización y secuencia del material mismo, en tanto que la segunda hace referencia a lo que el aprendiz interpreta del texto, es decir, el significado que da al contenido basándose en su estilo de aprendizaje, su bagaje cultural, dando profundidad a la oración escrita.

El estudiante aporta con un sentido que tiene el texto para él, pero este aporte es olvidado, no es apreciado por la institución, no es validado por el profesor, porque es imposible escuchar a todos y cada uno de los alumnos de manera individual, pero las TICS nos permiten crear un común denominador, donde puedan verter sus experiencias y sentidos en tiempo real.

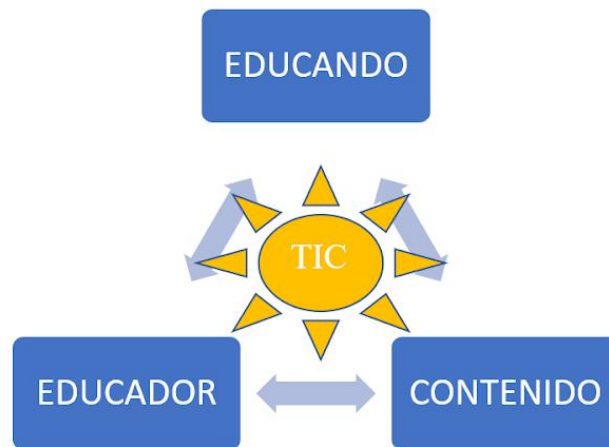
La construcción del conocimiento lo hace el alumno, el profesor es el mediador de dicho proceso, y las TICS son las cámaras que graban este maravilloso acto. Entonces, el alumno

construye una memoria de su aprendizaje, se vuelve autónomo, se retroalimenta y por ende se autorregula.

La actividad conjunta a través de una TIC, donde profesores y alumnos interactúan entre sí, cobrando sentido en el marco de los demás, alejándonos de la individualidad, trabajando como una colectividad, validando y siendo validados en un ambiente armónico y profesional (Onrubia, 2005).

Figura 11

El proceso educativo y las Tecnologías de la Información y Comunicación



Históricamente los textos universitarios se han centrado en la estructura lógica del contenido, estructura que hemos visto bien cuidada, por ejemplo, el libro de anatomía de Rouviere sigue una secuencia exquisita, iniciando por generalidades, luego sistema óseo, para posteriormente y acorde a lo aprendido estudiar sistema muscular e ir describiendo los orígenes e inserciones de los músculos sobre los huesos; sin embargo, la estructura psicológica es muy pobre, monótona y desapegada de la pedagogía, somos los profesores y los alumnos quienes tratamos de dar un tinte divertido e interpretativo de este texto a través de las distintas metodologías y tecnologías, pero, este proceso es efímero, es pasajero, pues el profesor se lleva sus materiales, los alumnos siguen su camino, llevan un saber pero sin dejar memorias de sus experiencias o formas de aprendizaje, para intentar el próximo año repetir la misma experiencia.

Año por año en las distintas instituciones educativas construimos una mediación sobre aquel texto, para que al final sea demolido y se vuelva a construir el siguiente año, siendo perene únicamente el antiguo y coloquial material.

Como la película “Como si fuera la primera vez” dirigida por Peter Segal, estelarizada por Adam Sandler y Drew Barrymore, donde Lucy Withmore (Drew Barrymore) padece de un tipo de amnesia anterógrada ficticia a consecuencia de un accidente previo, que hace que no tenga memoria alguna desde el día del accidente hasta el presente día, siendo incapaz de convertir la memoria de corto a largo plazo, es decir, olvida el día anterior y vuelve a empezar; Henry Roth (Adam Sandler) es un biólogo marino que se enamora de Lucy, pero cada día tiene que luchar para que ella se vuelva a enamorar de él.

El proceso educativo en esta analogía sería Lucy, cada periodo olvida, pierde su memoria; memoria exquisita de cincuenta o cien mentes trabajando día tras día sobre el texto, aportando para sus apuntes ideas, métodos y experiencias, que no se recopilan, y se olvidan. Ha habido compañeros que hacían líricas muy pegajosas de partes tediosas de la materia, que cantábamos mentalmente el rato de la evaluación, u otros compañeros que tenían resúmenes muy estructurados y comprensibles, o mapas mentales que abarcaban lo más importante de la materia, sin embargo, todos esos textos paralelos, experiencias y curiosidades han sido llevadas por sus creadores al olvido, arrinconados en algún lugar del hogar y luego desechados.

Mi propuesta es seguir el proceso unificado de un texto paralelo, un espacio donde la institución, los profesores y los alumnos podamos crear nuestro texto, mediado con nuestra cultura y realidad, con nuestra experiencias y locuras, que no sea solo un texto, sino un hipertexto con multimedialidad, donde al navegar por este podamos acceder a un resumen claramente estructurado y guiado, lleno de mapas conceptuales, acceso a audios y videos explicativos, juegos lúdicos con preguntas elaboradas por los mismos alumnos, donde podamos elegir competir o tal vez profundizar más ese saber con enlaces a más textos.

El objetivo de esta propuesta es alcanzar un texto mediador, un texto mediante el cual se contemplen y expresen los distintos estilos de aprendizaje, evitando el abandono de alumnos que no tienen el mismo estilo que el tutor o profesor; esta propuesta es enteramente una propuesta de mediación del aprendizaje, es un eslabón más dentro de la cadena de la educación; el proyecto es de fácil ejecución, ya que es una recopilación de experiencias, estilos y perspectivas de los alumnos, los equipos de validación y redacción estará únicamente

conformado por cuatro profesionales, lo que facilita su ejecución dentro del marco económico institucional. El acceso a la plataforma es extremadamente fácil y amigable, todo sucede en tiempo real, por lo que no se acumularía trabajo.

El proceso que propongo es posible, alcanzándolo mediante 3 etapas: La primera se centrará en la nivelación de saberes y del grupo con el cuál vamos a trabajar, ingresar a este proyecto todos los alumnos con un bagaje muy similar, proceso que estimo sería de 5 meses, aplicados al proceso de inducción; la segunda etapa será trabajar en un taller de tecnologías de la información y comunicación impartido a este mismo grupo, que será coordinado con departamento de TICS; estos dos procesos previa y superficialmente descritos, por la naturaleza de esta práctica, darán un preámbulo para la etapa más importante y de seguimiento continuo, que es la de redacción, que se ejecutará día tras día, a través de Google Drive, un documento abierto de Google que podrá ser modificado por cada uno de los participantes desde las 12H00 hasta las 00H00 del mismo día, con la opción de adjuntar archivos de mapas conceptuales, enlaces de videos creados por los mismos estudiantes, audios explicativos sobre el tema, juegos lúdicos, cuestionarios; el trabajo del tema del día 1 será validado a entre las 07H00 hasta las 12H00 por el grupo de validación (1 experto en la materia, 1 profesor mediador), para consiguiente ser analizado por el equipo redactor (1 profesor en redacción y 1 técnico en información y comunicación) donde se procederá a revisar errores de redacción, revisar formato y adjuntar enlaces mediante código QR de los distintos audios, videos o mapas conceptuales elaborados por los alumnos y filtrados por el equipo de validación, para por consiguiente ser cargados a la plataforma a la cual tendrán acceso los estudiantes y por consiguiente volverán a validar el hipertexto.

CONCLUSIONES

Para concluir debo decir que la educación amerita cambios acordes al avance de la sociedad, y estos deben hacerse con y para la comunidad, siendo la institución la encargada y responsable directa de este proceso.

La elaboración de este texto me ha permitido tener una visión distinta del método de enseñanza aprendizaje, y lo fructífero que resulta ser la mediación pedagógica para potenciar el aprendizaje, teniendo siempre de base como la información es almacenada por cada individuo, respetando y validando su bagaje cultural.

En este proceso he observado que la evaluación ha sido el proceso menos tomado en cuenta para intentar por lo menos mejorarlo, o dedicarlo al educando, y no solo como un proceso de calificación y estandarización, que termina pervirtiendo a la persona. Imperando un enfoque distinto, no separado del aprendizaje, sino más bien un proceso que vaya de la mano con la enseñanza y el adueñamiento de nuevos saberes.

Además, debo hacer énfasis en la reflexión sobre la violencia cotidiana y sus distintas expresiones, que en la mayoría de los casos no son identificadas, y en otras ocasiones son escondidas por la vergüenza que implica esta. Sin embargo, nos acompaña como nuestra sombra, silenciosa pero perenne.

Para concluir, este texto fortaleció mi perspectiva de la personalización del proceso educativo, y la importancia de la creación de un hipertexto que funja como mediador entre las nuevas tecnologías de la información y comunicación con el aspecto científico del texto, un hipertexto que recopile las vivencias, experiencias, la cultura y perspectivas de cada uno de los estudiantes y profesores, dejando una memoria del proceso para ser utilizada por la institución para procesos posteriores.

BIBLIOGRAFIA

- Álvarez, C. Duarte, K. (2016). *Juventudes en Chile. Miradas de jóvenes que investigan*. Edición de la Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile
- Ausubel, D. Novak, J. Hanesian, H. (1983). Psicología educativa. Un punto de vista cognoscitivo. *Revista ciencias de la investigación* 21 (37).
<http://servicio.bc.uc.edu.ve/educacion/revista/n37/art03.pdf>
- Biggs, J. (2006). *Calidad del aprendizaje universitario* (2ª Edición). Narcea, S.A de ediciones.
- Blythe, T. (1999). *La enseñanza para la comprensión, guía para el docente*. Editorial Paidós.
- Brown, S. Glasner, A. (2003). *Evaluación en la Universidad*. Editores Narcea.
- Calderón, A. (2013). El ejercicio docente y la ética profesional desde la perspectiva de Paulo Freire. *Revista de Filosofía* 22:101-118.
<http://ediciones.ucsh.cl/ojs/index.php/hirf/article/view/547/497>
- Cardozo, C. (2011). Tutoría entre pares como una estrategia pedagógica universitaria. *Revista Educación y Educadores*, 14 (2): 309-325
<https://www.redalyc.org/pdf/834/83421404006.pdf>
- Carlevaro, P. (1986). El rol de la Universidad y su relación con la sociedad. *Cuadernos de Política Universitaria*, 20-32, CIPE, Año 1, n° 1.
- Carretero, M. (1997). *Constructivismo y educación* (1ª Edición). Editorial Progreso.
- Chacón, S. (2006). La pregunta pedagógica como instrumento de mediación en la elaboración de mapas conceptuales. *Concept Maps: Theory, Methodology, Technology Proc. of the Second Int. Conference on Concept Mapping San José, Costa Rica*.
<http://cmc.ihmc.us/cmc2006Papers/cmc2006-p102.pdf>
- Conejeros, M. Rojas, J. Segure, T. (2010). Confianza: un valor necesario y ausente en la educación chilena. *Revista perfiles educativos. Revista Perfiles Educativos*, 32 (129)
<https://www.redalyc.org/pdf/132/13214995003.pdf>
- Cortés, C. (1993). *Herramientas para validar*. San José de Costa Rica.

- De la Orden Hoz, A. Pimienta, J. (2016). Instrumento para determinar los tipos de evaluación utilizados por los profesores universitarios. *Revista electrónica de investigación educativa*, 18(2), 40-52. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S160740412016000200003&lng=es&tlng=es.
- Delgado, G. (2012). School violence: actors involved. *Revista de Investigación*, 36 (75), 53-65. de http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1010-29142012000100004&lng=es&tlng=en.
- Díaz, B. Hernández, A. (2005). *Estrategias docentes para un aprendizaje significativo*. México: McGraw-Hill Edición.
- Duarte, K. (2012). Sociedades Adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción. *Revista Última Década*, 36: 99-125. <https://www.redalyc.org/pdf/195/19523136005.pdf>
- Dumazedier, J. (1971). *Realidades del ocio e ideologías*. En *Ocio y sociedad de clases*. Libro Pedagogía Social.
- Espinoza, L. Rodríguez, R. (2017). La generación de ambientes de aprendizaje: un análisis de la percepción juvenil. *Revista Iberoamericana para la Investigación y el Desarrollo Educativo* 7 (14). DOI: <http://dx.doi.org/10.23913/ride.v7i14.276>
- Freire, P. (1986). *Hacia una pedagogía de la pregunta*. Ediciones La Aurora
- Freire, P. (2004). *Pedagogía de la autonomía*. Saberes necesarios para la práctica educativa.
- Galindo, L y Arango, M. (2009). Estrategia didáctica: La mediación en el aprendizaje colaborativo en la educación médica. *Revista IATREIA*. Vol. 22. (3). <https://www.redalyc.org/pdf/1805/180519034009.pdf>
- García, C. (2014). “¿Cómo secuenciar actividades de EpD siguiendo el método del Aprendizaje Experiencial o Ciclo de Kolb?” <https://epdcbb.files.wordpress.com/2014/04/secuenciar-actividades-con-ciclo-kolb-1.pdf>
- Giroux, H. (1996). Educación posmoderna y generación juvenil. *Revista Nueva Sociedad* 146: 148-167. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/2554_1.pdf

- Gómez, A., Gala, F., Lupiani, M., Bernalte, A., Miret, M., Lupiani, S. Barreto, M. (2007). Bullying an other forms of adolescent violence. *Cuadernos de Medicina Forense*, 48 (49): 165-177. http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1135-76062007000200005&lng=es&tlng=en.
- González, M. (2015). Las Redes Sociales y su Incidencia en la Forma en que los Jóvenes se Comunican y Utilizan la Lengua: Perspectiva de los Docentes de Lenguaje y Comunicación. *Tesis para optar al Título de Magíster en Educación Mención Currículo y Comunidad Educativa, Universidad de Chile* <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/136443>
- Goyes, A. (2015). *¿Qué piensan, quieren y esperan los jóvenes de hoy?* Editorial Kimpres S.A.S.
- Guarderas, P. Larrea, M. Cuvi, J. Vega, C. Reyes, C. Bichara, T. Ramírez, G. Paula, C. Pesántez, L. Íñiguez, A. Ullauri, K. Aguirre, A. Almeida, M. Arteaga, E. (2018). Acoso sexual en las universidades ecuatorianas. *Revista de Educación* 13 (2) 13(2), 214-226. <https://doi.org/10.17163/alt.v13n2.2018.05>
- Guevara, C. (2015). *Tecnologías de información, comunicación y educación*. Cuenca, texto escrito para el curso de capacitación docente “Formación de tutores virtuales”. Unidad Didáctica 1: Tecnologías de Información y Comunicación y Educación. Universidad del Azuay. Cuenca - Ecuador.
- Gutiérrez, F. y Prieto, D. (1999). *La mediación pedagógica*. Apuntes para una educación a distancia alternativa. (6^a ed.). Buenos Aires, Argentina: CICCUS
- Gutiérrez, M. (2018). Estilos de aprendizaje, estrategias para enseñar. Su elación con el desarrollo emocional y “Aprender a Aprender”. *Tendencias Pedagógicas*, 31, 83–96. <https://doi.org/10.15366/tp2018.31.004>
- Hamodi, C. López, V. López, A. (2015). Medios, técnicas e instrumentos de evaluación formativa y compartida del aprendizaje en educación superior. *Perfiles educativos*, 37(147), 146-161. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-26982015000100009&lng=es&tlng=es.
- Harvard. (2017). *Influencia y persuasión*. Editorial Reverté

- Hernández, E y Flores, L. (2012). Mediación pedagógica para la autonomía en la formación docente. *Revista electrónica Educare*. 16 (3): 37-48. <https://www.redalyc.org/pdf/1941/194124728003.pdf>
- Kolb, D. (1974). *Aprendizaje y solución de problemas. Acerca de la administración de empresas y el proceso de aprendizaje*. Psicología de las organizaciones: problemas contemporáneos. México: Prentice Hall.
- Lasso, R. (2016). *Universidad, humanismo y educación*. Editorial Universidad del Azuay.
- León, G. (2014). Aproximaciones a la mediación pedagógica. *Revista Electrónica Calidad en la Educación Superior. Programa de Autoevaluación Académica. Universidad Estatal a Distancia*, 5 (1): 136-155. revistacalidad@uned.ac.cr
- Leymonié, J. (2008). Nuevas formas de enseñar, nuevas formas de evaluar. *Revista Páginas de la educación*, 1 (1). <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6761465>
- Martí, J; Heydrich, M; Rojas, M; Hernández, A. (2010). Aprendizaje basado en proyectos: una experiencia de innovación docente. *Revista Universidad EAFIT* 46 (158): 11-21. <https://www.redalyc.org/pdf/215/21520993002.pdf>
- Martínez, M. Buxarrais, M. Bara, F. (2002). La universidad como espacio de aprendizaje ético. Ética y formación universitaria. *Revista Iberoamericana de educación* 29: 17-42. http://sitios.itesm.mx/va/dide2/enc_innov/doctos/Launiversidad_aprendizajeetico.pdf
- Matienco, R. (2020). Evolución de la teoría del aprendizaje significativo y su aplicación en la educación superior. *Revista De Investigación Filosófica Y Teoría Social*, 2(3), 17-26. <https://journal.dialektika.org/ojs/index.php/logos/article/view/15>
- Maturana, H. (2000), *Transformación en la convivencia*. Santiago de Chile, Dolmen.
- Meillassoux, C. (1982). *Mujeres, graneros y capitales*. Edición México: Siglo XXI
- Ministerio de educación, republica de chile (2009). *Fundamentos del ajuste curricular en el sector de lenguaje y comunicación*. Ministerio de Educación Unidad de Currículum y Evaluación Segunda edición Chile.
- Miranda, G (2006). El tiempo libre y ocio reivindicado por los trabajadores. PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural, 4(3),301-326.[fecha de Consulta 22 de Octubre de

2021]. ISSN: 1695-7121. Disponible en:
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88140302>

Molano, G. Blanco, M. Ayala, J. Solórzano, M. Gutiérrez y Restrepo, E. (2015). *Guía de detección y trato del acoso sexual*. Revista Acacia primera edición.

Moncada, S. Moncada, L. López, C. López, J. (2017). *La violencia escolar, un fenómeno social en evolución*. (S. P. Moncada Ortega, Ed.) Nuevo Chimbote, Ancash, Perú.

Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Publicado en octubre de 1999 por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura - 7 place de Fontenoy - 75352 París 07 SP – Francia

Motos, T. (2009). El teatro en la educación secundaria: fundamentos y retos. *Revista Creatividad y Sociedad*, 14.
http://centroderecursos.alboan.org/ebooks/0000/0847/5_APY_REE_2.pdf

Munayco, F. Cámara, A. Muñoz, J. Arroyo, H. Mejía, C. Lem, F. Miranda, U. (2016). Características del maltrato hacia estudiantes de medicina de una universidad pública del Perú. *Revista Peruana Medicina y Salud Publica.*;33(1):58-66.
<https://www.redalyc.org/pdf/363/36344764007.pdf>.

Munné, F. (1960). *Psicosociología del tiempo libre*. México: Editorial Trillas.

Nebrija, G. (2016). *Metodología de enseñanza y para el aprendizaje*. Campus Global NEBRIJA.

Onrubia, J. (2005, febrero). Aprender y enseñar en entornos virtuales: actividad conjunta, ayuda pedagógica y construcción del conocimiento. *Revista de Educación a Distancia* 2: 1-16. https://www.um.es/ead/red/M2/conferencia_onrubia.pdf

Organización Mundial de la Salud. (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Informe mundial sobre la violencia y la salud: resumen Washington, D.C.

Pedroza, R. Villalobos, G. (2006). Entre la modernidad y la postmodernidad: juventud y educación superior. *Revista Educere*, 10 (34): 405-414.
<https://www.redalyc.org/pdf/356/35603402.pdf>

Perrenoud, P. (2008). *La evaluación de los alumnos. De la producción de la excelencia a la regulación de los aprendizajes. Entre dos lógicas*. Primera edición. Ediciones Colihue

- Prieto, D. (2017). *Construirse para educar*. Caminos de la educomunicación. Quito: CIESPAL.
- Prieto, D. (2019). *Entorno a la mediación pedagógica en la práctica de la docencia universitaria*. Edición digital Facultad de Filosofía y Letras Universidad Nacional de Cuyo
- Ramírez, F. (2008). El Mito de la Cultura Juvenil. *Revista Última Década*, 16(28), 79-90. <https://ultimadecada.uchile.cl/index.php/UD/article/view/56629/59918>
- Risco, A. Sánchez, A. Uruchaga, J. (2010). *Pedagogía del sentido de la vida en el ámbito educativo: estudio empírico con jóvenes salmantinos*. Boletín de Logoterapia y Análisis Existencial. Editorial Asociación Española de Logoterapia.
- Rivera, D., Cruz, C. y Muñoz, C. (2011). Satisfacción en las relaciones de pareja en la adultez emergente: el rol del apego, la intimidad y la depresión. *Revista Terapia psicológica*, 29(1), 77-83. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-48082011000100008>
- Rosales, M. (2014). *Proceso evaluativo: evaluación sumativa, evaluación formativa y Assesment su impacto en la educación actual*. Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología, Innovación y Educación.
- Sartre, J. (1960). *Crítica de la razón dialéctica*. Tomo I. Teoría de los conjuntos prácticos. Traducido por Manuel Lamana.
- Saúl, T. (2018). *El final de los Romanov, el asesinato de los últimos zares de rusia*. https://historia.nationalgeographic.com.es/a/final-romanov-asesinato-ultimos-zares-rusia_13291
- Trovato, G. (2013). Breve acercamiento a la mediación cultural: hacia una delimitación del campo de estudio y una aproximación a sus aplicaciones didácticas en la combinación de lenguas español-italiano. *Revista didáctica, filosofía y literatura* 25 333-352. http://dx.doi.org/10.5209/rev_DIDA.2013.v25.42248
- Vásquez, J. (2011). Adiós al paradigma de la enseñanza La mediación pedagógica en la era de las nuevas tecnologías. *Revista Versión. Estudios de Comunicación y Política*, 27, 1-16. <https://www.flacsoandes.edu.ec/agora/adios-al-paradigma-de-la-ensenanza-la-mediacion-pedagogica-en-la-era-de-las-nuevas-tecnologias>

Villarreal, J. (2012). Las NTIC y la relación de interaprendizaje. *Revista IDEA. Universidad San Francisco de Quito*. Pag. 14-16.

Williams, R. (1980): *Marxismo y literatura*. Ediciones Península